

El castillo de los Cárpatos
Jules Verne

de

«Ésta no es una historia fantástica, sino tan sólo novelesca. [...] Aunque a día de hoy nuestro relato no sea verosímil, quizá llegue a serlo mañana gracias a los recursos científicos del futuro, y llegado ese momento a nadie se le ocurrirá situarlo en el ámbito de la leyenda». Estas palabras típicamente vernianas introducen *El castillo de los Cárpatos* (1892), tal vez una de las obras menos conocidas del autor, en donde prefigura, según algunos, la invención del holograma y la televisión, y en donde crea, según otros, la primera novela de zombies.

En las profundidades de Transilvania, en una comunidad aislada y supersticiosa, la inesperada aparición de humo en la torre de un castillo abandonado sugiere una presencia diabólica. Un valiente guardabosques y un médico algo cobarde se aventuran a explorar el castillo y son rechazados por fuerzas extrañas y pavorosas. Por su parte, un joven conde valaco que ha perdido a su amada, la célebre cantante Stilla, que murió en el escenario, cree oír su voz en las inmediaciones del recinto.

Verne combina en esta curiosísima novela el racionalismo, el humor sardónico y la crítica de la superstición y la leyenda con una paradójica, casi surrealista exaltación del *amour fou*.



Jules Verne

El castillo de los Cárpatos **(trad. Elena Bernardo Gil)**

Viajes extraordinarios - 37

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2019

Título original: *Le Château des Carpathes*

Jules Verne, 1892

Traducción: Elena Bernardo Gil

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



«No ha habido mejor narrador de historias que Jules Verne».
Arthur C. Clarke

NOTA AL TEXTO

El castillo de los Cárpatos se publicó por entregas en el *Magasin d'Éducation et de Récréation*, del 1 de enero al 15 de diciembre de 1892; ese mismo año apareció en forma de libro (Hetzel, París), sobre el que está basada esta traducción.

CAPÍTULO I



Esta no es una historia fantástica, sino tan sólo novelesca.

¿Se debe concluir por ello que no es cierta, habida cuenta de su inverosimilitud? Sería un error. Todo puede suceder en la época en que vivimos; casi podemos decir que todo ha sucedido ya. Aunque a día de hoy nuestro relato no sea verosímil, quizá llegue a serlo mañana gracias a los recursos científicos del futuro, y llegado ese momento a nadie se le ocurrirá situarlo en el ámbito de la leyenda. De hecho, en este práctico y positivista final del siglo XIX ya no se crean leyendas en Bretaña, tierra de los temibles korrigans; ni en Escocia, tierra de gnomos y brownies; ni en Noruega, patria de ases, elfos, silfes y valquirias; ni siquiera en Transilvania, donde el entorno de los Cárpatos se presta con la mayor naturalidad a toda clase de invocaciones psicagógicas. Cabe señalar, no obstante, que el país transilvano sigue muy apegado a las supersticiones de los tiempos antiguos.

Estos parajes del extremo de Europa fueron descritos por Gérando y visitados por Élisée Reclus[1]. Ni uno ni otro han mencionado la curiosa historia en que se basa esta novela. ¿Tuvieron noticia de ella? Es posible, pero quizá no quisieran darle crédito. Es una lástima, porque la habrían contado con precisión de analista el uno, y con esa poesía instintiva que impregna sus relatos de viajes el otro.

Pero, dado que ni uno ni otro lo han hecho, voy a tratar de hacerlo yo en su lugar.

El 29 de mayo de aquel año, un pastor vigilaba sus ovejas en la linde de una verde meseta situada a los pies del monte Retyezat [2], que domina un valle fértil poblado de árboles de troncos enhiestos y se enriquece con espléndidos cultivos. La galerna, que es el viento del noroeste, arrasa durante el invierno esta alta meseta sin refugio,

desprotegida, como lo haría una navaja de afeitar. Cuando esto ocurre, en la región suelen decir que la meseta se afeita, y en ocasiones el afeitado es muy apurado.

Nada de arcádico había en el atuendo de aquel pastor, ni de bucólico en su actitud. No era Dafnis, ni Aminta, ni Tí tiro, ni Lícidas, ni Melibeo. El río que murmuraba bajo sus pies calzados con burdos zuecos de madera no era el Lignon, sino el Sil de Valaquia, cuyas aguas frescas y pastorales eran dignas de discurrir por los meandros de la novela *La Astrea* [3].

Frik, Frik del pueblo de Werst: así se llamaba este rústico rabadán, tan descuidado consigo mismo como con sus animales, y que podía haber vivido en la sórdida pocilga construida a la entrada del pueblo donde resguardaba a sus cerdos y ovejas: una inmundada zahúrda, por emplear un nombre antiguo, el único que conviene a los piojosos rediles de la comarca.

El *immanum pecus* pastaba vigilado por el ya mencionado Frik —*immanior ipse* [4]—, quien se hallaba tumbado sobre un otero cubierto de hierba mullida, dormitando con un ojo abierto y otro cerrado, con su enorme pipa en la boca, silbando a veces a sus perros cuando se alejaba alguna oveja o dando un toque de corneta que repercutía el eco de la montaña.

Eran las cuatro de la tarde. El sol ya declinaba. Algunas cumbres, cuyas faldas se sumergían en una bruma flotante, se aclaraban por el este mientras que por el suroeste pasaba un haz oblicuo de rayos a través de dos quebradas de la montaña, como la luz que se filtra por una puerta entreabierta.

Este sistema orográfico pertenecía a la parte más ignota de Transilvania, conocida con el nombre de condado de Klausenburgo o de Kolosvar [5].

Es esta Transilvania un curioso fragmento del imperio de Austria, conocido en magiar con el nombre de Erdély, es decir, «tierra de bosques». Linda al norte con Hungría; al sur, con Valaquia, y al oeste, con Moldavia. Se extiende por una superficie de sesenta mil kilómetros cuadrados, lo que equivale a seis millones de hectáreas —más o menos la novena parte de Francia— y es una especie de Suiza, una vez y media mayor que el país helvético sin estar más poblado. Con sus mesetas agrícolas, sus verdes pastos, sus valles caprichosamente dibujados y sus cumbres picudas, por

Transilvania —atravesada por las ramificaciones de origen plutónico de los Cárpatos— discurren no pocos torrentes que engrosan el Tisza y el espléndido Danubio, cuyas Puertas de Hierro, unas millas al sur [6], cierran el cañón de la cordillera balcánica, en la frontera de Hungría y del Imperio otomano.

Así es la antigua tierra de los dacios que conquistó Trajano en el primer siglo de la era cristiana. La independencia de que disfrutó en tiempos de Juan Zapoly y sus sucesores se desvaneció con Leopoldo I, que la anexionó a Austria. Pero, fuera cual fuese su constitución política, siempre ha sido el hábitat común de varias razas que se codean sin fusionarse: los valacos o rumanos, los húngaros, los cingáros, los székely de origen moldavo y también los sajones, que el tiempo y las circunstancias «magiarizaron» en beneficio de la unidad transilvana.

¿A qué tipología correspondía el pastor Frik? ¿Era una degeneración de los antiguos dacios? Habría sido difícil dirimirlo a la vista de su cabellera desordenada, su rostro maculado, su barba enmarañada, sus cejas pobladas como dos cepillos de cerdas rojizas y sus ojos garzos, entre verdes y azules, cuyo lacrimal húmedo estaba bordeado por el arco senil. No en vano contaba ya sesenta y cinco años de edad. Al menos había razones para creerlo así. Era alto y enjuto, se erguía derecho bajo su sayo amarillento, no tan peludo como su pecho; un pintor no habría desaprovechado la oportunidad de atrapar su silueta cuando, tocado con un sombrero de esparto, auténtico tapón de paja, descansaba apoyándose en su cayado con empuñadura de pico de cuervo, quieto como una roca.

Cuando los rayos penetraron por la quebrada del oeste, Frik se dio la vuelta y, haciéndose un catalejo con la mano entrecerrada, como se habría hecho un altavoz para ser oído a lo lejos, miró con gran atención.

En el claro del horizonte, a más de una milla pero muy empequeñecida por la distancia, se perfilaba el contorno de una fortaleza. Era un antiguo castillo que ocupaba, sobre una elevación aislada del puerto de Vulkan [7], la parte superior de una meseta llamada de Orgall. Bajo el efecto de una luz resplandeciente, su relieve destacaba mucho, con la nitidez que ofrecen las vistas estereoscópicas, pero el pastor habría necesitado una gran agudeza visual para distinguir detalles en aquella masa lejana.

De repente, con un gesto de asentimiento, exclamó:

—¡Viejo castillo, viejo castillo! ¡Bien puedes aferrarte a tus cimientos! Tres años más y dejarás de existir, pues a tu haya no le quedan más que tres ramas.

Era un haya plantada en la punta de uno de los bastiones de la fortaleza, que se destacaba en negro contra el fondo del cielo como un recorte de papel; alguien que no hubiera sido Frik apenas habría podido distinguirla desde aquella distancia. Las palabras del pastor se explicaban por una leyenda vinculada al castillo de la que dará cuenta a su debido tiempo.

—¡Sí! —repitió—, tres ramas... Ayer había cuatro, pero la cuarta se ha caído esta noche... Sólo queda el muñón... No veo más que tres en el tronco... ¡Sólo tres, viejo castillo, sólo tres!

Cuando se piensa en el pastor ideal, la imaginación lo convierte de buen grado en un ser soñador y contemplativo que conversa con los planetas y las estrellas, y que sabe leer en el cielo. La realidad es que, por lo general, se trata de brutos ignorantes y duros de mollera. Sin embargo, la credulidad pública les atribuye con facilidad dones sobrenaturales: saben maleficios y, según sea su ánimo, conjuran sortilegios o los echan contra hombres o bestias —que, en este caso, son todo uno—; venden polvos simpáticos y la gente les compra filtros y fórmulas. ¿Acaso no son capaces de volver yermos los surcos arrojándoles piedras encantadas, o de volver infecundas las ovejas con sólo mirarlas con el ojo izquierdo? Estas supersticiones son de todos los tiempos y de todos los lugares. Ni siquiera en los campos más civilizados se pasa por delante de un pastor sin dirigirle una palabra amable, un saludo cargado de sentido llamándole «pastor», como a él le gusta. Una inclinación con el sombrero basta para escapar a las influencias malignas, y de ello no se libran los caminos de Transilvania ni de ningún otro sitio.

Se consideraba a Frik un brujo, un invocador de apariciones fantásticas. Según unos, los vampiros y las estirges le obedecían; según otros se le podía ver en las noches oscuras, al declinar la luna, como se ve en otros parajes al Grand Bissexte, cruel gigante, sentado a horcajadas sobre la compuerta de los molinos, charlando con los lobos o soñando con las estrellas.

Frik les dejaba hablar, pues sacaba partido de ello. Vendía hechizos y sus antídotos. No olvidemos que él era tan crédulo como

su clientela y, aunque no creyera en sus propios sortilegios, sí daba crédito a las leyendas que circulaban por la región.

No es, pues, de extrañar que hiciera ese pronóstico sobre la cercana desaparición del castillo, dado que al haya no le quedaban más que tres ramas, ni que estuviera impaciente por llevar la noticia.

Tras reunir su rebaño berreando a pleno pulmón a través de una larga corneta de madera blanca, Frik emprendió el camino de regreso al pueblo. Sus perros le seguían hostigando a ovejas y carneros; eran dos chuchos medio grifones, huraños y feroces, que parecían más aptos para comerse al ganado que para guardarlo. Alrededor de cien animales componían el rebaño, de los cuales una docena eran primales y, el resto, de tercer o cuarto año, es decir, de cuatro y seis dientes.

El rebaño pertenecía al juez de Werst, el *biró*[8] Koltz, que abonaba al municipio una fuerte tasa por el apacentamiento y sentía gran aprecio por el pastor Frik, pues sabía que era muy hábil en el esquileo y muy ducho en el tratamiento de las enfermedades, boquera, chamberga, modorra, bacera, roña, cucharilla, viruela, zapera, comalia y otras afecciones de tipo pecuario.

La rehala avanzaba en masa compacta, con el carnero adalid delante y la oveja puntera a su lado, haciendo tintinear su cencerro entre balidos.

Al salir del pasto, Frik tomó un sendero ancho que bordeaba unos amplios campos; por allí ondulaban las magníficas espigas de un trigo muy alto, con la mies muy crecida; por allá se extendían unas plantaciones de *kukurutz*, que es el maíz de esas tierras. El camino llevaba a la linde de un bosque de pinos y abetos con el suelo fresco y oscuro. Más abajo, el Sil discurría luminoso, filtrado por las piedrecitas del fondo y en cuya superficie flotaban los maderos que despachaban las serrerías del monte.

Perros y ovejas se detuvieron en la orilla derecha del río y empezaron a beber con avidez, removiendo el revoltillo de juncos.

Werst ya sólo quedaba a tres tiros de fusil, pasada una espesa salceda compuesta por árboles de fuste alto, y no esos tocones desmedrados que echan ramas a apenas unos pies de sus raíces. La salceda avanzaba hasta las laderas del puerto de Vulkan, cuyo pueblo, del mismo nombre, ocupa un saliente en la vertiente

meridional del macizo del Plesa.

El campo estaba desierto a esa hora. La gente que lo cultiva no regresa a su hogar hasta la caída de la tarde, y por el camino Frik no había podido intercambiar el tradicional saludo. Una vez abrevado el rebaño, iba a introducirse entre los pliegues del valle cuando en una curva del Sil, unos cincuenta pasos río abajo, apareció un hombre.

—¡Eh, amigo! —gritó el pastor.

Era uno de esos feriantes que recorren la comarca de mercado en mercado. Se les puede ver en ciudades, pueblos y hasta en las más modestas aldeas. No tienen ningún empacho a la hora de hacerse entender, porque hablan todos los idiomas. ¿Era éste italiano, sajón o valaco? Nadie podría decirlo, pero era judío, judío polaco, alto, delgado, de nariz aguileña, barba puntiaguda, frente abombada y ojos muy vivos. Era un vendedor ambulante que llevaba catalejos, termómetros, barómetros y relojos de pared. Lo que no cabía en el petate que llevaba sujeto a los hombros con fuertes tirantes, le colgaba del cuello y de la cintura; era una verdadera tendalera, algo así como un escaparatista ambulante.

Aquel judío sentía, probablemente, el respeto y quizá el temor saludable que inspiran los pastores, de modo que saludó a Frik con la mano y después, en esa lengua rumana que es mezcla de latín y eslavo, dijo con acento extranjero:

—¿Va todo bien, amigo?

—Sí... ¡Según vaya el tiempo! —respondió Frik.

—En tal caso hoy tiene que ir bien, porque hace buen tiempo.

—Y mañana irá mal, porque lloverá.

—¿Lloverá? —exclamó el vendedor—. ¿Así que por estas tierras llueve sin nubes?

—Las nubes vendrán esta noche de por ahí, del lado contrario de la montaña.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la lana de mis ovejas, que está seca y áspera como un cuero curtido.

—Malo será para los que recorren los caminos...

—Y bueno para quienes se queden a la puerta de su casa.

—Pero para eso hace falta tener una casa, pastor.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Frik.

—No.

—¿Está casado?

—No.

Frik interrogaba porque, por allí, es costumbre hacerlo cuando uno se cruza con alguien. Después, prosiguió:

—¿De dónde viene usted, buhonero?

—De Hermannstadt [9].

Hermannstadt es una de las principales ciudades transilvanas. Al salir de ella se entra en el valle del Sil húngaro, que desciende hasta el pueblo de Petroseny [10].

—¿Y va hacia...?

—Kolosvar.

Para llegar a Kolosvar basta con subir en dirección del valle del Maros [11]. Hay que ir después por Karlsburgo, siguiendo las estribaciones de los montes Bihar [12] para llegar a la capital del condado. Es un camino de, como mucho, veinte millas [13].

Lo cierto es que estos vendedores de termómetros, barómetros y cachivaches evocan siempre la idea de un ser aparte, con un aire un poco a lo Hoffmann. Esto se debe a su oficio. Venden el tiempo en todas sus formas, el que pasa, el que hace o el que hará, como otros mercaderes venden cestos, labores de punto o paños de algodón. Podrían ser los viajeros de una casa llamada Saturno y Cía., que tendría por emblema un reloj de arena dorado. Tal fue, sin duda, el efecto que produjo el judío en Frik, quien contemplaba no sin asombro aquella tendalera de objetos, para él nuevos, cuya finalidad ignoraba.

—Oiga, buhonero —preguntó estirando el brazo—, ¿para qué sirve esa quincalla que repiquetea en su cintura como los huesos de un viejo ahorcado?

—Son cosas de gran valor —contestó el feriante—, cosas útiles para todo el mundo.

—¿Para todo el mundo? ¿Incluso para los pastores? —exclamó Frik guiñando el ojo.

—Incluso para los pastores.

—¿Y esta mecánica?...

—Esta mecánica —repuso el judío haciendo oscilar en su mano un termómetro— sirve para saber si hace frío o calor.

—¡Oiga, para eso me basto y me sobro! Lo sé porque sudo bajo

el sayo, o porque tiemblo bajo el ropón.

Evidentemente, esto era suficiente para un pastor, a quien los porqués de la ciencia no preocupaban lo más mínimo.

—¿Y este cachivache tan grande con su aguja? —quiso saber señalando un barómetro aneroide.

—No es ningún cachivache, sino un instrumento que le dirá si mañana hará buen tiempo o si lloverá.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Vaya! —replicó Frik—, pues aunque no valiera más que un kreutzer, no le veo el menor interés. Me basta con ver si las nubes se arrastran por la montaña o si corren sobre los picos más altos para saber qué tiempo hará con veinticuatro horas de adelanto. Por ejemplo, ¿ve usted esa brumilla que parece que sale del suelo? Pues acuérdesse de que mañana lloverá.

El pastor Frik, gran observador del tiempo, podía realmente prescindir de un barómetro.

—No sé si atreverme a preguntarle si va a necesitar un reloj —volvió el buhonero a la carga.

—¿Un reloj? ¡Tengo uno que funciona solo, y que se balancea por encima de mi cabeza! Es el sol que está en lo alto. Verá usted: cuando se detiene sobre la punta del Roduk es porque son las doce, y cuando mira a través del paso de Egelt es porque son las seis. Mis ovejas lo saben tan bien como yo, y mis perros tanto como mis ovejas. Así que puede guardarse usted sus cachivaches.

—Si mis únicos clientes fueran pastores, ¡mucho me iba a costar hacer fortuna! —aseguró el buhonero—. Así que ¿no necesita usted nada?

—¡Nada de nada!

En realidad, toda aquella mercancía barata era de mediocre factura; los barómetros no se ajustaban al tiempo variable o al buen tiempo continuo; las agujas de los relojes marcaban horas demasiado largas o minutos demasiado cortos... en definitiva, eran puro engaño. Es probable que el pastor se lo figurase, y que por ello no le tentara ponerse en el papel de comprador. Sin embargo, justo cuando iba a agarrar su cayado, sacudió una especie de tubo que colgaba del tirante del buhonero y preguntó:

—¿Para qué sirve este tubo que lleva colgando?

—Este tubo no es un tubo.

—¿Es para hacer bocina?

El pastor se imaginaba una especie de vieja pistola con el cañón cónico.

—No —explicó el judío—, es un catalejo.

Era uno de esos catalejos corrientes que aumentan los objetos de cinco a seis veces o los acercan en la misma medida, lo que viene a ser lo mismo.

Frik había descolgado el instrumento y lo miraba, lo manipulaba, lo volteaba y deslizaba los cilindros uno sobre otro. Después, con una inclinación de cabeza, comentó:

—Un catalejo.

—Pues sí, pastor, y además un catalejo estupendo que alarga la vista una barbaridad.

—¡Ah, pero yo tengo muy buena vista! Cuando el cielo está claro puedo distinguir hasta las últimas rocas de la cima del Retyezat, e incluso los últimos árboles del cañón de Vulkan.

—¿Sin guiñar los ojos?

—Sin guiñarlos. Es por el rocío, cuando duermo bajo las estrellas de la noche al día. Eso sí que le limpia bien a uno la pupila.

—¡Cómo! ¿El rocío? Pero ¿eso no vuelve ciego? —se extrañó el buhonero.

—No a los pastores.

—¡Sea como usted dice! Pero, por muy buena vista que tenga, la mía es aún mejor cuando uso este catalejo.

—Eso habría que verlo.

—Pues véalo.

—¿Yo?

—Haga la prueba.

—¿No me costará nada? —preguntó Frik, que era muy desconfiado.

—Nada... A menos que se decida a comprar este mecanismo.

Así tranquilizado, Frik cogió el catalejo, cuyos tubos ajustó el buhonero. Después guiñó el ojo izquierdo y se aplicó el objeto en el derecho.

Miró primero hacia el puerto de Vulkan, subiendo hacia el Plesa. Después bajó el instrumento y lo dirigió hacia el pueblo de Werst.

—Vaya, vaya, ¡es cierto! —exclamó—. Me lleva más lejos que

mis ojos. Veo la calle mayor... y reconozco a la gente. Por ahí va Nic Deck, el guardabosques, que vuelve de hacer la ronda con su mochila a la espalda y el fusil al hombro...

—¡Ya se lo decía yo! —observó el buhonero.

—¡Sí, sí, claro que es Nic! —siguió el pastor—. ¿Y quién es la muchacha que sale de la casa del señor Koltz con falda roja y jubón negro, como si fuera hacia él?

—Mire bien, pastor, seguro que reconocerá a la muchacha igual que al otro...

—¡Claro que sí! ¡Es Miriota, la preciosa Miriota! ¡Oh, vaya con los enamorados! ¡Tendrán que portarse bien, porque los tengo atrapados en el final de mi tubo y no me pierdo ni uno de sus arrumacos!

—¿Qué le parece mi aparato?

—¡Ah, ah!... ¡Pues que deja ver lo que está lejos!

Si Frik no había tenido nunca ocasión de mirar a través de un catalejo, seguramente era porque el pueblo de Werst se contaba entre los más atrasados del condado de Klausenburgo. Y así era, como pronto veremos.

—Venga, pastor, mire otra vez —propuso el buhonero—, y hágalo más allá de Werst. El pueblo está demasiado cerca; mire más allá, más lejos, que se lo digo yo.

—¿Y no me costará más dinero?

—No.

—¡Bueno! Voy a mirar por el lado del Sil húngaro. ¡Sí! ¡Ahí está el campanario de Livadzel! Lo reconozco por su cruz, porque le falta un brazo. ¡Y más allá, en el valle, entre los pinos, distingo el campanario de Petroseny con su gallo de hojalata, que tiene el pico abierto como si quisiera llamar a sus gallinitas! Y allí, aquella torre que sobresale entre los árboles, debe de ser la de Petrilla [14]. Pero ahora que lo pienso, buhonero, un momento, si sigue siendo por el mismo precio...

—El mismo, pastor.

Frik acababa de volverse hacia la meseta de Orgall y, con la punta del catalejo, iba siguiendo la cortina de los bosques ensombrecidos en la ladera del Plesa, y en el objetivo encuadró la lejana silueta de la fortaleza.

—¡Sí, la cuarta rama se ha caído! —exclamó—. ¡Lo había visto

bien! Y nadie irá a recogerla para hacer una bonita hoguera por San Juan, ¡no!, ni siquiera yo. Sería arriesgar cuerpo y alma. Pero ¡nada de lamentos, porque hay uno que irá a buscarla esta misma noche, en medio de su fuego del infierno...! ¡El Chort!

El Chort, así nombran al diablo por estas tierras cuando lo mencionan en las conversaciones.

Quizá el judío se dispusiera a pedir explicaciones sobre estas palabras, incomprensibles para quien no sea del pueblo de Werst o de los alrededores, cuando Frik exclamó, con sorpresa y pavor en la voz:

—¿Qué es esa bruma que sale de la torre del homenaje?... ¿Es bruma?... ¡No! ¡Parece humo, no puede ser! ¡Las chimeneas de la fortaleza llevan años y años sin echar humo!

—Si ve humo allí, pastor, es que hay humo.

—¡No, buhonero, no! Tiene que ser el cristal de su aparato, que tendrá vaho.

—Límpielo.

—Y cuando lo limpie...

Frik dio la vuelta al catalejo y, después de frotar los cristales con la manga, se lo volvió a colocar en el ojo.

De lo alto de la torre del homenaje, efectivamente, salía humo. Subía recto en el aire tranquilo, y sus bocanadas se confundían con los vapores del cielo.

Frik, inmóvil, permanecía en silencio. Tenía toda su atención puesta en la fortaleza, cuya sombra ascendente iba llegando al nivel de la meseta de Orgall. De pronto bajó el catalejo y, llevándose la mano al talego que colgaba bajo su manto, preguntó:

—¿Qué vale el tubo?

—Un florín y medio —contestó el buhonero.

Se lo habría dejado incluso al precio de un florín a poco que Frik hubiera intentado regatear. Pero el pastor no dijo nada. Visiblemente afectado por una estupefacción tan brusca como inexplicable, metió la mano hasta el fondo de su talego y sacó el dinero.

—¿Compra el catalejo para usted? —quiso saber el buhonero.

—No... Lo compro para mi amo, el juez Koltz.

—Entonces, él le dará el dinero...

—Sí... Los dos florines que me cuesta.

—¿Cómo, dos florines?

—¡Desde luego! Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, pastor.

Frik, silbando a los perros y empujando al rebaño, se encaminó rápidamente hacia Werst. El judío, viéndole marchar, movió la cabeza como si hubiera conocido a un loco y murmuró:

—De haberlo sabido, le habría vendido más caro el catalejo.

Después se reajustó los bártulos a la cintura y sobre los hombros y tomó la dirección de Karlsburgo, bajando por la orilla derecha del Sil.

¿Adónde iba? No tiene importancia. Tan sólo va de paso por este relato. No volveremos a verle.

CAPÍTULO II



Se trate de rocas acumuladas por la naturaleza en las épocas geológicas posteriores a las últimas convulsiones del suelo, o de construcciones debidas a la mano del hombre, sobre las que ha pasado el soplo del tiempo, su aspecto es más o menos el mismo cuando se las observa a unas millas de distancia. Lo que es piedra bruta se confunde fácilmente con lo que fue piedra labrada. De lejos tienen el mismo color y el mismo lineamento, las mismas desviaciones de las líneas en la perspectiva, la misma uniformidad de tonos sobre la pátina gris de los siglos.

Así sucedía con la fortaleza, también conocida como castillo de los Cárpatos. Habría sido imposible reconocer sus formas indecisas sobre la meseta de Orgall, que corona por la izquierda del puerto de Vulkan. No tiene el menor relieve para destacarse del segundo plano de las montañas. Lo que podría tomarse por torre del homenaje no es en realidad sino una loma pedregosa. Quienes lo ven creen percibir las almenas de un lienzo de muralla donde no hay más que una cresta rocosa. Es un conjunto borroso, flotante e incierto. Si atendemos a lo dicho por varios turistas, el castillo de los Cárpatos sólo existe en la imaginación de las gentes de la comarca.

Evidentemente, la manera más sencilla de asegurarse sería arreglar un precio con un guía de Vulkan o de Werst, recorrer el cañón, subir a la cúspide y visitar el conjunto construido. Sin embargo, es más difícil encontrar un guía que el camino que conduce al fuerte. Por estas tierras de los dos Sil nadie aceptaría guiar a un viajero hasta el castillo de los Cárpatos, fuera cual fuese el precio.

De todos modos, lo que habríamos visto al apuntar a la antigua morada en el campo visual de un catalejo más potente y mejor

centrado que el aparato de pacotilla que compró el pastor Frik a cuenta del juez Koltz, es lo siguiente: un recinto del color del gres, revestido por un amasijo de plantas lapidarias, a doscientos o trescientos metros por detrás del puerto de Vulkan, que se extendía por un perímetro de cuatrocientas a quinientas toesas siguiendo los desniveles de la meseta, con dos baluartes en cada extremo. El de la derecha, sobre el que crecía la famosa haya, conservaba adosada una escaraguaita o garita de tejado puntiagudo; en el de la izquierda había algunos lienzos de muro apoyados sobre contrafuertes calados, que servían de apoyo para el campanario de una capilla cuya campana quebrada repicaba cuando las borrascas eran fuertes, para gran espanto de las gentes del lugar. Para concluir, en el centro, coronada por su plataforma almenada, estaba la torre del homenaje, con tres órdenes de ventanas con sus cierres emplomados, y cuya primera planta estaba rodeada por una balconada circular; arriba había una terraza desde la que se elevaba una larga varilla metálica rematada por la virola feudal; era una especie de veleta que la herrumbre había soldado y que, tras la última galerna, había quedado fijada señalando al suroeste.

Lo que podía albergar este recinto, roto por muchos sitios, o si había en su interior algún edificio habitable, si tenía un puente levadizo o una poterna que permitieran entrar en él, eran cuestiones que se ignoraban desde hacía no pocos años. En realidad, aunque el castillo de los Cárpatos estuviera mejor conservado de lo que parecía, un terror contagioso, multiplicado por la superstición, lo protegía tanto como pudieron hacerlo antiguamente basiliscos, serpientes, bombardas, culebrinas, espingardas y otros ingenios de artillería de los viejos tiempos.

Pese a todo, el castillo de los Cárpatos habría merecido una visita para turistas y anticuarios. Su situación, en lo alto de la meseta de Orgall, es de una belleza excepcional. Desde la terraza superior de la torre del homenaje la vista se extiende hasta el límite más alejado de las montañas. Por detrás ondula la alta sierra tan caprichosamente ramificada, que señala la frontera de Valaquia; por delante se marca el sinuoso cañón de Vulkan, única vía practicable entre las provincias limítrofes. Más allá del valle de los dos Sil se hallan los pueblos de Livadzel, Lonyai, Petroseny y Petrilla, agrupados a la entrada de pozos que sirven para explotar esta rica

cuenca hullera. Después, en segundo plano, hay una admirable superposición de crestas, arboladas en las bases, verdes en las laderas y áridas en las cimas, dominadas por las abruptas cumbres del Retyezat[15] y del Paring[16]. Por fin, más allá del valle de Hatszeg[17] y del cauce del Maros aparece el lejano perfil de los Alpes de la Transilvania central, sumidos en la bruma.

En el fondo de este embudo, la depresión del suelo formaba antiguamente un lago que absorbía las aguas de los dos Sil antes de abrirse paso en la cordillera. En la actualidad esta depresión no es más que una explotación hullera con sus ventajas e inconvenientes: sus altas chimeneas de ladrillo se mezclan con las ramas de chopos, pinos y hayas; el humo negruzco vicia un aire antaño saturado por el perfume de los árboles frutales y de las flores. Sin embargo, si bien en la época en que transcurre esta historia la industria minera tiene atrapado a este distrito con su mano férrea, el paisaje no ha perdido ni un ápice del carácter agreste que debe a la naturaleza.

El castillo de los Cárpatos data del siglo XII o XIII. Por aquel entonces, bajo el dominio de los jefes o voivodas, los monasterios, las iglesias, los palacios y castillos se fortificaban con la misma minuciosidad que los pueblos y ciudades. Señores y villanos tenían que protegerse de toda suerte de agresiones. Este estado de cosas explica por qué la antigua muralla de la fortaleza, sus baluartes y su torre del homenaje le otorgan el aspecto de una construcción feudal, dispuesta a la defensa. ¿Qué arquitecto la edificó en esta meseta, a esa altura? Lo ignoramos. Aquel audaz artista nos es desconocido, a menos que sea el rumano Manole, tan gloriosamente cantado en las leyendas valacas y que construyó en Curtea de Argis el famoso monasterio de Rodolfo el Negro.

Pero, aunque haya dudas sobre el arquitecto, no las hay sobre la familia que poseía la fortaleza. Los barones de Gortz eran dueños y señores de estas tierras desde tiempos inmemoriales. Participaron en todas las guerras que ensangrentaron las provincias transilvanas; lucharon contra húngaros, sajones y székely y su nombre figura en los cánticos, las *doinas*, que perpetúan el recuerdo de aquellos desastrosos períodos; su divisa era un famoso proverbio valaco, *Da pe maorte!*, «¡Da hasta la muerte!», y ellos dieron, dejaron que su sangre corriera por la causa de la independencia, aquella sangre que venía de los rumanos, sus antepasados.

Ahora sabemos que tanto esfuerzo, tanta entrega, tantos sacrificios, no sirvieron más que para reducir a la opresión más indigna a los descendientes de esta valiente raza, que ya no tiene existencia política. Tres talones la han aplastado. Pero estos valacos de Transilvania no desesperan de conseguir deshacerse de este yugo. El futuro les pertenece, y se repiten con inquebrantable confianza unas palabras que concentran todas sus aspiraciones: *Rôman on péré!*, «¡El rumano no puede morir!».

Hacia mediados del siglo XIX, el último representante de los señores de Gortz era el barón Rodolfo. Había nacido en el castillo de los Cárpatos y había asistido a la extinción de los miembros de su familia en los primeros años de su juventud. A los veintidós años estaba solo en el mundo. Todos los suyos habían ido cayendo de año en año, como las ramas del haya secular que la superstición popular vinculaba a la existencia misma de la fortaleza. Sin padres, y puede decirse que también sin amigos, ¿en qué afición ocupaba su tiempo el barón Rodolfo para llenar la monótona soledad que la muerte había creado a su alrededor? ¿Cuáles eran sus gustos, sus instintos, sus aptitudes? No se le conocía ninguno, con la salvedad de una irresistible pasión por la música, y en especial por el canto de los grandes artistas de su tiempo. Un día abandonando el castillo —ya muy estropeado— a las atenciones de unos pocos viejos criados, desapareció. Más tarde se supo que dedicaba su fortuna, que era mucha, a recorrer los principales escenarios líricos de Europa, los teatros de Alemania, Francia o Italia, donde podía satisfacer sus insaciables fantasías de diletante. ¿Se trataba acaso de un excéntrico, puede incluso que de un maniaco? La extravagancia de su existencia se prestaba a pensarlo.

Sin embargo, el recuerdo de su tierra estaba grabado a fuego en el corazón del joven barón de Gortz. En sus lejanos viajes no se había olvidado de su patria transilvana, y regresó para luchar en una de las sangrientas revueltas de los campesinos rumanos contra la opresión húngara.

Los descendientes de los antiguos dacios fueron vencidos, y los vencedores se repartieron su territorio. Tras esta derrota, el barón Rodolfo abandonó definitivamente el castillo de los Cárpatos, algunas de cuyas partes ya caían en ruinas. La muerte no tardó en privar a la fortaleza de sus últimos criados, y quedó totalmente

abandonada. En lo que al barón de Gortz se refiere, corrió el rumor de que se había unido patrióticamente al famoso Rósza Sándor, un antiguo asaltador de caminos convertido en héroe de drama por la guerra y la independencia. Por suerte para él, al fin de la lucha Rodolfo de Gortz se había separado de la banda del comprometedor *betyar* o bandolero, y lo hizo en buena hora, porque el antiguo asaltador, convertido en jefe de ladrones, acabó cayendo en manos de la policía, que se contentó con encerrarle en la cárcel de Szamos Uyvar[18].

La gente de la comarca terminó admitiendo unánimemente una versión según la cual el barón Rodolfo había muerto en un enfrentamiento de Rósza Sándor con los aduaneros de la frontera. No era cierto, por más que el barón de Gortz no hubiera vuelto a aparecer por la fortaleza desde entonces, pero nadie dudaba de su muerte. Por prudencia, sólo se pueden admitir con reservas los dimes y diretes de esta crédula población.

Castillo abandonado, castillo encantado, castillo de visiones. La viva y ardiente imaginación de la gente lo pobló enseguida de fantasmas, de aparecidos y espíritus que regresan en las horas de la noche. Así es como suceden las cosas en algunos parajes supersticiosos de Europa, y Transilvania puede aspirar a situarse en el primer puesto.

Además, ¿cómo podía romper este pueblo de Werst con las creencias de lo sobrenatural? El pope y el maestro, éste encargado de la educación de los niños, aquél de dirigir la religión de los fieles, enseñaban estas fábulas con toda llaneza, habida cuenta de que ellos mismos creían en ellas a pies juntillas. Afirmaban, «con pruebas que lo demostraban», que los hombres lobo corren por los campos, que los vampiros, llamados estirges porque gritan como ellas, se abrevan con sangre humana, que los *staffii* andan errantes entre las ruinas y se convierten en malvados cuando la gente se olvida llevarles de comer y de beber cada tarde. Hay hadas, *babes*, que hay que cuidarse de ver los martes o los viernes, que son los peores días de la semana. A ver quién es capaz de aventurarse en las profundidades de estos bosques de la comarca, bosques encantados donde se esconden los *balauri*, dragones gigantescos cuyas fauces se abren hasta las nubes; los *zmei* de alas desmesuradas que raptan a las doncellas de sangre real ¡e incluso a

las de menor linaje si son hermosas! Como puede verse, son muchos monstruos temibles, así que ¿cuál es el genio bueno que contrapone la imaginación popular? Ni más ni menos que la *serpi de casa*, la serpiente de la casa, que vive por lo general al fondo del hogar y cuya influencia benéfica consigue el campesino alimentándola con su mejor leche.

¿No es verdad que, de haberse dispuesto una fortaleza para servir de refugio a los huéspedes de esta mitología rumana, habría sido el castillo de los Cárpatos? Aquella meseta aislada, inaccesible salvo desde la parte izquierda del puerto de Vulkan, no cabía duda de que albergaba dragones, hadas, estirges y tal vez también algunos aparecidos de la familia de los barones de Gortz. Todo ello explicaba su reputación de mal agüero, muy justificada, como se decía. A nadie se le había ocurrido aventurarse a visitarlo. Expandía a su alrededor un pavor epidémico, como una ciénaga insalubre expande miasmas pestilentes. Acercarse a un cuarto de milla bastaría para arriesgar la vida en este mundo, y la salvación en el otro. Era algo que se aprendía todos los días en la escuela del maestro Hermod.

De todos modos, este estado de cosas tocaría a su fin en cuanto no quedara ni una piedra de la antigua fortaleza de los barones de Gortz. Y en este punto es donde interviene la leyenda.

La existencia de la fortaleza, a decir de los notables más autorizados de Werst, estaba ligada a la de la vieja haya cuyas ramas se contoneaban sobre el baluarte situado a la derecha del lienzo de la muralla.

Desde la marcha de Rodolfo de Gortz, como habían observado las gentes del pueblo y muy especialmente el pastor Frik, esa haya perdía cada año una de sus ramas principales. Tenía dieciocho en su horcadura cuando se vio por última vez al barón en la terraza de la torre del homenaje, y ahora no tenía más que tres. Cada rama caída era un año restado a la existencia de la fortaleza. La caída de la última de ellas la conduciría a su destrucción definitiva. Y entonces, en la meseta de Orgall, se buscarían en vano los restos del castillo de los Cárpatos.

En realidad, no era más que una de las leyendas que brotan con facilidad de la imaginación de los rumanos. En primer lugar, ¿era cierto que el haya perdiera cada año una de sus ramas? No estaba

en absoluto demostrado, por más que Frik no vacilara en afirmarlo, él, que no la perdía de vista mientras apacentaba su rebaño en los pastos del Sil. Pero, por mucho que se pueda dudar de Frik, desde el primer magistrado hasta el último campesino de Werst estaban convencidos de que a la fortaleza no le quedaban más que tres años, puesto que su «haya tutelar» no tenía ya más que tres ramas.

El pastor se disponía a encaminarse hacia el pueblo para llevar aquella gran noticia cuando se produjo el incidente del catalejo.

¡Gran noticia, enorme noticia! Salía humo de la torre del homenaje del castillo. Lo que Frik no habría podido apreciar con los ojos había sido captado con el aparato del buhonero... No era vapor, sino un humo que se fundía con las nubes... Y ello pese a que la fortaleza estaba abandonada... Hacía mucho tiempo que nadie había traspasado la poterna que estaba cerrada, sin duda, ni el puente levadizo que estaba, ciertamente, recogido. Si estuviera habitada, sólo podría serlo por seres sobrenaturales. Pero ¿con qué propósito podían hacer fuego unos espíritus en cualquiera de los aposentos de la torre del homenaje? ¿Era un fuego de alcoba, un fuego de cocina? Todo aquello era totalmente inexplicable.

Frik apresuró a sus animales por el camino que llevaba al redil. Los perros, a su voz, acosaban al rebaño por la senda empinada, cuyo polvo caía enseguida con la humedad de la tarde.

Algunos campesinos que se habían entretenido en sus cultivos le saludaron al pasar, pero él apenas respondía a esta cortesía. De ello se derivó una verdadera inquietud, porque para evitar los maleficios no basta con saludar al pastor; también hace falta su respuesta. Pero Frik no parecía muy dispuesto a hacerlo, con su mirada perdida, su actitud peculiar, sus gestos desacompasados. Bien podían haberle robado los osos y los lobos la mitad de sus ovejas, que no habría estado más descompuesto. ¿Qué mala noticia podía llevar?

El primero que lo supo fue el juez Koltz. En cuanto lo vio, desde lejos, Frik le dijo a voces:

—¡Hay fuego en la fortaleza, amo!

—¿Qué estás diciendo, Frik?

—Digo lo que es.

—¿Es que te has vuelto loco?

¿Cómo podía prender un incendio en aquel amasijo de piedras? Era como admitir que el Negoï[19], la cima más alta de los

Cárpatos, fuera devorada por las llamas. Habría sido igual de absurdo.

—¿Dices, Frik, dices que el castillo está ardiendo?

—Ardiendo, no. Echando humo.

—Será algún vapor...

—No. Es humo. Venga usted a ver.

Los dos se dirigieron hacia el centro de la calle principal del pueblo, junto a una explanada que dominaba los barrancos del puerto y desde la que se distinguía el castillo. Una vez llegados, Frik tendió el catalejo al juez Koltz. Evidentemente, el uso de este instrumento le era tan desconocido como a su pastor.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una máquina que le he comprado por dos florines, amo, ¡y que bien vale cuatro!

—¿A quién?

—A un buhonero.

—¿Y para qué sirve?

—Ajústese en el ojo, apunte a la fortaleza, enfrente, mire y verá.

El juez dirigió el catalejo hacia el castillo y lo examinó largo rato.

¡Sí! ¡Salía humo de una de las chimeneas de la torre del homenaje! En aquel momento, desviado por la brisa, trepaba por el flanco de la montaña.

—¡Humo! —repitió el juez Koltz, estupefacto.

Entre tanto, se habían unido a ellos Miriota y el guardabosques Nic Deck, que volvían a casa.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó el joven cogiendo el catalejo.

—Para ver a lo lejos —respondió el pastor.

—¿Está de broma, Frik?

—Bromeo tan poco, guardabosques, que hace apenas una hora pude reconocerle mientras bajaba usted por el camino de Werst, usted y también...

No terminó la frase. Miriota se había ruborizado y había bajado sus bonitos ojos. Y eso que nadie prohíbe que una joven honrada salga al encuentro de su prometido.

Los dos, uno tras otro, cogieron el famoso catalejo y lo dirigieron hacia la fortaleza.

Mientras tanto, media docena de vecinos se habían acercado a la explanada y, tras informarse de lo sucedido, se sirvieron por turno del instrumento.

—¡Humo! ¡Humo en la fortaleza! —dijo uno.

—Puede que haya caído un trueno en la torre del homenaje —observó otro.

—¿Acaso ha tronado? —preguntó el juez Koltz dirigiéndose a Frik.

—Ni una sola vez desde hace ocho días —contestó el pastor.

Aquellas buenas gentes no se habrían alarmado más si les hubieran dicho que acababa de abrirse una boca de cráter en la cima del Retyezat para dejar paso a los vapores subterráneos.

CAPÍTULO III



El pueblo de Werst tiene tan poca importancia que la mayor parte de los mapas ni siquiera indican su posición. En el rango administrativo está incluso por debajo de su vecino, llamado Vulkan, nombre de la parte del macizo del Plesa sobre el que ambos están pintorescamente encaramados.

A día de hoy, la explotación de la cuenca minera ha dado un considerable impulso comercial a las villas de Petroseny, Livadzel[20] y otras, que distan unas pocas millas. Pero ni Vulkan ni Werst han sacado el menor partido de esta proximidad con un gran centro industrial. Lo que eran esos pueblos hace cincuenta años, y lo que serán sin duda dentro de otros cincuenta, lo son también ahora. En palabras de Élisée Reclus, más de la mitad de la población de Vulkan se compone «de empleados encargados de vigilar la frontera, aduaneros, gendarmes, agentes del fisco y oficiales de cuarentena, también llamados enfermeros». Supriman a los gendarmes y a los agentes del fisco, agreguen una proporción algo mayor de campesinos, y obtendrán la población de Werst, que cuenta con entre cuatrocientos y quinientos habitantes.

El pueblo no es más que una calle, una calle ancha cuyas brascas cuestas hacen que subir o bajar resulte muy penoso. Está en el camino natural entre la frontera valaca y la frontera transilvana. Por allí pasan manadas de bueyes, ovejas y cerdos, al igual que comerciantes de carne fresca, fruta y cereales, así como los escasos viajeros que se aventuran por el cañón en lugar de tomar los ferrocarriles de Kolosvar y del valle del Maros.

La naturaleza ha dotado, sin duda, con gran generosidad a la cuenca existente entre los montes Bihar, Retyezat y Paring. Es rica por la fertilidad de sus suelos, pero también por la fortuna sepultada en sus entrañas: minas de sal gema en Thorda[21] con un

rendimiento anual de más de veinte mil toneladas; el monte Paring, cuya cima mide siete kilómetros de circunferencia y está exclusivamente compuesta de cloruro sódico; minas de Torotzko[22], que producen plomo, galena, mercurio y, sobre todo, hierro, cuyos yacimientos ya se explotaban en el siglo x; minas de Vayda Hunyad[23] con sus minerales, que se transforman en acero de calidad suprema; minas de hulla, fácilmente explotables en los primeros estratos de estos valles lacustres, en el distrito de Hateg, en Livadzel, en Petroseny, gran bolsa cuyo contenido se estima en doscientos cincuenta millones de toneladas y, por fin, las minas de oro del pueblo de Offenburgo[24], en Topanfalfa[25], la región de los buscadores de oro, donde miríadas de molinos con un equipamiento muy sencillo machacan las arenas del Veres Patak[26], el «Páctolo transilvano», y exportan metal precioso por un valor anual equivalente a dos millones de francos.

Es, como se ve, un distrito muy favorecido por la naturaleza. Sin embargo, esta riqueza no se refleja en el bienestar de la población. De todos modos, aunque los centros más importantes —Torotzko, Petroseny, Lonyai— tienen instalaciones en consonancia con la comodidad que aporta la industria moderna, y aunque hay en esas localidades construcciones regulares sometidas a la uniformidad de la escuadra y el cordel, así como naves, almacenes y verdaderas ciudades obreras, y si éstas disponen de cierto número de salas dotadas de balcones y verandas, nada de esto hay que buscar ni en el pueblo de Vulkan ni en el pueblo de Werst.

Bien contadas, tienen a lo sumo sesenta casas, irregularmente agazapadas en una única calle, tocadas con un tejado caprichoso cuya parhilara sobresale de los muros, que son de adobe, con la fachada mirando al jardín y un sobrado con tragaluz que oficia de planta alta; un cobertizo destartelado como único anexo, un establo torcido cubierto de paja y, aquí y allá, pozos coronados por una polea de la que cuelga un cubo, dos o tres charcas que se desbordan cada vez que hay tormenta, arroyuelos de rodadas cuyo surco retorcido marca el camino: así es el pueblo de Werst, construido a ambos lados de una calle que discurre entre los taludes oblicuos del puerto. Pero allí todo es fresco y atractivo, porque hay flores en puertas y ventanas, cortinas de verdor que tapizan los muros, hierbas silvestres que se mezclan con el tono oro viejo de los

chamizos, chopos, álamos, abetos y arces que ascienden por encima de las casas tanto como crecer pueden. Al otro lado se escalonan las estribaciones de la cordillera y, en último plano, se distinguen las cimas más altas de la sierra, azuladas por la distancia, que se confunden con el color del cielo.

En Werst, como en toda esta zona de Transilvania, no se habla ni alemán ni húngaro, sino rumano incluso entre algunas familias cingaras, establecidas más que acampadas en los pueblos de la comarca. Estos extranjeros adoptan tanto el idioma del lugar como su religión. Los cingaros de Werst, con sus barracas de tejado puntiagudo y sus regimientos de niños, forman un pequeño clan sometido a la autoridad de un voivoda. Son, por sus costumbres y por la regularidad de su existencia, muy distintos de sus congéneres que pasan la vida errantes a través de Europa. Siguen incluso el rito griego, conformándose de ese modo a la religión de los cristianos entre los que se han instalado. Werst tiene, en efecto, un pope que ejerce como jefe religioso; reside en Vulkan y tiene a su cargo a los dos pueblos, separados tan sólo por media milla.

La civilización es como el aire o el agua. En todos los lugares en los que encuentra un lugar por donde pasar, aunque no sea más que una fisura, penetra y modifica las condiciones de un país. Sin embargo, en esta porción meridional de los Cárpatos hay que reconocer que no se había abierto ni una fisura. Dado que Élisée Reclus dijo de Vulkan que «es el último eslabón civilizado en el valle del Sil valaco», no es de extrañar que Werst fuera uno de los pueblos más atrasados de la comarca de Kolosvar. ¿Cómo podría ser de otro modo en esta tierra donde todos nacen, crecen y mueren sin abandonarla jamás?

Se podría objetar, sin embargo, que hay en Werst un maestro de escuela, y también un juez. Sí, ciertamente. Pero el maestro Hermod no es capaz de enseñar más allá de sus propios conocimientos, a saber: un poco a leer, un poco a escribir y un poco a contar. Su instrucción personal no va más allá. En materia de ciencia, de historia, de geografía y de literatura no conoce más que los cantares populares y las leyendas de los alrededores, aspecto en el cual su memoria está bien pertrechada. Es muy bueno en asuntos fantásticos, y los pocos escolares del pueblo sacan gran provecho de las lecciones que imparte.

En lo que al juez respecta, hay que entender a qué corresponde la cualificación otorgada al primer magistrado de Werst.

El *biró*, el juez Koltz, era un hombrecillo de entre cincuenta y cinco y sesenta años, de origen rumano, con el pelo entrecano cortado a cepillo, el bigote todavía negro y los ojos más dulces que vivos. Tenía la constitución sólida de un montañero, llevaba en la cabeza un gran sombrero de fieltro, un alto cinturón con hebilla historiada sobre el vientre, un chaleco sobre el torso y un pantalón corto y semibombacho remetido en altas botas de cuero. Era más alcalde que juez y, aunque sus funciones le obligaban a intervenir en las muchas rencillas entre vecinos, se ocupaba más que nada de administrar su pueblo con autoridad y no sin sacar partido para su bolsillo. Todas las transacciones, fueran compras o ventas, estaban sometidas a una tasa que iba en su beneficio, por no mencionar el peaje que tenían que abonarle los forasteros, ya fueran turistas o mercaderes.

Esta posición lucrativa había valido al juez Koltz vivir con cierto desahogo. Aunque la mayoría de los campesinos de la comarca vivían bajo el signo de la usura, que no tardará en convertir a los prestamistas israelitas en los verdaderos propietarios del suelo, el juez había sabido escapar a su rapacidad. Sus bienes estaban libres de hipotecas, de «prendas», como se dice por allí, y no le debía nada a nadie. Más que pedir prestado habría sido él quien prestara, y no hay duda de que lo habría hecho sin despellejar a las pobres gentes. Poseía varios pastos con buena hierba para sus rebaños, así como cultivos razonablemente bien mantenidos —aunque era reacio a aplicar los métodos más recientes— y viñedos que halagaban su vanidad cuando se paseaba junto a las cepas cargadas de uva, cuya cosecha vendía con gran provecho... con la excepción de una parte, de notables proporciones, que destinaba a su consumo particular.

No hace falta explicar que su casa era la más bonita del pueblo; estaba en la esquina de la explanada que atraviesa la gran calle ascendente. Era una casa de piedra —no faltaba más— con su fachada mirando al jardín, su puerta entre la tercera y la cuarta ventanas, festones de verdor orlaban el canalón con sus hierbitas colgantes, dos grandes hayas cuya horcadura se ramificaba por encima de su chamiza en flor. Detrás, en un bonito huerto, se alineaban sus verduras en damero, así como sus hileras de árboles

frutales, que llegaban hasta la ladera del puerto. Dentro de la casa había salas grandes y limpias, unas para comer y otras para dormir con sus muebles decorados, mesas, camas, bancos y escabeles, alacenas con platos y tarros brillantes; viguetas vistas en el techo de las que colgaban jarrones adornados con cintas y telas de vivos colores; pesados baúles cubiertos con fundas y colchas que oficiaban como armarios y aparadores y, en las paredes blancas, los retratos vivamente coloreados de los patriotas rumanos, entre otros el popular voivoda, convertido en héroe en el siglo xv, Vayda Hunyad.

Era una casa encantadora, que habría resultado demasiado grande para un hombre solo. Pero el juez Koltz no estaba solo, no, aunque había enviudado diez años antes. Tenía una hija, la preciosa Miriota, muy admirada desde Werst hasta Vulkan e incluso más allá. Podría haber tenido uno de esos extraños nombres paganos —Florica, Daina, Dauritia—, tan en boga entre las familias valacas, pero ¡no!, era Miriota, es decir, «corderito». El corderito había crecido y se había convertido en una grácil muchacha de veinte años, rubia de ojos castaños, con una mirada muy dulce, rasgos encantadores y agradable silueta. Había en verdad buenos motivos para considerarla seductora con su corpiño bordado con hilo rojo en el cuello, los puños y los hombros; su falda ajustada con un cinturón con cierres de plata; su *catrinza*, mandil doble con rayas rojas y azules que llevaba anudado al talle, sus botitas de cuero amarillo; su pañuelo ligero echado sobre la cabeza y el flotar de su larga melena, peinada en una trenza y adornada con una cinta o una cadenita de metal.

Sí, Miriota Koltz era una muchacha hermosa para este pueblo perdido al fondo de los Cárpatos, y además rica, lo cual no estaba nada mal. ¿Era buena ama de casa? Sin duda, puesto que dirigía la casa de su padre con buen criterio. ¿Tenía instrucción? ¡Y tanto! Había aprendido en la escuela del maestro Hermod a leer, a escribir y a calcular, así que sabía calcular, escribir y leer correctamente, aunque no había ido más allá —y con motivos—. En cambio, no tenía igual en lo referente a fábulas y sagas transilvanas. Se sabía la leyenda de Leany Ko, la roca de la Virgen donde una joven princesa un poco fantástica escapa de la persecución de los tártaros; la leyenda de la gruta del Dragón, en el valle de la «Cuesta del Rey»; la

leyenda de la fortaleza de Deva, que se construyó «en la época de las hadas»; la leyenda de la Detunata, la «golpeada por el trueno», esa conocida montaña basáltica que se parece a un enorme violín de piedra con el que el diablo toca en las noches de tormenta; la leyenda del Retyezat con su cima arrasada por una bruja; la leyenda del desfiladero de Thorda, que san Ladislao partió en dos de un espadazo. Cabe agregar que Miriota daba crédito a todas estas ficciones, pero que no por menos dejaba de ser una joven amable y encantadora.

Muchos jóvenes del lugar la encontraban a su gusto, incluso sin acordarse de que era la única heredera del *biró*, el juez Koltz, el primer magistrado de Werst. Pero hacerle la corte era inútil. ¿Acaso no estaba ya prometida con Nicolás Deck?

Este Nicolás, más conocido como Nic Deck, era un rumano atractivo. Tenía veinticinco años y era alto, de constitución fuerte y orgulloso porte, cabellos negros cubiertos con el *colpac* blanco, mirada franca, actitud desenvuelta bajo la chaqueta de piel de cordero bordada en las costuras, bien plantado sobre sus piernas finas, que eran como de ciervo, y un aire resuelto en los gestos y en la forma de andar. Era guardabosques de oficio, lo que viene a significar que tenía tanto de civil como de militar. Poseía algunos cultivos en los alrededores de Werst, motivo por el cual gustaba al padre, y como era un joven amable y apuesto no desagradaba a la hija, a la que más valía no cortejar ni mirar con demasiada insistencia. De hecho, a nadie se le habría ocurrido semejante idea.

La celebración de la boda de Nic Deck y de Miriota Koltz estaba prevista para unos quince días después, hacia mediados del mes siguiente. Con ese motivo, el pueblo se pondría de fiesta. El juez Koltz haría las cosas como es debido. No era nada avaro; por mucho que le agradara ganar dinero, no se negaba a gastarlo cuando se presentaba la ocasión. Cuando la ceremonia concluyese, Nic Deck se domiciliaría en la casa familiar, que sería suya después del juez. Puede que cuando Miriota lo sintiera a su lado dejara de tener miedo al oír el chirrido de una puerta o el chasquido de un mueble en las largas noches de invierno, miedo de ver aparecer algún fantasma huido de sus leyendas favoritas.

Para completar la lista de los notables de Werst, conviene citar a otros dos, y no de los menos importantes: el maestro y el médico.

El maestro Hermod era un hombre gordo con anteojos, de cincuenta y cinco años, que sujetaba siempre entre los dientes la boquilla curva de su pipa con cazoleta de porcelana, tenía el cabello escaso y despeinado sobre un cráneo aplastado, y el rostro lampiño con un tic en la mejilla izquierda. Su gran afición era tallar las plumas de sus alumnos, a los que prohibía, por principio, el uso de plumas de hierro. ¡Cómo alargaba los picos de las plumas con su vieja navaja bien afilada! ¡Con qué precisión, guiñando un ojo, daba el toque final para tronchar la punta! Para él, lo primero era tener buena letra. Todos sus esfuerzos se destinaban a este fin, pues consideraba que un maestro preocupado por cumplir su misión convenientemente tenía que llevar a sus alumnos por ese camino. La instrucción venía después, y ya sabemos lo que enseñaba el maestro y qué aprendían en los bancos de su escuela las generaciones sucesivas de niños y niñas.

Es ahora el turno del doctor Patak.

¿Cómo, habiendo un médico en Werst el pueblo aún estaba inmerso en asuntos sobrenaturales?

Sí, pero es que hay que entender bien el título que adoptaba el doctor Patak, como ya hicimos en el turno del juez Koltz.

Patak era un hombrecillo ventripotente, bajo y orondo, de cuarenta y cinco años, que practicaba ostensiblemente la medicina en Werst y alrededores. Con su aplomo imperturbable y su facundia aturdidora inspiraba tanta confianza como el pastor Frik, lo que no era poco. Vendía consultas y remedios, pero eran tan inofensivos que no podían empeorar las pupas de sus pacientes, que se habrían curado igualmente por sí solos. Por lo demás, la gente gozaba de buena salud en el puerto de Vulkan, donde la calidad del aire era extraordinaria, se desconocían las enfermedades epidémicas y, si alguien se moría, era porque hay que morir, incluso en este rincón privilegiado de Transilvania. En lo que concierne al doctor Patak (porque todo el mundo le daba ese título), aunque lo aceptaran como tal lo cierto era que no tenía instrucción alguna, ni en medicina, ni en farmacia, ni en nada. No era más que un simple enfermero de la cuarentena, cuyo papel se limitaba a supervisar a los viajeros retenidos en la frontera para obtener la patente de sanidad. Nada más. Esto, al parecer, bastaba a los habitantes de Werst, que tampoco eran muy exigentes. Hay que agregar, eso sí, y

nadie se sorprenderá por ello, que el doctor Patak tenía un temperamento fuerte, como corresponde a cualquiera que pretenda ocuparse de cuidar a sus semejantes. Por otro lado, él no admitía ninguna de las supersticiones que tienen libre curso en la región de los Cárpatos; ni siquiera las que se referían a la fortaleza. Se reía de ellas, bromeaba a su costa. Y, cuando a alguien se le ocurría decir en su presencia que desde tiempos inmemoriales nadie se había atrevido a acercarse al castillo, él decía a todos aquellos que quisieran oírle:

—¡No me desafíes a ir de visita a esa vieja casucha!

Y, como nadie le desafiaba, como todos se cuidaban mucho de desafiarle, el doctor Patak no había ido y, con la ayuda de la credulidad, el castillo de los Cárpatos seguía envuelto en un misterio impenetrable.

CAPÍTULO IV



La noticia que llevó el pastor tardó pocos minutos en extenderse por el pueblo. El juez Koltz, con el preciado catalejo en la mano, acababa de volver a su casa seguido por Nic Deck y Miriota. En aquel momento, en la explanada sólo quedaba Frik, rodeado por unos veinte hombres, mujeres y niños a los que se habían sumado unos cuantos cíngaros, que no se contaban entre los menos afectados de la población de Werst por la noticia. Todos rodeaban a Frik y lo acosaban con sus preguntas, a las que el pastor contestaba con la superior importancia del hombre que acaba de asistir a un acontecimiento de todo punto extraordinario.

—¡Sí, salía humo de la fortaleza, sigue saliendo, y saldrá mientras quede piedra sobre piedra! —repetía.

—Pero ¿quién ha podido encender ese fuego? —preguntó una vieja con las manos enlazadas.

—¡El Chort! —contestó Frik, llamando al diablo con el nombre que se le da en esas tierras—. ¡Ése sí que es un malvado que sabe más de avivar fuegos que de apagarlos!

Tras esta sentencia, todos quisieron ver el humo saliendo de la torre del homenaje y, a fin de cuentas, casi todos aseguraron que lo distinguían perfectamente, aunque desde aquella distancia fuera perfectamente invisible.

El efecto producido por este singular fenómeno superó lo imaginable; conviene insistir en este punto. Si el lector se pone en el lugar de las gentes de Werst, no se extrañará de los hechos extraordinarios que se relatarán ulteriormente. No le pido que crea en lo sobrenatural, sino que recuerde que esta población ignorante creía sin reservas en lo sobrenatural. A la desconfianza que inspiraba el castillo de los Cárpatos, que se creía desierto, iba a unirse en lo sucesivo el espanto, puesto que parecía estar habitado,

¡y por qué seres, Señor!

En Werst había un lugar de reunión al que acudían los bebedores y que agradaba también a aquellos que, aunque no bebieran, gustaban de hablar de sus cosas al terminar el día —estos últimos eran los menos, por descontado—. Este establecimiento, abierto para todos, era la principal posada de la ciudad o, mejor dicho, la única.

¿De quién era aquella posada? Su dueño era un judío que respondía al nombre de Jonás, un buen hombre de unos sesenta años, de fisonomía amable pero claramente semita con sus ojos negros, su nariz curva, sus labios prominentes, su pelo lacio y su perilla tradicional. Era complaciente y obsequioso, y prestaba de buen grado pequeñas cantidades de dinero a unos y otros sin mostrarse muy exigente con las garantías, ni tampoco usurero con los intereses, pero siempre esperaba que el prestatario devolviera el préstamo en la fecha convenida. ¡Ojalá el cielo quisiera que todos los judíos asentados en tierras transilvanas fueran tan benévolos como el posadero de Werst!

Desgraciadamente, ese excelente Jonás era una excepción. Sus correligionarios por el culto y colegas por la profesión —porque todos son taberneros, venden bebidas y artículos de abacería— practican el oficio de prestamista con una severidad preocupante para el futuro del campesino rumano. Poco a poco, veremos cómo el suelo pasa de manos de la raza indígena a la raza extranjera. Si no les devuelven el dinero, los judíos se adueñarán de hermosos cultivos hipotecados en su beneficio. Si la Tierra Prometida dejara de estar en Judea, tal vez un día llegaría a figurar sobre los mapas que describen la geografía transilvana.

La posada del Rey Matías —que así se llamaba— ocupaba una de las esquinas de la explanada que cruza la calle mayor de Werst, justo enfrente de la casa del juez Koltz. Era una construcción antigua, medio de madera y medio de piedra, con parches aquí y allá, pero recubierta de verdor y de apariencia muy acogedora. Se componía sólo de planta baja, con una puerta acristalada que daba acceso a la explanada. Al entrar se pasaba a una sala amplia, amueblada con mesas para los vasos y escabeles para los bebedores, un aparador de roble carcomido donde brillaban platos, cacharros y frascos, y un mostrador de madera renegrida tras el cual se

encontraba Jonás a disposición de su clientela.

Veamos ahora cómo entraba en esta sala la luz del día: tenía dos ventanas abiertas en la fachada que daba a la explanada, y otras dos en la parte opuesta, la pared del fondo. De estas últimas, una estaba cubierta por una espesa cortina de plantas trepadoras o colgantes que la obstruían desde fuera, por lo que estaba condenada y apenas dejaba entrar algo de claridad. La otra, cuando se abría, permitía que la mirada se maravillase vagando por todo el valle inferior del Vulkan. A pocos metros por debajo del alféizar discurrían las aguas turbulentas de un torrente, el Nyad. Este torrente venía por las laderas del puerto y nacía en las alturas de la meseta de Orgall, que coronaban las edificaciones de la fortaleza, y seguía su curso con gran rumor —siempre con abundante caudal gracias a las torrenceras de la montaña, incluso en la estación estival—, en pos del cauce del Sil valaco, que lo absorbía a su paso.

A la derecha, contiguas a la sala grande, había media docena de habitaciones pequeñas, que bastaban para alojar a los escasos viajeros que buscaban descanso en el Rey Matías antes de pasar la frontera. Tenían garantizada una acogedora bienvenida a precio moderado, con un tabernero atento y servicial que siempre tenía un buen suministro de tabaco, que traía de los mejores *trafiks* de los alrededores. Jonás, por su parte, había instalado su dormitorio en una angosta buhardilla cuyo tragaluz torcido, abierto en el florido tejado de paja, miraba a la explanada.

En esta posada fue donde, la tarde misma de aquel 29 de mayo, se reunieron las cabezas pensantes de Werst: el juez Koltz, el maestro Hermod, el guardabosques Nic Deck, una docena de habitantes escogidos y también el pastor Frik, que no era el de menor importancia entre aquellos personajes. Faltaba en esta reunión de notables el doctor Patak, a quien uno de sus pacientes había llamado con mucha prisa para irse al otro mundo; se había comprometido a acudir en cuanto el difunto dejara de requerir sus atenciones.

Mientras esperaban al antiguo enfermero, todos comentaban el grave acontecimiento que estaba en el orden del día, sin por ello dejar de comer o beber. A los que comían, Jonás les ofrecía esa especie de papilla o pastel del lugar conocido con el nombre de «mamaliga», que no es en absoluto desagradable cuando está

embebido en leche recién ordeñada. A los que bebían les sacaba muchos vasitos de licores fuertes que corrían por los gaznates rumanos como el agua pura, el alcohol de *schnaps* que no cuesta ni media moneda por vaso y, sobre todo *rakiu*, un aguardiente muy fuerte elaborado con ciruelas que se consume abundantemente en el país de los Cárpatos.

Hay que mencionar que el posadero Jonás —era una costumbre de la posada— sólo servía «al plato», es decir, a las personas sentadas, pues había observado que los consumidores, sentados, consumen más copiosamente que cuando están de pie. Aquella tarde el negocio era prometedor, porque los clientes se disputaban los escabeles para sentarse, por lo que Jonás iba de mesa en mesa con una jarra en la mano, rellenando vasos que se vaciaban sin llevar la cuenta.

Eran las ocho y media de la tarde. Llevaban perorando desde el atardecer sin ponerse de acuerdo sobre los pasos a seguir, aunque sí había algo en lo que todos coincidían, y era que si unos desconocidos habitaban el castillo de los Cárpatos, la situación para el pueblo de Werst sería tan peligrosa como tener un polvorín a la entrada de una ciudad.

—¡Es muy grave! —dijo el juez Koltz.

—¡Muy grave! —repitió el maestro entre dos bocanadas de su inseparable pipa.

—¡Muy grave! —repitieron los asistentes.

—Lo que es seguro —afirmó Jonás— es que si la mala reputación de la fortaleza ya era nefasta para la región...

—¡Ahora será peor! —terminó el maestro Hermod.

—Casi nunca venían forasteros... —apostilló con un suspiro el juez Koltz.

—¡Y ahora ya nunca vendrán! —agregó Jonás con otro suspiro.

—¡Muchos habitantes están pensando en marcharse! —observó uno de los que bebían.

—Yo el primero —intervino un campesino de los alrededores—, y lo haré en cuanto venda mis viñas.

—Pero ¡no encontrarás comprador, amigo mío! —aclaró el posadero.

Así iba la conversación entre estos dignos notables. Del terror que a cada uno le inspiraba el castillo de los Cárpatos surgía el

lamento por sus intereses, tan desgraciadamente perjudicados. Adiós a los viajeros, y Jonás lo sufriría en los ingresos de su posada. Adiós a los forasteros, y el juez Koltz dejaría de percibir el peaje, cuya cifra bajaba gradualmente. Adiós a los compradores de tierras en el puerto de Vulkan, y los dueños de las parcelas no podrían venderlas, ni siquiera malvenderlas. Las cosas estaban así desde hacía unos años, y la situación, muy perjudicial, amenazaba con agravarse.

Porque, si las cosas estaban así con los espíritus de la fortaleza tranquilos, hasta el punto de no dejarse ver nunca, ¿qué pasaría si manifestaban su presencia mediante actos materiales?

El pastor Frik se sintió obligado a hablar, pero su voz denotaba lo mucho que dudaba:

—A lo mejor tendríamos que...

—¿Qué? —quiso saber el juez Koltz.

—Ir a ver, amo.

Todos se miraron unos a otros para luego bajar la mirada, y la pregunta quedó en el aire.

Jonás, mirando al juez, fue quien retomó la palabra.

—El pastor acaba de decir lo único que se puede hacer —anunció con voz firme.

—Ir a la fortaleza...

—Así es, amigos —repuso el posadero—. Si sale humo de la chimenea de la torre del homenaje es porque alguien ha hecho fuego y, si alguien ha hecho fuego, es porque una mano lo ha encendido.

—Una mano... ¡o una garra! —apuntó el viejo campesino moviendo la cabeza.

—Mano o garra, ¡qué más da! —dijo el tabernero—. Tenemos que saber a qué atenernos. Es la primera vez que alguna de las chimeneas del castillo echa humo desde que se marchó el barón Rodolfo de Gortz.

—Sin embargo, puede que ya antes haya habido humo sin que nadie se percatara —sugirió el juez Koltz.

—¡Eso sí que no estoy dispuesto a admitirlo! —exclamó vivamente el maestro Hermod.

—Es muy admisible, por el contrario —observó el *biró*—, porque antes no teníamos un catalejo para saber qué sucedía en la

fortaleza.

Así era. El fenómeno podía estar produciéndose desde hacía tiempo y haber escapado incluso a la atención del pastor Frik, por muy aguda que fuera su vista. En todo caso, ya fuera el fenómeno reciente o no, era indudable que en aquel momento unos seres humanos ocupaban el castillo de los Cárpatos, hecho que representaba una vecindad de lo más inquietante para los habitantes de Werst y de Vulkan.

El maestro Hermod se sintió en el deber de aportar una objeción que iba en la línea de sus creencias.

—¿Seres humanos? Permitid, amigos, que no lo crea. ¿Por qué se les ocurriría a unos seres humanos refugiarse en la fortaleza, con qué intención, y cómo podrían llegar hasta allí?

—¿Y qué quiere entonces que sean esos intrusos? —exclamó el juez Koltz.

—Seres sobrenaturales —contestó el maestro Hermod con un tono que imponía—. ¿Por qué no iban a ser espíritus, espectros, trasgos, quizá unas de esas peligrosas lamias que se aparecen adoptando la forma de bellas mujeres...?

Mientras el maestro hacía esta enumeración, todas las miradas se dirigieron hacia puertas y ventanas, y hacia la chimenea de la sala principal de la posada del Rey Matías, y la verdad es que todos se preguntaban si no iban a ver surgir alguno de los fantasmas mencionados por el maestro.

—Pero, si esos seres son genios —arriesgó Jonás—, no me explico por qué pueden haber encendido un fuego, porque no tendrán necesidad de cocinar.

—¿Y sus brujerías? —recordó el pastor—. ¿Acaso olvidáis que para las brujerías hace falta fuego?

—¡Evidentemente! —remató el maestro con un tono que no admitía réplica.

Todos aceptaron sin rechistar esta conclusión. En opinión de todos no había lugar a dudas: quienes habían escogido el castillo de los Cárpatos como escenario de sus artimañas eran seres sobrenaturales, y no humanos.

Hasta aquel momento, Nic Deck no había participado en la conversación. El guardabosques se había conformado con escuchar, con suma atención, lo que decían unos y otros. La vieja fortaleza,

con sus muros misteriosos, sus antiguos orígenes y su aspecto feudal siempre le había inspirado mucha curiosidad, pero también mucho respeto. Era el caso, además, que Nic Deck era muy valiente y, aunque tan crédulo como cualquier otro habitante de Werst, en más de una ocasión había manifestado su deseo de acceder al recinto.

Como cabía esperar, Miriota le había disuadido con obstinación de emprender tan azaroso proyecto. Bien podía albergar semejantes ideas cuando era libre, pero un hombre que se ha prometido deja de ser dueño de sí, y embarcarse en semejantes aventuras habría sido cosa de locos, o de insensibles. Sin embargo, a pesar de sus oraciones, la preciosa joven seguía temiendo que el guardabosques siguiera adelante con sus planes. Había algo que la consolaba un poco, y era que Nic Deck nunca había declarado solemnemente que iría a la fortaleza, porque nadie habría podido influir en él hasta el punto de retenerle, ni siquiera ella misma. Sabía que era un muchacho tenaz y resuelto, y que nunca se echaba atrás cuando daba su palabra: lo que decía, lo hacía. A Miriota le habría dado algo de saber lo que el joven tenía en mente.

Sin embargo, como Nic Deck guardaba silencio, la propuesta del pastor no encontró eco. ¿Quién osaría ir de visita al castillo de los Cárpatos ahora que estaba encantado, a menos que hubiera perdido la cabeza? Por eso todos encontraban excelentes razones para no hacer nada. El *biró* ya no tenía edad de correr riesgos por aquellos caminos. El maestro tenía que ocuparse de su escuela, y Jonás de su posada; Frik tenía que apacentar su rebaño y los demás campesinos tenían quehacer con su ganado y su forraje.

¡No! Ni uno solo se sacrificaría, y todos se decían para sus adentros: «¡Quien se atreva a ir a la fortaleza quizá no regrese nunca!».

En aquel momento, bruscamente, la puerta de la posada se abrió para espanto de los presentes.

No era más que el doctor Patak; habría sido muy difícil confundirle con una de esas lamias encantadoras de las que había hablado el maestro Hermod.

Su paciente había muerto —lo que honraba su perspicacia médica, por no hablar de su talento—, y él había acudido, raudo, a la reunión del Rey Matías.

—¡Aquí le tenemos! —exclamó el juez Koltz.

El doctor Patak distribuyó apretones de manos a todos, como quien distribuyera medicinas y, con cierta ironía, comentó:

—Veo, amigos, que seguimos con la fortaleza... ¡la fortaleza del Chort! ¡Ah, cobardicas...! Si quiere echar humo en el viejo castillo, ¡dejadle en paz...! ¿Acaso no echa humo nuestro sabio Hermod, y todo el día sin parar...? ¡Toda la comarca está aterrorizada...! ¡En mis visitas no he oído hablar de otra cosa...! ¿Que los aparecidos se han hecho un fuego ahí arriba...? ¿Y por qué no iban a hacerlo si están resfriados...? Por lo visto, en las salas de la torre del homenaje hiela incluso en mayo... ¿O será que están cociendo pan para el otro mundo...? ¡Ah, de algo habrá que alimentarse ahí arriba si es cierto que luego se resucita...! Puede que se trate de los panaderos del cielo, que han bajado para hacer una hornada...

Terminó su discurso con una serie de chanzas que disgustaban enormemente a las gentes de Werst, y que el doctor Patak despachaba con formidable jactancia.

Le dejaron hablar.

Y, cuando terminó, el *biró* le preguntó:

—¿De modo, doctor, que no concede ninguna importancia a lo que ocurre en la fortaleza?

—Ninguna, juez Koltz.

—¿Y no ha dicho a veces que estaría usted dispuesto a ir hasta allí... si alguien le desafiara a hacerlo?

—¿Yo? —repuso el antiguo enfermero delatando cierta desazón por el recordatorio de sus propias palabras.

—Sí. ¿Verdad que lo ha dicho en repetidas ocasiones? —insistió el maestro.

—Lo he dicho... sí, sin duda... En cuanto a repetirlo...

—No se trata de repetirlo, sino de hacerlo —dijo Hermod.

—¿De hacerlo?

—Sí... y en lugar de desafiarme a hacerlo, nos vamos a contentar con rogárselo —añadió el juez Koltz.

—Entenderán... amigos... seguramente... que una propuesta así...

—¡Bueno, pues si duda no se lo rogaremos, sino que le desafiaremos! —exclamó el posadero.

—¿Que me desafían?

—¡Sí, doctor!

—Jonás, va usted demasiado lejos —intervino el *biró*—. No es necesario desafiar a Patak. Sabemos que es un hombre de palabra, y que lo que dijo que haría, lo hará, aunque no sea más que por prestar un servicio al pueblo y a toda la comarca.

—¿Cómo, pero lo dicen en serio...? ¿Quieren que vaya al castillo de los Cárpatos? —resumió el doctor, cuyo rostro rubicundo había palidecido.

—No puede usted negarse —dijo categóricamente el juez Koltz.

—Pero amigos... Se lo ruego... Razonemos, por favor...

—Ya está razonado —cortó Jonás.

—Sean justos. ¿De qué me serviría ir... y qué es lo que iba a encontrarme? A unas pobres gentes que se habrán refugiado en la fortaleza... y que no hacen ningún mal...

—Si son unas pobres gentes —apuntó el maestro Hermod—, no hay nada que temer, y será una buena ocasión para que les ofrezca sus servicios.

—Si los necesitaran y me mandaran llamar —respondió el doctor Patak—, yo acudiría... al castillo... sin dudarlo, créanme. Pero no me desplazo si no me lo piden, y mis visitas no son gratis...

—Le pagaremos por las molestias —intervino el juez Koltz—, y a tanto por hora.

—¿Y quién me lo pagará?

—Yo... Nosotros. ¡Al precio que usted ponga! —respondieron la mayor parte de los clientes de Jonás.

A pesar de sus constantes fanfarronadas, como se puede apreciar, el doctor era, cuando menos, tan cobardica como sus compatriotas de Werst. Tras presentarse como un hombre valiente y burlarse de las leyendas de la comarca, se sentía muy incómodo al negarse a hacer el favor que le pedían. Sin embargo, aunque le remunerasen por desplazarse, ir al castillo de los Cárpatos no le convenía lo más mínimo, así que trató de argumentar que aquella visita no produciría ningún resultado, que el pueblo haría el ridículo si le encargaba que se acercara hasta la fortaleza... Pero su argumentación falló estrepitosamente.

—Veamos, doctor —concluyó el maestro Hermod—, creo que no tiene usted nada que temer, puesto que no cree en los espíritus.

—No... no creo en ellos.

—De modo que, si quienes se han instalado en el castillo no son

espíritus, es que serán seres humanos, y podrá usted establecer relación con ellos.

El razonamiento del maestro no carecía de lógica, por lo que no era fácil replicarle.

—De acuerdo, Hermod, pero a lo mejor me retienen —aventuró el doctor Patak.

—Si eso ocurre, será porque le reciben bien —apuntó Jonás.

—Sin duda. Sin embargo, si mi ausencia se prolongase y alguien me necesitara en el pueblo...

—Todos estamos de maravilla —dijo el juez Koltz—, y no hay en Werst ni un solo enfermo desde que nuestro último cliente cogió su billete para el otro mundo.

—Hable con franqueza —intervino el posadero—. ¿Está usted dispuesto a ir?

—¡Desde luego que no! —contestó el doctor—. ¡Oh, no es que tenga miedo!... Ya saben ustedes que no doy crédito a todas esas brujerías... La verdad es que todo esto me parece absurdo, se lo repito, ¡es ridículo...! Todo porque sale humo de una chimenea de la torre... ¡Un humo que quizá no lo sea...! Desde luego... ¡No...! ¡No iré al castillo de los Cárpatos!

—¡Yo sí!

El guardabosques Nic Deck irrumpió así en la conversación, con esas dos palabras.

—¿Tú, Nic? —exclamó el juez Koltz.

—Sí, yo. Pero a condición de que Patak me acompañe.

La última frase iba directamente dirigida al doctor, que dio un salto para salir de su estupor.

—¿Cómo dices, guardabosques? —replicó—. ¿Acompañarte... yo?... Sin duda... Sería un paseo muy agradable... los dos juntos... si tuviera utilidad... y si se pudiera llegar. Porque veamos, Nic, sabes de sobra que ya ni siquiera hay un camino que lleve a la fortaleza... No podríamos llegar.

—He dicho que iré a la fortaleza —aseguró Nic Deck— y, como lo he dicho, lo haré.

—Pero yo... ¡Yo no he dicho nada...! —se defendió el doctor debatiéndose como si alguien lo hubiera agarrado por el pescuezo.

—Sí, sí lo ha dicho —le recordó Jonás.

—¡Sí, sí! —exclamaron al unísono los demás.

El antiguo enfermero, hostigado por todos, no sabía cómo escapar. ¡Cuánto lamentaba haberse comprometido tan imprudentemente con sus fanfarronadas! Nunca se había figurado que se las tomarían en serio, ni que le exigirían que las cumpliera... Ahora no podía escabullirse sin convertirse en el hazmerreír de Werst, y toda la comarca de Vulkan le escarnecería sin piedad. Así que decidió poner al mal tiempo buena cara.

—¡De acuerdo...! Puesto que así lo quieren todos, acompañaré a Nic Deck, aunque no sirva para nada.

—¡Bien, doctor Patak, bien! —exclamaron todos los bebedores del Rey Matías.

—¿Cuándo saldremos, guardabosques? —preguntó el doctor afectando una indiferencia que ocultaba torpemente su cobardía.

—Mañana temprano —respondió Nic Deck.

Un largo silencio siguió a estas palabras, un largo silencio que indicaba hasta qué punto era auténtica la emoción del juez Koltz y de todos los demás. Los vasos se habían quedado vacíos, las frascas también y, sin embargo, nadie se levantaba ni pensaba en abandonar la sala aunque fuera tarde, ni en volver a sus casas. Jonás pensó que era un buen momento para servir otra ronda de *schnaps* y de *rakiu*.

De repente, en el silencio general, se elevó una voz que pudo oírse con toda claridad, y que pronunció las siguientes palabras:

—Nicolás Deck, ¡no vayas mañana a la fortaleza! ¡No vayas, o caerás en desgracia!

¿Quién había hablado así? ¿De dónde venía aquella voz desconocida para todos y que parecía salir de una boca invisible? No podía ser más que la voz de un aparecido, una voz sobrenatural, una voz del otro mundo.

Cundió el espanto. Nadie se atrevía a mirarse, ni a pronunciar una sola palabra.

El más valiente —que era, obviamente, Nic Deck— quiso saber a qué atenerse. No había duda de que aquellas palabras salían de la sala en que se encontraban reunidos. El guardabosques tuvo el valor de acercarse a un baúl y abrirlo...

Nadie.

Se dirigió entonces a las habitaciones de la planta baja, que daban a la sala.

Nadie.

Abrió la puerta de la posada y salió corriendo para revisar de inmediato la explanada y llegar hasta la calle mayor de Werst.

Nadie.

Unos instantes después el juez Koltz, el maestro Hermod, el doctor Patak, Nic Deck, el pastor Frik y todos los demás salieron del albergue dejando solo al tabernero Jonás, que cerró apresuradamente la puerta con dos vueltas de llave.

Aquella noche, como si los amenazara una aparición fantástica, los habitantes de Werst se atrincheraron a conciencia en sus casas.

El terror reinaba en el pueblo.

CAPÍTULO V



El día siguiente Nic Deck y el doctor Patak se prepararon para partir sobre las nueve de la mañana. La intención del guardabosques era subir por el puerto de Vulkan y llegar a la sospechosa fortaleza por el camino más corto.

Tras el fenómeno del humo de la torre del homenaje y el fenómeno de la voz que resonó en la sala del Rey Matías no es de extrañar que la población estuviera como enloquecida. Algunos cíngaros hablaban ya de marcharse de la comarca, y en las casas no se hablaba de otra cosa —si bien en voz baja—. No se podía poner en tela de juicio que aquella frase amenazadora dirigida a Nic Deck era cosa del Chort, el diablo. Ahí estaban, en la posada de Jonás, unos quince hombres de los más dignos de crédito, que habían oído aquellas extrañas palabras. Afirmar que les había engañado una ilusión de los sentidos era inimaginable; no cabía duda: se había avisado nominalmente a Nic Deck de que le ocurriría alguna desgracia si se empeñaba en su proyecto de explorar el castillo de los Cárpatos.

Y, sin embargo, el joven guardabosques se disponía a salir de Werst, y sin que nadie le obligara. Fueran cuales fuesen los beneficios que extrajera el juez Koltz de aclarar el misterio de la fortaleza, y fueran cuales fuesen los intereses del pueblo por saber qué estaba sucediendo, se había insistido mucho en que Nic Deck diera marcha atrás en sus intenciones. Desconsolada y desesperada, con sus bonitos ojos ahogados en lágrimas, Miriota le había suplicado que desistiera. Antes de la advertencia de aquella voz el asunto era grave. Después de la advertencia era una insensatez. Justo en vísperas de su boda, Nic Deck quería arriesgar su vida en semejante empresa, y su prometida, que se arrastraba de rodillas ante él, no conseguía retenerle.

Ni los reproches de sus amigos ni el llanto de Miriota consiguieron influir en el guardabosques, lo que, por otra parte, no sorprendió a nadie. Todos conocían su carácter indomable, su tenacidad, su tozudez. Había dicho que iría al castillo de los Cárpatos y nada podría impedirselo, ni siquiera aquella amenaza tan directamente dirigida contra él. ¡Sí! ¡Iría a la fortaleza aunque nunca regresara!

Llegada la hora de irse, Nic Deck estrechó por última vez a Miriota contra su corazón mientras la pobre muchacha se persignaba con el pulgar, el índice y el corazón, según la costumbre rumana, que rinde homenaje a la Santísima Trinidad.

¿Y el doctor Patak? Pues el doctor Patak, forzado a acompañar al guardabosques, había intentado librarse, pero sin éxito. Todo lo que podía decir, dicho estaba. Había manifestado todas las objeciones posibles e imaginables. Intentó escudarse tras la conminación de no ir al castillo, que se había oído con total claridad.

—Esa amenaza sólo me concierne a mí —se limitó a responder Nic Deck.

—Y si te ocurriera algo malo, guardabosques, ¿saldría yo indemne? —replicó el doctor Patak.

—Indemne o no, ha prometido usted que iría conmigo al castillo, ¡e irá, porque yo voy!

Las gentes de Werst, que comprendieron que nada iba a impedir al guardabosques cumplir su promesa, le dieron la razón en ese punto. Era mejor que Nick Deck no se embarcase a solas en esta aventura. El doctor, muy decepcionado y con la clara sensación de que no podría dar marcha atrás porque su posición en el pueblo quedaría comprometida y sus blandronadas habituales le deshonrarían, decidió resignarse con el alma llena de espanto, aunque estaba decidido a aprovechar hasta el menor obstáculo del camino para obligar a su compañero a volver sobre sus pasos.

Así las cosas, Nic Deck y el doctor Patak se marcharon. El juez Koltz, el maestro Hermod, Frik y Jonás los escoltaron hasta la curva de la carretera, donde se detuvieron. Desde allí, el juez Koltz apuntó por última vez hacia la fortaleza con el catalejo —que ahora siempre llevaba consigo—. No salía humo de la chimenea de la torre; en el nítido horizonte de aquella bonita mañana primaveral

habría sido fácil distinguirlo. ¿Se podía concluir que los huéspedes, fueran naturales o sobrenaturales, habían salido corriendo al ver que el guardabosques no se tomaba en serio sus amenazas? Así lo creyeron algunos, y ésa era una razón decisiva para llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias.

Intercambiaron apretones de mano y Nic Deck, arrastrando al doctor, desapareció a la vuelta de la curva.

El joven guardabosques se había puesto su ropa de ronda: gorra tachonada con visera grande, chaqueta cerrada por un cinturón con el cuchillo envainado, pantalones bombachos, botas con refuerzos de hierro, cartuchera y un largo fusil al hombro. Tenía fama, plenamente justificada, de ser un excelente tirador y, dado que a falta de aparecidos bien podía encontrarse con alguno de los bandoleros que andan por las fronteras, o con un oso malintencionado, era prudente cargar con material para defenderse.

El doctor, por su parte, pensó que sería útil armarse con un viejo fusil de chispa que fallaba tres de cada cinco disparos. También llevaba un hacha pequeña que le había dado su compañero para el caso, probable, de que necesitaran abrirse paso a través de la espesura del Plesa. Tocado con el sombrero de ala ancha de los campesinos, con la ropa abotonada bajo la gruesa capa de viaje y calzado con botas con gruesos refuerzos de hierro, no sería aquel pesado avío lo que le impediría salir pitando si la oportunidad se presentaba.

Los dos también habían provisto sus mochilas con víveres que les permitieran alargar su misión en caso de necesidad.

Tras la curva de la carretera, Nic Deck y el doctor Patak caminaron a lo largo del Nyad, subiendo por su orilla derecha. Seguir la vereda que atravesaba las estribaciones del macizo los desviaría demasiado hacia el oeste. Era más ventajoso seguir el cauce del río, pues con ello reducían en un tercio la distancia que tenían que recorrer, porque el Nyad nace en los pliegues de la meseta de Orgall. Pero la orilla, que en tiempos fue un camino practicable, se encontraba obstaculizada por altas rocas y profundos desniveles, y no permitía abrirse paso, ni siquiera a los caminantes. De modo que no les quedó más remedio que desviarse en oblicuo hacia su izquierda para, una vez traspasada la zona inferior de los bosques del Plesa, volver hacia el castillo.

Era, de hecho, el único sitio por donde se podía acceder a la fortaleza. Cuando lo habitaba el conde Rodolfo de Gortz, la comunicación entre el pueblo de Werst, el puerto de Vulkan y el valle del Sil valaco se efectuaba por una estrecha senda que se había abierto siguiendo aquella dirección. Pero desde hacía veinte años se había permitido que la vegetación la invadiera y, obstruida por la maleza, buscarla habría sido en vano.

Cuando se disponían a abandonar el lecho profundamente encajonado del Nyad, cargado de aguas rugientes, Nic Deck se detuvo para orientarse. El castillo ya no podía verse. No volvería a aparecer hasta traspasar la cortina de bosques que se extendían en las partes bajas de la falda de la montaña, en una disposición que comparte todo el sistema orográfico de los Cárpatos. La orientación, pues, no iba a resultar sencilla, pues carecían de puntos de referencia. No se podía establecer más que por la posición del sol, cuyos rayos acariciaban las lejanas cimas del sureste.

—¿Lo ves, guardabosques? ¿Lo ves? ¡Ni siquiera hay un camino! O, más bien, ya no lo hay.

—Lo habrá —respondió Nic Deck.

—Es fácil decirlo, Nic...

—Y fácil hacerlo, Patak.

—¿Así que sigues decidido?

El guardabosques se conformó con hacer un gesto de asentimiento y empezó a caminar entre los árboles.

En aquel momento, el doctor sintió la imperiosa necesidad de desandar lo andado. Pero su compañero, que acababa de darse la vuelta, le echó una mirada tan resuelta que el cobarde consideró que quedarse atrás no sería muy conveniente.

El doctor Patak tenía todavía una esperanza: que Nic Deck terminara perdiéndose en medio de aquel laberinto boscoso, donde su oficio no le había llevado antes. Sin embargo, no contaba con ese instinto maravilloso, ese instinto profesional, esa aptitud animal, por así decirlo, que permite guiarse con pistas ínfimas, como la proyección de las ramas en una u otra dirección, el desnivel del suelo, el color de la corteza de los árboles, los matices variados del musgo según esté expuesto a los vientos del norte o del sur. Nic Deck era muy hábil en lo suyo; ejercía su oficio con una sagacidad suprema y nunca se perdía, ni siquiera en los lugares que le eran

desconocidos. En la tierra de los relatos de Cooper habría sido un digno rival de Ojo de Halcón o de Chingachgook [27].

Pese a todo, traspasar aquella zona de árboles iba a plantear verdaderas dificultades. Olmos, hayas, magníficos castaños y algunos de esos arces a los que llaman «plátanos falsos», que ocupaban los primeros planos hasta llegar a la altura de los abedules, los pinos y los abetos, agrupados en las partes superiores de la izquierda del puerto. Eran árboles magníficos con sus poderosos troncos, sus ramas cargadas de savia nueva, su copa frondosa que se entrelazaba con la de los demás para componer una cima de verdor que los rayos del sol no lograban traspasar.

Cruzarlo habría resultado relativamente fácil agachándose bajo las ramas, pero había que superar los obstáculos a ras de suelo y ponerse manos a la obra para desbrozar ortigas y zarzales y librarse de las miles de espinas que se clavan con el menor rozamiento. Nic Deck no era un hombre al que esas menudencias preocuparan; con tal de acortar camino a través de la maleza, unos rasguños no le iban a detener. Pero lo cierto era que, en aquellas condiciones, la marcha no podía ser sino lenta, lo que representaba un grave inconveniente porque Nic Deck y el doctor Patak tenían el mayor interés en llegar a la fortaleza por la tarde, pues así aún habría luz suficiente para explorarla y podrían estar de vuelta a Werst antes de que anocheciera.

El guardabosques, armado con el hacha, se afanaba para abrirse camino entre aquellos profundos espinos erizados como bayonetas vegetales, donde el pie se apoyaba sobre un terreno desigual, fragoso, deformado por brotes y raíces con las que tropezaba cuando no se hundía en una capa húmeda de hojas caídas que el viento nunca había barrido. Miles de vainas estallaban como perdigones fulminantes y cada detonación sobresaltaba al doctor, que miraba a derecha e izquierda y se volvía horrorizado cada vez que algún sarmiento se le enganchaba en la chaqueta, como una garra que quisiera retenerle. El pobre hombre estaba muy intranquilo. Pero ahora ya no se atrevería a volver sobre sus pasos, y ponía todo su empeño en no distanciarse de su inflexible compañero.

A veces, en el bosque, aparecían caprichosos claros por los que penetraba una lluvia de luz. Parejas de cigüeñas negras, perturbadas

en su soledad, se escapaban de las ramas más altas y volaban con amplias sacudidas de alas. Atravesar esos claros dificultaba aún más la marcha, porque era ahí donde se amontonaban, como en un enorme juego de bastoncillos, los árboles derribados por la tormenta o caídos de viejos, como si el hacha del leñador les hubiera dado el golpe de gracia. Yacían por el suelo enormes troncos, roídos por la podredumbre, que ninguna herramienta convertiría nunca en leña ni ningún tiro acarrearía hasta el lecho del Sil valaco. Ante aquellos obstáculos difíciles de superar, y en ocasiones imposibles de rodear, Nic Deck y su compañero tenían mucho quehacer. El joven guardabosques, que era ágil, fuerte y flexible, conseguía salir airoso, mientras que el doctor Patak, con sus piernas cortas y su vientre prominente, sin aliento, sin respiración, no podía evitar caerse, lo que obligaba al joven a acudir en su ayuda.

—Ya lo verás, Nic, ¡terminaré rompiéndome un hueso! —repetía sin cesar.

—Se lo curará.

—Vamos, guardabosques, sé razonable. ¡No hay que empeñarse en lo imposible!

¡Bah!, Nic Deck ya se había adelantado y el doctor, sin conseguir nada, apretaba el paso para alcanzarle.

¿Estaban siguiendo la dirección que conducía a la fortaleza? No había forma de comprobarlo. Sin embargo, dado que el sol no dejaba de ascender, había que subir hacia la linde del bosque, donde esperaban llegar sobre las tres de la tarde. Más allá, en la meseta de Orgall, se extendía la cortina de árboles verdes, más espaciados a medida que la ladera del monte ganaba en altitud.

En aquel lugar reapareció el Nyad entre las rocas, ya fuera porque su curso hubiera tomado un desvío hacia el noroeste, o porque Nic Deck se hubiera dirigido hacia él. Esta constatación aportó al joven guardabosques la certeza de haber seguido la dirección correcta, puesto que el río parecía manar de las entrañas de la meseta de Orgall.

Nic Deck no pudo negar al doctor hacer una parada de una hora para descansar a orillas del torrente. Además, su estómago reclamaba lo suyo tanto como sus piernas. Llevaban las mochilas bien provistas, y las petacas bien llenas de *rakiu*. Y a unos pasos

corría un agua límpida y fresca, filtrada por los cantos del fondo. ¿Qué más se podía desear? El desgaste había sido grande, y había que compensarlo.

Desde su marcha, el doctor apenas había tenido ocasión de conversar con Nic Deck, que siempre iba delante. Pero se desquitó en cuanto los dos estuvieron sentados a orillas de Nyad. Si uno era poco locuaz, al otro le gustaba mucho hablar. Teniendo este dato en cuenta, a nadie le extrañará que las preguntas fueran prolijas y las respuestas, parcas.

—Hablemos un poco, guardabosques, y hablemos seriamente —dijo el doctor.

—Le escucho —respondió Nic Deck.

—Pienso que, si hemos hecho un alto en el camino, aquí, en este lugar, es para retomar fuerzas.

—No podía ser más cierto.

—Antes de volver a Werst...

—No. Antes de llegar a la fortaleza.

—Pero Nic, ya llevamos seis horas andando, y apenas hemos recorrido la mitad del camino.

—Lo que demuestra que no tenemos tiempo que perder.

—Pero cuando lleguemos al castillo será de noche, y me figuro, guardabosques, que no estarás tan loco como para arriesgarte a seguir sin ver bien, así que habrá que esperar a que se haga de día...

—Esperaremos.

—Entonces, ¿no quieres renunciar a este proyecto, que carece de sentido común?

—No.

—¡Cómo! Aquí estamos, extenuados, necesitados de una buena mesa en una buena sala y de una buena cama en una buena habitación, ¡y tú te planteas pasar la noche al aire libre!

—Sí, si algún obstáculo nos impide entrar en el recinto del castillo.

—¿Y si no encontramos ninguno?

—Dormiremos en los aposentos de la torre.

—¡Los aposentos de la torre! —exclamó el doctor Patak—. ¿Crees acaso, guardabosques, que consentiré en pasar una noche entera en el interior de esa maldita fortaleza?

—Sin duda alguna. A menos que prefiera quedarse fuera, a solas.

—¡A solas! Guardabosques, eso no es en absoluto lo que tenemos hablado y, si tenemos que separarnos, casi prefiero que sea en este punto para volver al pueblo.

—Lo que tenemos hablado, doctor Patak, es que usted me seguirá hasta donde yo vaya.

—¡De día, sí! ¡De noche, no!

—Muy bien, en tal caso haga lo que quiera. Pero tenga cuidado de no perderse entre la maleza.

Perderse era algo que preocupaba bastante al doctor, que no estaba acostumbrado a estos interminables desvíos a través de los bosques del Plesa y temía que, abandonado a su suerte, sería incapaz de volver a encontrar el camino de Werst. La idea de encontrarse solo cuando cayera la noche —una noche quizá muy negra—, de bajar las laderas del puerto y correr el riesgo de caer al fondo de un barranco no le podía entusiasmar. Aunque no escalara por la muralla después de ponerse el sol, si el guardabosques se empeñaba, casi era mejor seguirle hasta los pies del recinto. Pero el doctor quiso hacer un último intento para detener a su compañero.

—Bien sabes, querido amigo, que no me separaré de ti de ninguna manera —replicó—. Ya que persistes en ir hasta el castillo, no te dejaré ir solo.

—Bien dicho, doctor Patak, y creo que no hay nada más que añadir.

—Pues... Hay algo más, Nic. Si para cuando lleguemos se hace de noche, prométeme que no intentarás entrar en el castillo.

—Lo que le prometo, doctor, es que haré lo imposible por entrar, y que no retrocederé ni un solo paso hasta que no haya descubierto lo que está pasando.

—Lo que está pasando, lo que está pasando —dijo Patak encogiéndose de hombros—. ¿Qué quieres que esté pasando?

—No tengo ni la menor idea pero, como estoy decidido a saberlo, lo sabré.

—Pero ¡para eso hay que llegar hasta ese castillo del demonio! —replicó el doctor, a quien se le estaban acabando las excusas—. Y, a juzgar por las dificultades con que nos hemos topado hasta ahora, y por el tiempo que nos ha llevado atravesar los bosques del Plesa, el día habrá terminado antes de que lo tengamos a la vista.

—No lo creo —respondió Nic Deck—. En los pinares de la parte alta de la sierra hay menos profusión de árboles que este oquedal de hayas, arces y olmos.

—Pero ¡estará muy empinado!

—¡Qué más da! Mientras no sea impracticable...

—Pero ¡me han dicho que hay osos en los alrededores de la meseta de Orgall!

—Tengo mi escopeta, y usted lleva su fusil para defenderse, doctor.

—Pero ¡si la noche cae podemos perdernos en la oscuridad!

—No, porque ahora tenemos un guía que, según espero, ya no nos dejará.

—¿Un guía? —se extrañó el doctor.

—Sí —contestó Nic Deck—, el torrente del Nyad. Bastará con seguir su orilla derecha para alcanzar la cresta de la meseta donde nace. Así que calculo que estaremos a las puertas de la fortaleza dentro de dos horas, a condición de que nos volvamos a poner en marcha ahora mismo.

—¡Dentro de dos horas! Pero ¡podrían ser seis!

—Vamos, ¿está usted listo?

—¿Ya? Pero ¡si nuestra parada apenas ha durado unos minutos!

—Unos minutos que suman ya más de media hora. Por última vez, ¿está usted listo?

—¡Listo!... ¡Listo cuando las piernas me pesan como si fueran de plomo!... ¡Sabes de sobra que mis fuerzas no son las de un guardabosques, Nic Deck! Tengo los pies hinchados, y es cruel que me obligues a seguirte...

—¡Me tiene usted harto, Patak! ¡Queda libre para dejarme si quiere! ¡Buen viaje!

Nic Deck se levantó.

—Por el amor de Dios, guardabosques, ¡escúchame! —suplicó el doctor Patak.

—¿Escuchar sus tonterías?

—Vamos, con lo tarde que es ya, ¿por qué no nos quedamos aquí, por qué no acampamos protegidos por estos árboles...? Mañana reemprenderíamos el camino al alba y tendríamos toda la mañana para llegar a la meseta...

—Doctor, le repito que tengo intención de pasar la noche en la

fortaleza —insistió Nic Deck.

—¡No, Nic, no lo harás...! —repuso el doctor—. ¡Yo te lo impediré...!

—¿Usted?

—¡Me colgaré de ti...! ¡Te arrastraré...! ¡Te pegaré, si hace falta...!

El desgraciado Patak ya no sabía lo que decía.

Nic Deck, por su parte, no se dignó siquiera responderle y, tras volver a ponerse la escopeta a la bandolera, dio unos pasos hacia la orilla del Nyad.

—¡Espera, espera! —gritó el maltrecho doctor—. ¡Qué diablo de hombre! ¡Un momentito! Tengo las piernas rígidas, las articulaciones no me responden...

Sin embargo, sus pobres piernas no tardaron mucho en responderle, porque al antiguo enfermero no le quedó más remedio que ir al trote para alcanzar al guardabosques, que no se molestaba ni en darse la vuelta.

Eran las cuatro. Los rayos del sol rozaban ya la cresta del Plesa, que no tardaría en interponerse, e iluminaban con un haz oblicuo las ramas más altas del pinar. Nic Deck tenía mucha razón al querer apretar el paso, porque bajo los árboles el día declina muy rápidamente.

El aspecto de estos bosques, donde se agrupan rústicas especies alpinas, es de lo más curioso y extraño. En lugar de árboles retorcidos, curvados y gesticulantes, sus fustes se yerguen rectos, espaciados, desnudos hasta quince e incluso veinte metros por encima de sus raíces; son troncos sin nudos que extienden como un techo de verdor constante. En su base hay poca maleza o hierbas entremezcladas. Tienen raíces muy largas que se arrastran a ras de tierra como serpientes adormecidas por el frío. A sus pies, el suelo está cubierto de una espuma amarillenta y corta, salpicada de ramitas secas y sembrada de piñas que crepitan bajo los zapatos. Nic y el doctor se encontraban en un terreno muy empinado, jalonado por rocas cristalinas cuyas vivas aristas pueden hacer muescas incluso en los cueros más gruesos. De modo que, a lo largo de un cuarto de milla, les costó abrirse camino en aquel pinar. Para escalar por aquellas peñas hacían falta una flexibilidad de cintura, un vigor de piernas y una seguridad en los miembros que el doctor

Patak ya había perdido. De haber estado solo, Nic Deck no habría requerido más de una hora para llegar, pero necesitó tres llevando a su compañero como impedimenta, pues tenía que detenerse para esperarle y ayudarle a subirse a alguna roca demasiado alta para sus pobres piernas. El doctor ya sólo tenía un temor, y era un temor espantoso: encontrarse a solas en aquella monótona soledad.

Aunque las cuestas eran cada vez más difíciles, los árboles se iban espaciando. Ya no formaban más que bosquetes aislados, de pequeñas dimensiones. Entre ellos se apreciaba la cresta de las montañas, que se dibujaban en un segundo plano y de las que aún emergían los vapores del atardecer.

El torrente del Nyad, que el guardabosques no había dejado de seguir hasta aquel momento, ya no era más que un arroyuelo y debía de tener su nacimiento muy cerca. La meseta de Orgall, coronada por las edificaciones de la fortaleza, aparecía apenas cien metros más allá, sobre los últimos repliegues del terreno.

Nic Deck alcanzó por fin aquella meseta, tras un último esfuerzo que dejó al doctor en estado de masa inerte. El pobre hombre no habría tenido fuerzas ni para dar otros veinte pasos, y cayó como un buey sacrificado por la maza del carnicero.

Nic Deck apenas se resentía de la fatiga de la difícil ascensión. De pie, inmóvil, devoraba con la mirada aquel castillo de los Cárpatos al que nunca se había acercado.

Tenía ante sí un recinto almenado, defendido por un profundo foso y cuyo único puente levadizo estaba cerrado contra una poterna enmarcada en una banda empedrada.

Alrededor del recinto, en la superficie de la meseta de Orgall, todo era silencio y abandono.

Los restos de la luz del día permitían abarcar el conjunto de la fortaleza, que se difuminaba confusamente entre las sombras de la tarde. No se veía a nadie en el parapeto de la muralla, ni tampoco en la terraza superior de la torre, ni en la balconada circular de la primera planta. Tampoco se veía ni un hilo de humo enroscado en la extravagante veleta, oxidada por una herrumbre secular.

—Bien, guardabosques —dijo el doctor Patak—, habrás de admitir que es imposible atravesar ese foso, ni bajar el puente levadizo, ni abrir esa poterna.

Nic Deck no contestó. Se daba perfecta cuenta de que tendría

que pasar la noche ante los muros del castillo, porque ¿cómo podría, en la oscuridad, bajar al fondo del foso y trepar después para acceder al recinto amurallado? Evidentemente, lo más acertado era esperar al alba, para actuar a la luz del día.

Así quedó decidido, para gran disgusto del guardabosques pero para gran satisfacción del doctor.

CAPÍTULO VI



a fina luna en cuarto creciente, que al ponerse el sol se había destacado en el cielo como una hoz de plata, no tardó en desaparecer. Las nubes, venidas del oeste, atenuaron los últimos resplandores del crepúsculo y la sombra invadió poco a poco el espacio, subiendo desde las zonas más bajas. El circo montañoso se inundó de tinieblas y las formas de la fortaleza no tardaron en desaparecer bajo el crespón nocturno.

Aunque la noche se anunciaba muy oscura, nada indicaba que fuera a complicarse con meteoros atmosféricos, ya fuera en forma de tormenta, de lluvia o de tempestad. Era una suerte para Nic Deck y su compañero, que iban a acampar al raso.

En aquella árida meseta de Orgall no había bosquetes, sino tan sólo algunos arbustos a ras de suelo, aquí y allá, que no ofrecían cobijo alguno contra el frescor nocturno. Había, en cambio, muchas rocas, unas medio enterradas en el suelo y otras en precario equilibrio, que un empujón podría hacer rodar hasta el pinar.

La única planta que crecía profusamente en aquel terreno pedregoso era un grueso cardo llamado espino ruso cuyas semillas, según Élisée Reclus, llegaron enganchadas en los pelos de los caballos moscovitas, «regalo de alegre conquista que hicieron los rusos a los transilvanos».

Lo que urgía en aquel momento era acomodar un lugar cualquiera para esperar la llegada del día y protegerse contra la bajada de las temperaturas, que a esa altitud es notable.

—Tenemos dónde elegir... para estar mal —dijo el doctor Patak entre dientes.

—¡Eso es, siga quejándose! —replicó Nic Deck.

—¡Desde luego que me quejo! ¡Qué lugar tan agradable para atrapar un buen resfriado o un buen reuma que no me pueda curar!

No había segundas intenciones en la queja del antiguo enfermero de la cuarentena. ¡Cuánto echaba de menos su cómoda casita de Werst, con su habitación bien cerrada y su cama bien surtida de colchas y almohadones!

Entre los bloques diseminados de la meseta de Orgall, había que escoger el que mejor orientado estuviese para servir de cortavientos y protegerse de la brisa del suroeste, que empezaba a levantarse. Así lo hizo Nic Deck, y el doctor no tardó en ir a su lado tras una ancha roca, plana como una tabla en su parte superior.

Aquella roca, oculta bajo las escabiosas y las saxífragas, era uno de esos bancos de piedra que tan frecuentemente se ven a orillas de los caminos de las provincias valacas. Sirven para que el viajero se siente, y además le ofrecen la posibilidad de refrescarse con el agua que contiene una jarra depositada debajo, que las gentes del campo renuevan a diario. Cuando el castillo estaba habitado por el barón Rodolfo de Gortz había en aquel banco un recipiente que los criados de la familia cuidaban de no dejar nunca vacío. Ahora estaba ensuciado por los detritus y tapizado de musgos verdosos, y el menor golpecito lo habría reducido a polvo.

En un extremo del banco se elevaba una vara de granito, resto de una antigua cruz, cuyos brazos sólo podían suponerse en el montante vertical por la presencia de una ranura medio borrada. El doctor Patak, desde su posición de espíritu superior, no podía admitir que aquella cruz fuera a protegerle de las apariciones sobrenaturales. Lo que no obstaba, por una anomalía que comparten no pocos incrédulos, para que estuviera cerca de creer en el diablo. El caso era que Patak estaba convencido de que el Chort andaba cerca, que era él quien se aparecía por el pueblo y que no serían la poterna cerrada, ni el puente levadizo alzado, ni la muralla, ni el profundo foso, lo que le impediría salir si de repente tenía la ocurrencia de acercarse a retorcer el pescuezo a los dos exploradores.

Cuando el doctor pensaba que tenía que pasar una noche entera en esas condiciones, se estremecía de miedo. ¡No! Era exigir demasiado a una criatura humana, y ni siquiera los temperamentos más intrépidos habrían podido resistirlo.

De golpe, una idea le vino a la cabeza. Al salir de Werst no había caído en la cuenta de que era martes por la noche, precisamente el

día en que las gentes de la comarca se guardan de salir después de la puesta de sol. El martes —es bien sabido— es día de maleficios. Si de la tradición nos fiamos, quien se aventura a salir el martes por la noche se expone a toparse con genios malignos. Los martes nadie circula por calles ni caminos después de ponerse el sol. Y hete aquí que el doctor Patak no sólo estaba fuera de su casa, ¡sino a dos pasos de un castillo encantado y a dos o tres millas del pueblo! Y se veía obligado a esperar el regreso del alba... ¡si es que el alba regresaba! ¡Aquello eran ganas de tentar al diablo!

Mientras el doctor se dejaba llevar por estos pensamientos vio cómo el guardabosques daba tranquilamente un buen trago a su cantimplora y sacaba después de su mochila un trozo de carne fría. Pensó que lo mejor que podía hacer era imitarle, y así lo hizo. Un muslo de oca y un buen pedazo de pan, todo bien regado con *rakiu*: no necesitaba menos para reponer fuerzas. Pero, aunque consiguió calmar el hambre, no logró calmar el miedo.

—Ahora, durmamos —dijo Nic Deck en cuanto dejó su mochila recogida al pie de la roca.

—¡Dormir, guardabosques!

—Que pase buena noche, doctor.

—¡Buena noche! Es fácil decirlo, pero mucho me temo que ésta acabara mal.

Nic Deck, que no estaba en absoluto de humor para conversar, no respondió. Por su trabajo, estaba acostumbrado a dormir en el bosque, así que se apoyó lo mejor que pudo contra el banco de piedra y no tardó en quedarse profundamente dormido. Lo único que pudo hacer el doctor fue mascullar entre dientes al oír la respiración regular de su compañero.

Él, por su parte, era incapaz de anular sus sentidos del oído y de la vista así fuera sólo unos instantes. No dejaba de mirar y de prestar oídos a todo, pese al cansancio, y su cerebro era presa de las extravagantes visiones que nacen del insomnio. ¿Qué trataba de percibir en la espesura de las sombras? Todo y nada: las formas imprecisas de los objetos que le rodeaban, las nubes deshilachadas en el cielo, la masa del castillo, apenas perceptible. Estaban después las rocas de la meseta de Orgall, que parecían moverse en una zarabanda infernal. ¿Y si se soltaban de su base y caían rodando por el talud, arrastrando consigo a los dos imprudentes para aplastarlos

contra la puerta de esa fortaleza cuya entrada les estaba vedada?

El desgraciado doctor se había incorporado y escuchaba los sonidos que se propagan por las montañas, esos ruidos inquietantes que están entre el susurro, el gemido y el suspiro. También oía a los nictálopes, que rozaban las rocas con golpes de ala frenéticos, a los estrígidos que habían alzado el vuelo para su caza nocturna, dos o tres parejas de esos fúnebres autillos cuyo ulular retumbaba como un quejido. Cuando eso sucedía, todos los músculos del doctor Patak se contraían y su cuerpo se estremecía bañado en un sudor glacial.

Así transcurrieron las largas horas que precedieron a la medianoche. Si el doctor Patak hubiera podido intercambiar de vez en cuando una frase y dar libre curso a sus recriminaciones, se habría sentido menos atemorizado. Pero Nic Deck dormía, y dormía con un sueño profundo. Llegó la medianoche. La hora más espantosa de todas, la hora de las apariciones, la hora de los maleficios.

¿Qué estaba pasando?

El doctor acababa de levantarse, preguntándose si estaba despierto o bajo la influencia de una pesadilla.

En efecto, creyó ver en lo alto —¡no, lo veía de verdad!— formas extrañas, iluminadas por una luz espectral, que pasaban de un punto a otro, subían y bajaban con las nubes. Se diría que eran monstruos, dragones con cola de serpiente, hipogrifos de grandes alas, cráquenes gigantescos, vampiros enormes que se abalanzaban como si quisieran atraparle con sus garras o engullirlo con sus fauces.

De repente, todo parecía moverse en la meseta de Orgall: las rocas, los árboles que se elevaban en la linde del bosque. Y, con toda claridad, llegaron hasta sus oídos unos tañidos lanzados a breves intervalos.

—La campana —murmuró—, ¡la campana de la fortaleza!

¡Sí! ¡Era la campana de la vieja capilla, y no la de la iglesia de Vulkan, cuyo sonido el viento habría llevado en otra dirección!

El tañido estaba adquiriendo un ritmo más rápido. La mano que tañía la campana no estaba tocando a muertos, ¡no!, era uno de esos toques de alarma cuyos golpes jadeantes despiertan los ecos de la frontera transilvana.

Al oír aquellas vibraciones lúgubres, al doctor Patak le entró un miedo compulsivo, una angustia insuperable, un pavor irresistible, y horribles escalofríos recorrieron todo su cuerpo.

Entre tanto, al guardabosques le había despertado el repique terrorífico de aquella campana. Se incorporó, mientras que el doctor Patak parecía estar ensimismado.

Nic Deck aguzó el oído, y sus ojos trataron de atravesar las espesas tinieblas que envolvían la fortaleza.

—¡Esa campana!... ¡Esa campana...! ¡Quien la toca es el Chort! —repetía el doctor Patak.

El pobre doctor Patak, completamente enloquecido, creía más que nunca en el diablo.

El guardabosques, inmóvil, no respondía.

De repente, unos bramidos parecidos a los de las sirenas de los barcos a la entrada de un puerto desencadenaron ondas tumultuosas. En un amplio radio, aquellos ruidos ensordecedores partieron el aire.

Al cabo, de la torre brotó una claridad, una claridad intensa de la que se desprendían rayos de penetrante viveza, unas rutilancias cegadoras. ¿Qué hogar podía producir una luz tan poderosa, cuyas irradiaciones se deslizaban en amplias capas por la superficie de la meseta de Orgall? ¿De qué horno podía salir semejante fuente fotogénica, que parecía prender las rocas al tiempo que las bañaba en una extraña lividez?

—Nic, Nic, ¡mírame...! ¿No soy, como tú, un cadáver?

Cierto era que tanto él como el guardabosques tenían un aspecto cadavérico, con el rostro macilento y los ojos apagados, las órbitas vacías y las mejillas verdosas, la piel parduzca y los cabellos semejantes a esa espumilla que, según la leyenda, crece en el cráneo de los ahorcados...

Nic Deck estaba tan estupefacto por lo que veía como por lo que oía. El doctor Patak, en el sùmmum del espanto, tenía los músculos contraídos, el vello erizado, la pupila dilatada y el cuerpo agarrotado con una rigidez tetánica. Como decía el poeta de las *Contemplations* [28], «respiraba el espanto».

El horrible fenómeno duró un minuto —un minuto como mucho—. Después, la extraña luz se fue apagando, los bramidos se debilitaron y la meseta de Orgall volvió a la oscuridad y el silencio.

Ni uno ni otro intentaron volver a dormir. El doctor estaba derrotado por el estupor, y el guardabosques, de pie, apoyado contra el banco de piedra, esperaba el alba.

¿En qué pensaba Nic Deck ante aquellas cosas que eran a sus ojos tan evidentemente sobrenaturales? ¿No había en aquellos acontecimientos motivos para quebrantar su determinación? ¿Seguiría empeñado en proseguir con su temeraria aventura? Había dicho que entraría en la fortaleza y que exploraría la torre pero ¿no bastaba con haber llegado hasta su muralla inexpugnable, haberse enfrentado a la ira de los genios y haber provocado el trastorno de los elementos? ¿Le reprocharían no haber cumplido su promesa si volvía al pueblo sin cometer la locura de aventurarse en ese diabólico castillo?

De pronto, el doctor Patak se precipitó hacia él, lo aferró por la mano y trató de arrastrarlo repitiendo con voz sorda:

—¡Ven, ven!

—¡No! —cortó Nic Deck reteniendo a su vez al doctor Patak, que cayó al suelo tras este último esfuerzo.

La noche llegó por fin a su término, y el estado de ánimo del doctor y del guardabosques era tal que ninguno de los dos tuvo conciencia de cuánto tardó en llegar el día. En su memoria no quedó ningún recuerdo de las horas que precedieron a las primeras luces del alba.

Por fin, una línea rosa se dibujó en la arista del Paring, en el horizonte del este, al otro lado del valle de los dos Sil. Por el cenit se esparció un ligero blancor, sobre un fondo de cielo listado como una piel de cebra.

Nic Deck se volvió hacia el castillo. Vio cómo sus formas se iban delineando y cómo la torre se destacaba entre la bruma que bajaba por el puerto de Vulkan. La capilla, las galerías y la muralla emergieron de los vapores nocturnos y después, sobre el baluarte, se recortó el haya, cuyas hojas susurraban en la brisa levantina.

Nada había cambiado en el aspecto habitual de la fortaleza. La campana estaba tan inmóvil como la vieja veleta feudal, y no salía humo de ninguna de las chimeneas de la torre, cuyas ventanas enrejadas permanecían obstinadamente cerradas.

Por encima de la terraza, unos pájaros revoloteaban lanzando grititos agudos.

Nic Deck dirigió la mirada hacia la entrada principal del castillo. El puente levadizo, alzado contra el vano, cerraba la poterna entre dos pilastras de piedra que tenían grabado el blasón de los barones de Gortz.

¿Estaba entonces el guardabosques decidido a llevar esta aventurada expedición hasta sus últimas consecuencias? Así era. Su determinación no se había visto en absoluto influida por los acontecimientos de la noche. Como sabemos, su divisa era que lo que se dice, se hace. Ni la voz misteriosa que le había amenazado personalmente en la gran sala del Rey Matías, ni los fenómenos inexplicables de luz y sonido de los que acababa de ser testigo le impedirían franquear la muralla de la fortaleza. Le bastaría con una hora para recorrer las galerías, visitar la torre y después, con su promesa cumplida, volvería a tomar el camino de Werst, donde podría llegar antes del mediodía.

El doctor Patak, por su parte, no era más que una máquina inerte que no tenía fuerzas para resistirse, ni para desear siquiera. Iría a donde le llevaran. Si se caía sería incapaz de volver a levantarse. Los horrores de la noche le habían reducido al mayor de los atontamientos, así que no hizo observación alguna cuando el guardabosques, señalando al castillo, le dijo:

—¡Vamos!

Con la vuelta de la luz del día, el doctor podía haber regresado a Werst sin temor a perderse en los bosques del Plesa. Que a nadie le engañe su decisión de quedarse con Nic Deck. Si no abandonó a su compañero para volver al pueblo, fue porque ya no tenía conciencia de la situación; fue porque ya no era sino un cuerpo sin alma. Cuando el guardabosques lo arrastró hacia el talud de la contraescarpa, se dejó llevar.

Ahora bien, ¿se podía entrar a la fortaleza por otro sitio que no fuera la poterna? Era lo primero que Nic Deck tenía que averiguar.

La muralla no ofrecía ninguna brecha, ningún derrumbe, ninguna falla que permitiera acceder al recinto. Resultaba sorprendente que aquellas viejas murallas se encontraran en tan buen estado de conservación; ello sólo podía atribuirse a su grosor. Elevarse hasta la línea de almenas que las coronaba era imposible, porque dominaban un foso de unos doce metros. Por consiguiente, ahora que Nic Deck había logrado alcanzar el castillo de los

Cárpatos, parecía enfrentarse a obstáculos insalvables.

Muy felizmente —o muy desgraciadamente para él—, por encima de la poterna había una especie de aspillera, o más bien una tronera, por la que antiguamente sobresalía una culebrina. Para un hombre ágil y fuerte no sería muy complicado alzarse hasta esa tronera sirviéndose de una de las cadenas del puente levadizo, que colgaban hasta el suelo. Tenía anchura suficiente para permitir el paso y, a menos que estuviera protegida con un reja en su interior, Nic Deck conseguiría, sin duda, introducirse en el patio de la fortaleza.

El guardabosques no necesitó más que una ojeada para comprobar que no había otra forma de proceder y fue así como, seguido por el inconsciente doctor, bajó por un repecho hacia el interior de la contraescarpa. No tardaron mucho en llegar al fondo del foso, sembrado de piedras y de plantas silvestres. No podían saber a ciencia cierta dónde ponían los pies, ni si había miríadas de animales venenosos hormigueando bajo la maraña de aquella húmeda excavación.

En medio del foso, en paralelo a la muralla, se hundía el hueco de la antigua cuneta, que estaba casi seca y podía vadearse con un paso amplio.

Nic Deck, con su energía física y moral intacta, actuaba con sangre fría, mientras que el médico le seguía maquinalmente, como un animal tirado por una cuerda.

Tras saltar la cuneta, el guardabosques siguió por la base de la muralla a lo largo de unos veinte pasos y se detuvo debajo de la poterna, de la que colgaba el trozo de cadena. Ayudándose con manos y pies no le costaría mucho trabajo alcanzar el saliente de piedra que había debajo de la tronera.

Evidentemente, Nic Deck no tenía la menor intención de obligar al doctor Patak a seguirle en su escalada. Un hombre tan gordo no sería capaz de hacerlo, así que se contentó con sacudirle vigorosamente para hacerse entender y le recomendó que se quedara allí, sin moverse, al fondo del foso.

Después, el guardabosques empezó a trepar por la cadena; esta operación no era más que un juego para sus músculos de montañero.

Cuando el doctor se vio a solas, el sentimiento de la realidad

volvió a él hasta cierto punto. Comprendió, miró y descubrió a su compañero suspendido a cuatro metros sobre el suelo, y entonces se puso a gritar con la voz quebrada por las ansias del miedo:

—¡Detente...! ¡Nic, detente!

El guardabosques no le hizo ni caso.

—¡Ven...! ¡Baja... o me marchó! —gimió el doctor, que consiguió volver en sí.

—¡Márchese! —contestó Nic Deck, y siguió subiendo lentamente por la cadena del puente levadizo.

El doctor Patak, en el paroxismo del espanto, quiso volver a subir al repecho de la contraescarpa para subir luego a la parte alta de la meseta de Orgall y, desde allí, poner pies en polvorosa hacia Werst.

Pero ¡oh, prodigio!, ante el cual los ocurridos la noche anterior se revelaron cosa de poca monta. ¡El doctor Patak no se podía mover! Algo le retenía por los pies, como si los tuviera atenazados. ¿Podía desplazarlos uno tras otro? ¡No! Estaban adheridos por los talones y las suelas de las botas. ¿Estaría enganchado entre los resortes de un cepo? El doctor estaba demasiado alterado para verlo. Parecía que estuviera sujeto por los clavos de los zapatos.

Fuera como fuese, el pobre hombre estaba inmovilizado en el sitio. Pegado al suelo. No tenía ya siquiera fuerzas para gritar, así que tendió las manos desesperadamente. Se diría que se quería desprender del abrazo de alguna clase de horrible tarasca que surgiera de la tierra con las fauces abiertas...

Entre tanto, Nic había llegado a la altura de la poterna y acababa de posar la mano sobre uno de los herrajes que albergaban los goznes del puente levadizo.

Al hacerlo gritó, dolorido, y se echó hacia atrás como si le hubiera caído encima un rayo. Agarrándose por instinto a la cadena, se deslizó por ella hacia abajo y cayó hasta el fondo del foso.

—¡La voz me dijo que me ocurriría alguna desgracia! —murmuró antes de perder el conocimiento.

CAPÍTULO VII



¿Cómo describir la angustia en que se hallaba sumido el pueblo de Werst tras la marcha del joven guardabosques y el doctor Patak? A medida que transcurrían las horas, que se hacían interminables, no había dejado de crecer.

El juez Koltz, el posadero Jonás, el maestro Hermod y unos cuantos más no habían abandonado la explanada en ningún momento. Todos se obstinaban en observar la masa distante de la fortaleza por si alguna voluta reaparecía por encima de la torre, pero no se veía humo alguno —lo que quedó demostrado apuntando con el catalejo invariablemente en esa dirección—. Los dos florines gastados en la adquisición de aquel ingenio había sido dinero bien empleado. El *biró*, que era uno de los grandes interesados y solía estar muy pendiente de su bolsillo, nunca había lamentado menos un gasto.

A las doce y media, cuando el pastor Frik regresó de los pastos, todos le interrogaron ávidamente. ¿Había algo nuevo, extraordinario, sobrenatural...?

Frik contestaba que acababa de recorrer el valle del Sil valaco sin haber visto nada excepcional.

Después de comer, a eso de las dos, todos volvieron al puesto de observación. Nadie tuvo la idea de volver a su casa y, sobre todo, a nadie se le ocurrió volver a pisar el Rey Matías, donde se dejaban oír voces conminatorias. Que las paredes oigan, pase, puesto que forma parte del lenguaje popular, pero que hablen ya es otra cosa.

El digno tabernero tenía razones para temer que pusieran su posada en cuarentena, y era ésta una cuestión que le preocupaba sobremanera. ¿Se vería obligado a cerrar, a beberse sus propias reservas por falta de clientes? Con objeto de tranquilizar a la población de Werst había emprendido una investigación

pormenorizada en el Rey Matías, rebuscado por las habitaciones incluso debajo de las camas, abriendo los baúles y el aparador y explorando minuciosamente todos los recovecos del salón principal, la bodega y el granero, donde algún gracioso podía haber perpetrado aquel embaucamiento. Pero ¡nada! Tampoco encontró nada en la parte de la fachada que daba al Nyad. Las ventanas eran demasiado altas para que nadie pudiera subirse hasta su alféizar, que se encontraba en un alto muro cuya base se hundía en el curso impetuoso del torrente. Poco importaba. El miedo no razona, y Jonás estaba convencido de que pasaría mucho tiempo antes de que los huéspedes habituales volvieran confiados a su posada, su *schnaps* y su *rakiu*.

¿Mucho tiempo? ¡Error! Como pronto veremos, aquel desagradable pronóstico no iba a cumplirse. Los notables del pueblo iban a volver pocos días después a sus reuniones diarias bien regadas ante las mesas del Rey Matías debido a una circunstancia del todo imprevista.

Pero volvamos al joven guardabosques y a su compañero, el doctor Patak.

Como recordamos, cuando se marcharon de Werst, Nic Deck prometió a la desconsolada Miriota que no se entretendría en su visita al castillo de los Cárpatos. Si no le sucedía ninguna desgracia, si las amenazas recibidas no se hacían realidad, esperaba estar de regreso al caer la tarde. Le estaban esperando, pues, ¡y con qué impaciencia! Además, ni la joven, ni su padre, ni el maestro de escuela podían prever que las dificultades del camino impedirían al guardabosques alcanzar la meseta de Orgall antes de que cayera la noche.

Por este motivo, la preocupación, que ya era grande durante el día, superó cualquier medida cuando dieron las ocho en el campanario de Vulkan, que se oía con toda claridad en el pueblo de Werst. ¿Qué había ocurrido para que Nic Deck y el doctor no hubieran reaparecido tras un día de ausencia? Así las cosas, a nadie se le habría ocurrido volver a su casa mientras no hubieran vuelto. A cada instante, creían verlos aparecer en la curva de la carretera del puerto.

El juez Koltz y su hija se habían acercado hasta el extremo de la calle, donde estaba de guardia el pastor. Muchas fueron las

ocasiones en que creyeron ver sombras que se dibujaban a lo lejos, a través del claro de los árboles. Pero eran sólo ilusiones. El puerto estaba desierto, como siempre, pues era raro que la gente de la frontera quisiera aventurarse durante la noche. Además, era martes por la noche, ese martes de los genios maléficos y, en ese día de la semana, los transilvanos no andan por el campo después de la puesta del sol. Nic Deck tenía que estar loco por haber escogido semejante día para ir a la fortaleza. La verdad era que el joven guardabosques no había pensado en ello, como tampoco lo habían hecho los demás habitantes del pueblo.

Sin embargo, en esto estaba pensando Miriota en aquel momento. ¡Qué espantosas imágenes se le ofrecían! En su imaginación había seguido a su prometido a todas horas a través de los espesos bosques del Plesa, mientras iba subiendo hacia la meseta de Orgall. Ahora que había caído la noche, le parecía que podía verle en el recinto, tratando de escapar a los espíritus que ocupaban el castillo de los Cárpatos, donde le habían convertido en el juguete de sus maleficios, la víctima propiciatoria de su venganza. Se lo figuraba preso al fondo de alguna mazmorra subterránea, quién sabe si muerto.

La pobre muchacha habría dado cualquier cosa para ir tras los pasos de Nic Deck. Como tal cosa no era posible, por lo menos quería esperarle en aquel lugar durante la noche. Pero su padre la obligó a volver a casa, así que, dejando al pastor en su puesto de observación, regresaron los dos.

En cuanto se encontró a solas en su habitación, Miriota se abandonó sin reservas a las lágrimas. Amaba con toda su alma al valiente Nic Deck, con un amor que era además agradecido, porque el joven guardabosques no la había buscado según las condiciones en que suelen decidirse las bodas por aquellas campiñas transilvanas, un modo muy extraño.

Cada año, por la fiesta de San Pedro, se celebra la «cacería de los prometidos». Ese día se reúnen todas las muchachas de la comarca. Acuden en sus carros más bonitos tirados por sus mejores caballos; llevan su dote, compuesta por ropajes hilados, cosidos y bordados con sus manos, guardados en baúles de brillantes colores; las acompañan sus familiares, amigas y vecinas. Llegan luego los jóvenes vestidos con sus mejores galas y sus pañuelos de seda. Van

a la feria pavoneándose; escogen a la muchacha que más les gusta, le ponen un anillo y un pañuelo como signo de compromiso, y las bodas se celebran a la vuelta de la fiesta.

Nic Deck no había conocido a Miriota en ninguno de esos mercados. Su enlace no se había establecido por casualidad. Los dos se conocían desde la infancia y se amaban desde que tenían edad de amar. El joven guardabosques no había ido a solicitar en una feria a quien debía convertirse en su mujer, y Miriota le estaba muy agradecida por ello. ¡Ah! ¿Por qué Nick Deck tenía un carácter tan resuelto, tan tenaz, tan tozudo para cumplir una promesa imprudente? Y la amaba, la amaba, pero ella no había podido influir lo bastante en él para impedir que tomara el camino de aquel castillo maldito.

¡Qué noche pasó la triste Miriota entre la angustia y el llanto! No había querido irse a la cama. Asomada a la ventana, con la mirada clavada en la calle empinada, le parecía oír una voz que murmuraba: «¡Nicolás Deck no quiso oír las amenazas; Miriota ya no tiene prometido!».

Pero no era más que un engaño de sus sentidos turbados. El silencio de la noche no difundía voz alguna. El inexplicable fenómeno ocurrido en la sala del Rey Matías no se reproducía en la casa del juez Koltz.

Al día siguiente, al alba, la población de Werst ya estaba en la calle. Desde la explanada hasta la curva del puerto unos subían y otros bajaban; éstos para preguntar si había noticias, aquéllos para darlas. Se decía que el pastor Frik acababa de alejarse una buena milla del pueblo, pero no a través de los bosques del Plesa, sino siguiendo su linde, y que si había obrado de aquella manera sería por algún motivo.

Tenían que esperarle y, con el fin de hablar cuanto antes con él, el juez Koltz, Miriota y Jonás se acercaron hasta la salida del pueblo. Media hora después vieron a Frik a unos cientos de pasos en lo alto del camino.

No parecía que apretara el paso, y consideraron que era mala señal.

En cuanto llegó el pastor, el juez Koltz le preguntó:

—Y bien Frik, ¿qué has visto? ¿Qué has encontrado?

—No he visto ni encontrado nada —respondió.

—¡Nada! —murmuró la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Vi a dos hombres al amanecer, a una milla de aquí —explicó el pastor—. Primero pensé que sería Nic Deck acompañado por el doctor, pero no eran ellos.

—¿Sabes quiénes eran esos hombres? —preguntó Jonás.

—Dos viajeros extranjeros que acaban de cruzar la frontera valaca.

—¿Has hablado con ellos?

—Sí.

—¿Vienen hacia el pueblo?

—No, van de camino al Retyezat, a cuya cima quieren subir.

—¿Son turistas?

—Eso parece, juez Koltz.

—Y esta noche, al pasar por el puerto de Vulkan, ¿no les ha llamado nada la atención por el lado de la fortaleza?

—No, porque todavía estaban al otro lado de la frontera —respondió Frik.

—Entonces, ¿no tienes noticias de Nic Deck?

—Ninguna.

—¡Dios mío! —suspiró la pobre Miriota.

—De todos modos, dentro de unos días podrá hablar con esos viajeros —explicó Frik—, porque tienen pensado hacer una parada en Werst antes de seguir su camino hacia Kolosvar.

«¡Ojalá nadie les hable mal de su posada!», pensó Jonás, inconsolable. ¡Serían capaces de no querer ir a alojarse allí!

El buen posadero llevaba treinta y seis horas obsesionado por el temor de que ningún viajero se atreviera a ir al Rey Matías a comer o dormir.

Las preguntas y respuestas que intercambiaron el pastor y su amo, en definitiva, no habían aclarado nada. Como ni el joven guardabosques ni el doctor Patak habían reaparecido a las ocho de la mañana, ¿se podía esperar que fueran a volver algún día? ¡Nadie se acerca impunemente al castillo de los Cárpatos!

Miriota, agotada tras las emociones de aquella noche de insomnio, no tenía fuerzas para seguir en pie. Estaba completamente desfallecida y apenas conseguía andar. Su padre tuvo que llevarla a casa, donde redobló la intensidad de sus

lágrimas. Llamaba a Nic con voz desgarradora, quería salir en su busca. Daba mucha lástima verla, y había motivos para temer que cayera enferma.

Sin embargo, era urgente y necesario tomar alguna decisión. Había que salir a socorrer al guardabosques y al doctor sin perder un instante. Poco importaba tener que exponerse a las represalias de los seres, humanos o no, que ocupaban la fortaleza. Lo esencial era saber qué les había pasado a Nic Deck y al doctor. El deber se imponía, tanto a sus amigos como a los demás habitantes del pueblo. Los más valientes no se iban a negar a internarse en los bosques del Plesa para subir hasta el castillo de los Cárpatos.

Una vez tomada la decisión, tras no pocas gestiones y conversaciones, los más valientes se contaron por tres: el juez Koltz, el pastor Frik y el posadero Jonás; ni uno más. El maestro Hermod había sentido un repentino dolor de gota en la pierna y había tenido que tenderse sobre dos de las sillas del aula de su escuela.

El juez Koltz y sus compañeros, por prudencia bien armados, salieron por la carretera del puerto de Vulkan hacia las nueve de la mañana. Después, en el mismo lugar en que la dejó Nic Deck, también ellos la abandonaron, para internarse en el espeso bosque.

Pensaron, no sin razón, que si el joven guardabosques y el doctor habían emprendido el regreso al pueblo tomarían el mismo camino que siguieron a la ida a través del Plesa, y que no sería difícil reconocer sus huellas; así lo constataron en cuanto se internaron entre los árboles.

Dejémosles marchar, para explicar el vuelco que se produjo en Werst en cuanto los perdieron de vista. Si bien poco antes parecía indispensable que unas personas de buena voluntad acudieran al encuentro de Nic Deck y de Patak, ahora que se habían marchado les parecía una imprudencia sin nombre. ¡Sólo faltaba que a una primera catástrofe se sumara otra! Nadie ponía en duda que el guardabosques y el doctor habían sido víctimas de su tentativa: ¿de qué serviría entonces que el juez Koltz, Frik y Jonás se arriesgaran también a ser víctimas de su abnegación? Cuando la joven tuviera que llorar a su padre como lloraba ahora a su prometido, cuando los amigos del pastor y del posadero tuvieran que reprocharse su pérdida, bien poco se habría adelantado.

La desolación se generalizó en Werst, y no parecía que fuera a

desaparecer en breve. Aunque no les ocurriera desgracia alguna, no cabía esperar que el juez Koltz y sus dos compañeros regresaran antes de que la noche envolviera las cumbres circundantes.

¡Cuál no fue su sorpresa cuando hacia las dos de la tarde los vieron aparecer al final del camino! ¡Con qué premura acudió a su encuentro Miriota, a quien avisaron de inmediato!

No eran tres, sino cuatro, y el cuarto resultó ser el doctor.

—¡Nic, mi pobre Nic! —exclamó la joven—. ¿No está con vosotros?

Sí, Nic Deck estaba, pero echado en una camilla de ramas que llevaban trabajosamente Jonás y el pastor.

Miriota se precipitó hacia su prometido, se inclinó sobre él y lo estrecho en sus brazos.

—¡Está muerto —gritó—, está muerto!

—No, no está muerto —respondió el doctor Patak—, pero merecería estarlo... ¡Y yo también!

El joven guardabosques había perdido el conocimiento. Tenía los miembros rígidos y el rostro pálido, y su respiración apenas le levantaba el pecho. El rostro del doctor no estaba descolorido como el de su compañero, pero era porque la marcha le había devuelto su habitual tono de ladrillo rojizo.

La voz de Miriota, tan tierna, tan desgarradora, no consiguió arrancar a Nic Deck del aturdimiento en que se hallaba. Una vez en el pueblo lo acostaron en la habitación del juez Koltz sin que hubiera pronunciado una sola palabra. Sin embargo, unos instantes después abrió los ojos; en cuanto entrevió a la joven inclinada sobre él, por sus labios erró una sonrisa, pero cuando intentó incorporarse no lo consiguió. Una parte de su cuerpo estaba paralizada, como si tuviera hemiplejía. Para tranquilizar a Miriota le dijo con una voz que, bien es cierto, era muy débil:

—No es nada, no es nada.

—Nic, mi pobre Nic —repetía la joven.

—Es sólo un poco de cansancio, querida Miriota, y un poco de emoción... Se me pasará enseguida... con tus cuidados.

El enfermo necesitaba tranquilidad y descanso, por lo que el juez Koltz salió del cuarto dejando a Miriota con el joven guardabosques, que no podía contar con enfermera más diligente y no tardó en adormecerse.

Mientras, ante un nutrido auditorio, Jonás explicó lo ocurrido desde que se marcharon, con voz fuerte para que todos lo oyeran.

El juez Koltz, el pastor y él mismo, tras hallar en el bosque el sendero abierto por Nic Deck y el doctor, se dirigieron hacia el castillo de los Cárpatos. Desde las diez de la mañana iban subiendo por las laderas del Plesa; la linde del bosque sólo estaba media milla por delante cuando aparecieron dos hombres: el doctor y el guardabosques. A este último las piernas no le respondían; aquél, sin fuerzas, acababa de derrumbarse al pie de un árbol.

Los tres corrieron hasta el doctor y lo interrogaron, pero no pudieron sacarle una sola palabra porque estaba demasiado atontado para responder; en un instante fabricaron una camilla con ramas, colocaron a Nic Deck en ella y volvieron a poner en pie a Patak, tras lo cual el juez Koltz y el pastor, relevado a ratos por Jonás, volvieron a Werst.

Como el doctor seguía sin recobrase para satisfacer su curiosidad, ni el juez Koltz, ni el pastor Frik, ni el tabernero podían saber por qué Nic Deck se encontraba en semejante estado, ni tampoco si había podido explorar las ruinas de la fortaleza.

Patak no había hablado hasta aquel momento, pero ahora tenía que hacerlo, ¡qué diablos! Estaba a salvo en el pueblo, rodeado de amigos, entre sus pacientes. Ya no tenía nada que temer de aquellos seres de la fortaleza y, aunque le hubieran arrancado el juramento de callar, de no contar nada de lo que había visto en el castillo de los Cárpatos, el interés general le obligaba a faltar a su promesa.

—Vamos, doctor, repóngase y díganos qué ha pasado —le dijo el juez.

—Quieren... ¿que hable...?

—¡Se lo ordeno en nombre de los habitantes de Werst y para garantizar la seguridad del pueblo!

Jonás sirvió una buena copa de *rakiu* que tuvo el efecto de devolver al doctor el uso de la lengua, y con frases entrecortadas pronunció estas palabras:

—Salimos los dos... Nic y yo... ¡Unos locos, unos locos!... Para cruzar esos malditos bosques tardamos casi un día... Hasta la noche no llegamos a la fortaleza... ¡Aún tiemblo...! ¡Y temblaré toda mi vida...! Nic quería entrar... ¡Sí! Quería pasar la noche en la torre... ¡En los aposentos del mismísimo Belcebú!

El doctor Patak decía estas cosas con una voz tan cavernosa que oírle daba escalofríos.

—Yo no lo consentí... ¡No, no lo consentí...! ¿Qué habría ocurrido... si le hubiera dejado...? Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

Y así era, en efecto, los pelos del doctor se ponían de punta, pero era porque se le iba la mano al cabello, maquinalmente.

—Al final, Nic Deck se resignó a acampar en la meseta de Orgall... ¡Qué noche, amigos míos, qué noche...! ¿Cómo íbamos a dormir cuando los espíritus no nos dieron ni una hora de descanso...? ¡No, ni siquiera una hora...! De repente, entre las nubes aparecieron unos monstruos de fuego, unos verdaderos *balauris* que bajaban hacia la meseta para devorarnos...

Todas las miradas se volvieron hacia el cielo para comprobar si no cabalgaba por allí una jauría de espectros.

—Muy poco después —siguió el doctor—, la campana de la capilla empezó a repicar.

Todos los oídos se volvieron hacia el horizonte, y más de uno creyó oír unos lejanos tañidos, pues el relato del doctor tenía muy impresionada a su audiencia.

—De repente —exclamó—, unos espantosos bramidos llenaron el espacio... o más bien eran aullidos de fieras... Luego, salió de las ventanas de la torre una gran claridad, una llamarada infernal que iluminó toda la meseta, hasta el pinar... En ese momento, Nic Deck y yo nos miramos... ¡Ah, qué espantosa visión...! Parecíamos dos cadáveres... Dos cadáveres que aquellas luces pálidas hacían gesticular, uno frente a otro...

Al ver el rostro convulso del doctor Patak y sus ojos enloquecidos, cabía desde luego preguntarse si no regresaba del otro mundo, ese al que ya había mandado a tantos semejantes.

Tuvieron que esperar un poco a que recobrara el aliento, porque habría sido incapaz de continuar su relato. Aquella pausa le costó a Jonás otra copa de *rakiu*, que pareció devolver al antiguo enfermero parte del juicio que los espíritus le habían hecho perder.

—Pero, entonces, ¿qué le ha pasado al pobre Nic Deck? —preguntó el juez Koltz.

El *biró* otorgaba una gran importancia a la respuesta del doctor, y no sin razón, pues era al joven guardabosques a quien se había

dirigido la voz de los genios en la gran sala del Rey Matías.

—Esto es lo que me ha quedado grabado en la memoria —respondió el doctor—. Había vuelto a hacerse de día... Yo supliqué a Nic Deck que renunciara a sus proyectos... Pero ya sabéis cómo es, no se puede sacar nada de alguien tan tozudo como él... Bajó al foso... Yo me vi obligado a seguirle, porque él me arrastraba... La verdad es que yo ya no tenía conciencia de lo que hacía... Nic avanzó entonces hasta debajo de la poterna, se agarró a una cadena del puente levadizo y trepó por ella a lo largo de la muralla... En aquel momento volví en mí, y pensé que ya era hora de detener a aquel imprudente... ¡De detener aquel sacrilegio...! Le mandé bajar por última vez, le pedí que diera marcha atrás, que regresara a Werst conmigo... «¡No!», me gritó... ¡Yo quería huir...! Sí, amigos, lo confieso, quise huir, y de haber estado allí todos vosotros habríais pensado lo mismo... Pero por más que intentaba despegarme del suelo no podía, tenía los pies como clavados, atornillados, como si hubieran echado raíces... Por más que trataba de arrancarlos del suelo, era imposible; forcejeé, pero fue inútil.

El doctor Patak imitó los movimientos desesperados de un hombre sujeto por las piernas, como un zorro atrapado en una trampa, y prosiguió su relato:

—En aquel momento se oyó un grito... ¡Y qué grito!... Era Nic Deck. Soltó las manos, que tenía agarradas a la cadena, y cayó en medio del foso, ¡como si una mano invisible lo hubiera golpeado!

No hay duda de que el doctor acababa de contar lo sucedido tal y como había pasado y que su imaginación, por muy turbada que estuviera, no había agregado nada. Los prodigios acaecidos la noche anterior en la meseta de Orgall se habían producido tal y como él los había descrito.

Lo sucedido tras la caída de Nic Deck fue lo siguiente: el guardabosques se había desmayado, y el doctor Patak era incapaz de acudir en su ayuda, porque sus botas estaban clavadas al suelo y sus pies hinchados no acertaban a salir de ellas. De forma brusca y repentina, la fuerza invisible que le tenía encadenado desapareció. Sus piernas quedaron libres y acudió raudo hacia su compañero; en un acto de valentía le mojó la cara con su pañuelo, que había empapado en el agua de la cuneta. El guardabosques recobró el conocimiento, pero tenía el brazo izquierdo y parte del cuerpo

inmovilizados tras la espantosa sacudida sufrida. Sin embargo, con ayuda del doctor, consiguió levantarse y subir por la contraescarpa hasta la meseta, para recuperarse un poco y volver a ponerse en camino hacia el pueblo. Al cabo de una hora de marcha, el dolor en el brazo y en el costado era tan agudo que tuvo que detenerse; fue precisamente en el momento en que el doctor se disponía a dejarlo para ir en busca de auxilio a Werst cuando llegaron, muy oportunamente, el juez Koltz, Jonás y Frik.

El doctor Patak evitaba pronunciarse sobre lo que le había pasado al joven guardabosques y sobre si estaba gravemente afectado, y eso que habitualmente, cuando se trataba de un caso médico, siempre se mostraba muy seguro de sí mismo.

—Cuando uno tiene una enfermedad natural la cosa es grave —aseguró con tono dogmático—. Pero, cuando se trata de una enfermedad sobrenatural, que el Chort nos mete en el cuerpo, sólo el Chort puede curarla.

A falta de diagnóstico, un pronóstico semejante no resultaba muy alentador para Nic Deck. Felizmente, aquellas palabras no eran más que figuraciones. ¿Cuántos médicos superiores al doctor Patak no se han equivocado y siguen equivocándose, desde los tiempos de Hipócrates y de Galeno? El joven guardabosques era un muchacho fuerte; con su vigorosa constitución era de esperar que se recuperara, incluso sin intervención diabólica, siempre y cuando no siguiera al pie de la letra las prescripciones del antiguo enfermero de la cuarentena.

CAPÍTULO VIII



acontecimientos de tal índole no podían apaciguar el terror de los habitantes de Werst. Ya no les cabía duda: las amenazas que la «voz de la sombra», como diría el poeta, había pronunciado en presencia de los clientes del Rey Matías, no eran en vano. Nic Deck, golpeado de una manera inexplicable, había sido castigado por su desobediencia y temeridad. ¿Acaso no era una advertencia dirigida a todos aquellos que hubieran pensado en seguir su ejemplo? La conclusión de su nefasta tentativa era, desde luego, que quedaba terminantemente prohibido tratar de acceder al castillo de los Cárpatos. Quienquiera que volviera a intentarlo, arriesgaría su vida. Era obvio que, si el guardabosques hubiera logrado traspasar la muralla, nunca habría vuelto al pueblo.

Se entiende así que el espanto cundiera más que nunca en Werst, e incluso en Vulkan y en todo el valle de los dos Sil. La gente hablaba, nada menos, que de marcharse de aquellas tierras; algunas familias cingaras ya habían emigrado para no prolongar su estancia en las cercanías de la fortaleza. Ahora que servía como refugio a seres sobrenaturales y maléficos, era mucho más de lo que podía soportar su temperamento. No les quedaba más remedio que irse a otro lugar de la comarca, a menos que el gobierno húngaro tomara la decisión de destruir aquella guarida inexpugnable.

Pero ¿se podía destruir el castillo de los Cárpatos tan sólo con los medios de que disponen los hombres?

La primera semana de junio nadie se aventuró fuera del pueblo, ni siquiera para dedicarse a las labores del campo. Temían que el menor golpe de azada invocara a algún fantasma oculto en las entrañas de la tierra. La reja del arado, al trazar el surco, podría hacer que salieran volando bandadas de estirges o de *stafii*. Allí donde se sembrara un grano de trigo, ¿no podría germinar la

semilla del diablo?

—Eso es, sin duda, lo que sucedería —decía el pastor Frik con gran convicción.

Él, por su parte, se cuidaba de volver con sus ovejas a los pastos del Sil.

El pueblo estaba aterrorizado. Las labores del campo se habían dejado en total abandono. Todo el mundo se quedaba en casa, con las puertas y las ventanas cerradas. El juez Koltz no sabía qué hacer para devolver la confianza a sus conciudadanos, una confianza de la que, por lo demás, también él carecía. La única salida, decididamente, sería ir a Kolosvar y solicitar la intervención de las autoridades.

Y el humo... ¿volvió a aparecer en la chimenea de la torre del homenaje? Así fue. En varias ocasiones, el catalejo permitió observarlo, entre los vapores que se arrastraban en la superficie de la meseta de Orgall. Y al caer la noche, ¿no tenían las nubes un tinte un poco rojizo, que parecía el reflejo del incendio? Sí, y se diría incluso que unas volutas encendidas revoloteaban, como en un torbellino, por encima del castillo.

Y aquellos bramidos que tanto habían atemorizado al doctor Patak, ¿no se propagaban a través del macizo del Plesa para mayor espanto de los habitantes de Werst? Así era, o cuando menos, pese a la distancia, los vientos del suroeste traían terribles rugidos, que reproducía el eco del puerto.

Además, a decir de aquellas gentes trastornadas, una trepidación subterránea removía el suelo, como si en la cadena de los Cárpatos hubiera vuelto a prender un antiguo cráter. Pero tal vez hubiera una gran parte de exageración en lo que los vecinos de Werst creían oír y sentir. Sea como fuere, no olvidemos que habían sucedido hechos tangibles, y no se podía seguir viviendo en una tierra en la que se manifestaban acontecimientos tan misteriosos.

La posada del Rey Matías, evidentemente, seguía desierta. Un lazareto en tiempo de epidemia no habría podido estar más abandonado. Nadie había tenido la audacia de cruzar su umbral, y Jonás ya se preguntaba si no tendría que cerrar el negocio por falta de clientes cuando la llegada de dos viajeros hizo que todo cambiara.

En la tarde del 9 de junio, hacia las ocho, alguien accionó desde

fuera la falleba de la puerta; pero, como estaba cerrada por dentro, no pudo abrir.

Jonás, que ya se había subido a la buhardilla, bajó rápidamente. A la esperanza que albergaba de encontrarse ante un huésped se unía el temor de que ese huésped fuera un aparecido malencarado con el que toda prisa sería poca para negarle comida y cama.

Así las cosas, Jonás habló a través de la puerta sin abrirla, con gran prudencia.

—¿Quién va? —preguntó.

—Dos viajeros.

—¿Vivos?

—Completamente vivos.

—¿Están ustedes seguros?

—Tan vivos como vivo se puede estar, señor posadero, pero no tardaremos en morirnos de hambre si tiene usted la crueldad de dejarnos fuera.

Jonás se decidió a descorrer los cerrojos, y dos hombres traspasaron el umbral de su puerta.

En cuanto estuvieron dentro lo primero que hicieron fue pedir una habitación cada uno, pues tenían la intención de quedarse veinticuatro horas en Werst.

Jonás examinó con gran atención a los recién llegados a la luz de la lámpara, y tuvo la certeza de que, efectivamente, eran seres humanos. ¡La fortuna volvía a sonreír al Rey Matías!

El más joven de aquellos viajeros aparentaba tener unos treinta y dos años. Era alto, de rostro noble y hermoso, ojos negros, pelo castaño oscuro, barba castaña elegantemente recortada, con un rictus algo triste, pero orgulloso. Tenía todo lo que puede tener un caballero; un posadero tan observador como Jonás no podía equivocarse. Además, cuando preguntó con qué nombre tenía que registrarlos, el joven respondió:

—Conde Franz de Telek y su soldado, Rotzko.

—¿De dónde son?

—De Krajowa [29].

Krajowa es una de las principales ciudades rumanas; limita con las provincias transilvanas al sur de la cadena de los Cárpatos. Así pues, Franz de Telek era de raza rumana, como Jonás había constatado a la primera ojeada.

Rotzko era, por su parte, un hombre de unos cuarenta años, alto, robusto, con un gran mostacho, pelo hirsuto y abundante; tenía un porte muy militar. Llevaba, incluso, un petate de soldado sujeto a la espalda por unos tirantes, y en la mano portaba una maleta bastante ligera. Esta última contenía todo el equipaje del joven conde, que viajaba en calidad de turista, casi siempre a pie.

Se podía ver por su indumentaria: abrigo en bandolera, pasamontañas en la cabeza, chaquetón ceñido por un cinturón del que colgaba la funda de cuero de un cuchillo valaco, y polainas muy ajustadas sobre unos zapatos anchos y de gruesas suelas.

Eran los dos viajeros que había visto el pastor Frik diez días antes, por la carretera del puerto, cuando se dirigían al monte Retyezat. Tras recorrer aquellos parajes hasta las orillas del Maros y escalar hasta la cumbre de la montaña, habían bajado a descansar al pueblo de Werst, desde donde pensaban subir por el valle de los dos Sil.

—¿Tiene habitaciones? —preguntó Franz de Telek.

—Tengo dos, tres, cuatro... tantas como guste el señor conde —respondió Jonás.

—Dos bastarán —dijo Rotzko—; sólo queremos que estén una cerca de otra.

—¿Éstas le parecen convenientes? —dijo Jonás al tiempo que abría dos puertas al fondo de la gran sala.

—Muy bien —respondió Franz de Telek.

Como puede verse, Jonás no tenía nada que temer de sus nuevos huéspedes. No eran seres sobrenaturales ni espíritus que se hubieran revestido de una apariencia humana. No, aquel caballero tenía todo lo que ha de tener uno de esos personajes distinguidos que un posadero siempre se honra en acoger. Se trataba de una afortunadísima circunstancia que iba a volver a poner de moda el Rey Matías.

—¿A qué distancia estamos de Kolosvar? —quiso saber el joven conde.

—A unas cincuenta millas siguiendo la ruta que pasa por Petroseny y Karlsburgo —respondió Jonás.

—¿Es un camino fatigoso?

—Muy fatigoso para los peatones y, si el señor conde me lo permite, parece necesitado de varios días de descanso...

—¿Podemos cenar? —preguntó Franz de Telek cortando en seco al posadero.

—Tengan la bondad de esperar media hora y tendré el honor de ofrecer al señor conde una cena digna de su persona.

—Para esta noche nos bastará con pan, vino, huevos y carne fría.

—Voy a servirles.

—Lo antes posible.

—Enseguida.

Jonás se disponía a marcharse a la cocina cuando un comentario lo retuvo.

—No parece tener usted mucha clientela en la posada —dijo Franz de Telek.

—En efecto... en este momento no hay nadie, señor conde.

—¿No es ésta la hora en que los lugareños vienen a beber y a fumar la pipa?

—La hora ya pasó... señor conde... porque en el pueblo de Werst nos vamos a la cama a la misma hora que las gallinas.

Explicar por qué el Rey Matías no tenía ni un solo cliente era algo que a Jonás ni se le pasaba por la cabeza.

—¿No hay en este pueblo entre cuatrocientos y quinientos habitantes?

—Aproximadamente, señor conde.

—Y, sin embargo, al bajar por la calle principal no hemos visto ni un alma.

—Es que... hoy... es sábado, víspera del domingo.

Por suerte para Jonás, que ya no sabía qué contestar, Franz de Telek no insistió. Por nada del mundo habría confesado cuál era realmente la situación. No era necesario decírselo tan pronto a los forasteros, porque quién sabe si no se marcharían corriendo de un pueblo que resultaba sospechoso con tan justificadas razones.

«¡Ojalá la voz no vuelva a parlotear mientras estén cenando!», pensó Jonás mientras ponía la mesa en medio de la sala.

Instantes después, la sencilla comida que había encargado el joven conde estaba servida sobre un mantel muy blanco. Franz de Telek se sentó y Rotzko hizo lo propio frente a él, siguiendo su costumbre de viaje. Los dos comieron con mucho apetito y, una vez terminada la cena, se retiraron cada uno a su habitación.

Como el joven conde y Rotzko no intercambiaron durante la cena ni diez palabras, Jonás, con gran disgusto, no tuvo ni la menor ocasión de meterse en su conversación. Por lo demás, Franz de Telek parecía ser una persona poco comunicativa, y, en cuanto a Rotzko, el posadero entendió tras observarle que no podría sonsacarle nada sobre la familia de su amo.

A Jonás no le quedó más remedio que contentarse con dar las buenas noches a sus huéspedes. Pero, antes de volverse a la buhardilla, echó una mirada por toda la sala escuchando con inquietud hasta los menores sonidos, tanto dentro como fuera, mientras pensaba: «¡Esperemos que esa abominable voz no los despierte mientras duerman!».

La noche transcurrió plácidamente.

Al día siguiente, en cuando amaneció, se extendió la noticia de que dos viajeros se alojaban en el Rey Matías, y muchos habitantes se acercaron a la posada.

Franz de Telek y Rotzko, agotados por su excursión de la víspera, seguían dormidos. Era poco probable que tuvieran intención de levantarse antes de las siete o las ocho de la mañana. Los curiosos estaban muy impacientes, pero no se atrevían a entrar en la sala mientras los viajeros no salieran de sus habitaciones.

Ambos aparecieron, finalmente, alrededor de las ocho.

No les había sucedido nada malo; se les pudo ver yendo y viniendo por la posada y, después, se sentaron para tomar su desayuno. Todo aquello no dejaba de ser muy tranquilizador.

De pie junto al umbral de la puerta, con sonrisa amable, Jonás invitaba a sus antiguos clientes a que le devolvieran la confianza perdida. Dado que el viajero que honraba con su presencia la posada del Rey Matías era un caballero, caballero rumano para más señas, y de una de las familias rumanas más antiguas, ¿qué se podía temer en tan noble compañía?

Fue así como el juez Koltz, que pensó que tenía la obligación de dar ejemplo, acabó aventurándose e hizo acto de presencia.

Hacia las nueve de la mañana el *biró* entró en el Rey Matías, aunque un poco indeciso. Acto seguido entraron también el maestro Hermod, otros tres o cuatro clientes habituales y el pastor Frik. En cuanto al doctor Patak, habría sido imposible convencerle de que los acompañara. «¡No volveré a poner los pies en la posada de

Jonás, nunca, ni por diez florines!», dijo cuando se lo propusieron.

Llegados a este punto, conviene puntualizar una cuestión que reviste cierta importancia: si el juez Koltz había decidido volver a la posada del Rey Matías no era sólo con el objetivo de satisfacer su curiosidad, ni por el deseo de conocer al conde Franz de Telek; no. El interés pesaba mucho en su determinación.

En su calidad de viajero, el joven conde tenía la obligación de abonar una tasa de paso por el soldado y por sí mismo y, como se dijo al principio, esas tasas iban a parar directamente al bolsillo del juez de Werst.

Así que el *biró* reclamó lo suyo del modo más conveniente y Franz de Telek, aunque un poco sorprendido por su petición, accedió de buen grado. Ofreció incluso al juez Koltz y al maestro que se sentaran un instante a su mesa, cosa que ellos aceptaron, pues no podían rechazar una propuesta tan educadamente formulada.

Jonás se apresuró a servir unos licores variados, los mejores de su bodega. Algunos habitantes de Werst pidieron también una ronda para ellos, con lo que cabía esperar que la clientela, recién dispersada, no tardaría en regresar al Rey Matías.

Tras abonar la tasa de los viajeros, Franz de Telek quiso saber si era productiva.

—No todo lo que quisiéramos, señor conde —contestó el juez Koltz.

—¿No vienen muchos forasteros de visita por esta parte de Transilvania?

—No muchos, no, y sin embargo es una tierra que merece ser explorada.

—Ésa es mi opinión —dijo el joven conde—. Lo que he visto me ha parecido digno de atraer la atención de los viajeros. Desde la cumbre del Retyezat admiré mucho los valles del Sil, los pueblos que se ven hacia el este y el circo de montañas que cierra, a sus espaldas, el macizo de los Cárpatos.

—Es muy bonito, señor conde, es muy bonito —respondió el maestro Hermod— y, para completar su excursión, le animamos a subir al monte Paring.

—Me temo que no tendré tiempo —respondió Franz de Telek.

—Bastaría con un día.

—Sin duda, pero voy hacia Karlsburgo, y pienso salir mañana por la mañana.

—¿Cómo, el señor conde nos va a dejar tan pronto? —dijo Jonás adoptando su tono más encantador.

No le habría molestado lo más mínimo que sus dos huéspedes prolongaran su estancia en el Rey Matías.

—No podemos —respondió el conde de Telek—. Por otro lado, ¿de qué me serviría quedarme más tiempo en Werst?

—¡Ah, puede estar seguro de que nuestro pueblo bien vale unos días para un turista! —observó el juez Koltz.

—Y, sin embargo, no parece venir mucha gente —replicó el joven conde—, y supongo que será porque sus alrededores no ofrecen ninguna curiosidad.

—En efecto, ninguna curiosidad... —dijo el *biró* pensando en la fortaleza.

—No... ninguna curiosidad... —repitió el maestro.

—¡Oh, oh! —dijo el pastor Frik, a quien la exclamación se le escapó involuntariamente.

¡Qué miradas intercambiaron el juez Koltz y los demás, muy especialmente el posadero! ¿Qué prisa había en poner a un forastero al tanto de los secretos de la comarca? Si le desvelaban lo que ocurría en la meseta de Orgall, si llamaban su atención sobre el castillo de los Cárpatos, ¿no le asustarían y obligarían a marcharse del pueblo? Y en el futuro, ¿qué viajeros querrían pasar por la carretera del puerto de Vulkan para entrar en Transilvania?

Verdaderamente, aquel pastor demostraba tener menos inteligencia que la más boba de sus ovejas.

—Pero ¡cállate, idiota, cállate! —le dijo el juez Koltz a media voz.

Pero ya habían despertado la curiosidad del joven conde, que se dirigió directamente a Frik para preguntarle qué significaban aquellos «oh, oh» interjectivos.

El pastor no era hombre que se echara atrás así como así, y puede que en el fondo pensara que Franz de Telek pudiera darles algún consejo provechoso para el pueblo.

—Dije «oh, oh», señor conde, y no me desdigo —replicó.

—¿Hay en los alrededores de Werst alguna maravilla? —insistió el joven conde.

—Alguna maravilla... —repitió el juez Koltz.

—¡No...! ¡No...! —exclamaron todos.

La sola idea de una segunda intentona de acceder a la fortaleza los tenía aterrorizados porque, a buen seguro, acarrearía nuevas desgracias.

Franz de Telek, sin ocultar su sorpresa, observó a aquellas buenas gentes cuyos rostros eran la viva imagen del terror en diversos grados, pero de forma innegable.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Que qué pasa, mi amo? —intervino Rotzko—. Pues lo que pasa se llama, al parecer, castillo de los Cárpatos.

—¿Castillo de los Cárpatos?

—Pues sí. Es el nombre que este pastor acaba de susurrarme al oído.

Al decirlo, Rotzko señalaba a Frik, quien sacudía la cabeza sin atreverse a mirar mucho al *biró*.

Ahora que se había abierto una brecha en la vida privada del supersticioso pueblo, toda su historia se precipitó por ella.

El juez Koltz, que ya había decidido de qué parte ponerse, informó personalmente de la situación al joven conde, contándole todo lo concerniente al castillo de los Cárpatos.

Ni que decir tiene que Franz de Telek se mostró muy extrañado por este relato, ni es necesario explicar la sensación que le produjo. Aunque no estaba muy versado en cuestiones científicas, como era habitual en la mayoría de los jóvenes de su condición que vivían en castillos en la campiña valaca, era un hombre dotado de sentido común, por lo que creía poco en apariciones y se reía de buena gana de las leyendas. Una fortaleza encantada era lo que más podía incitar su incredulidad. En su opinión, no había nada extraordinario en el relato del juez Koltz, sino tan sólo algunos hechos más o menos probados a los que las gentes de Werst estaban atribuyendo un origen sobrenatural. El humo de la torre o la campana repiqueteando eran cosas que podían explicarse muy fácilmente. En cuanto al fulgor y a los bramidos salidos del recinto, no podían ser más que alucinaciones.

Franz de Telek lo dijo sin ambages, y se permitió incluso bromear, para gran escándalo de sus oyentes.

—Pero, señor conde, hay algo más —observó el juez Koltz.

—¿Algo más?

—Sí. Es imposible entrar en el castillo de los Cárpatos.

—¿De verdad?

—Nuestro guardabosques y nuestro doctor quisieron traspasar la muralla, hace unos días, sacrificándose por el pueblo, y estuvieron a punto de pagar muy caro su intento.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Franz de Telek con un tono cargado de ironía.

El juez Koltz le explicó con detalle las aventuras de Nick Deck y del doctor Patak.

—¿De modo que cuando el doctor quiso salir del foso, sus pies estaban tan fuertemente anclados al suelo que no pudo ni dar un paso adelante? —dijo el joven conde.

—Ni adelante, ni atrás —aclaró el maestro Hermod.

—Eso es lo que debió de creer su doctor —replicó Franz de Telek—, pero lo que le sujetó los talones fue más bien el miedo, porque se los venía pisando.

—Aunque así fuera, señor conde, ¿cómo explica que Nic Deck sintiera una espantosa sacudida cuando puso la mano en los herrajes del puente levadizo? —interrogó el juez Koltz.

—Habría sido víctima de un mal golpe...

—¡Y tanto! —informó el *biró*—, porque desde ese día está en la cama.

—Espero que no se encuentre en peligro de muerte —se interesó enseguida el joven conde.

—No, por suerte, no.

Era éste un hecho tangible, un hecho innegable, y el juez Koltz esperaba la explicación que Franz de Telek iba a darles.

Y esto es lo que les respondió, de forma muy explícita.

—En todo lo que acabo de oír no hay nada, insisto, nada, que no sea muy sencillo. Lo que para mí queda fuera de toda duda es que el castillo de los Cárpatos en este momento está ocupado. ¿Por quién? Lo ignoro. Pero, en cualquier caso, no se trata de espíritus, sino de personas que quieren esconderse y que han buscado refugio allí; se trata, sin duda, de malhechores.

—¿Malhechores? —exclamó el juez Koltz.

—Es probable, y como no quieren que nadie los moleste, se han esforzado en hacer creer que la fortaleza está encantada y que la

habitan seres sobrenaturales.

—¿Cómo, señor conde, cree usted que...? —intervino el maestro Hermod.

—Creo que esta tierra es muy supersticiosa, que los huéspedes del castillo lo saben, y que se han aprovechado de ello para protegerse de visitas inoportunas.

Parecía razonable que las cosas pudieran ser como las describía el conde. Pero nadie se extrañará de que ninguno de los habitantes de Werst quisiera admitir tal explicación. El joven conde notó a la perfección que no había convencido a ninguno de los presentes, porque no se querían convencer. De modo que se contentó con agregar:

—Dado que no quieren ustedes aceptar mis explicaciones, señores, pueden seguir creyendo todo lo que les plazca sobre el castillo de los Cárpatos.

—Creemos lo que hemos visto, señor conde —respondió el juez Koltz.

—Que es lo que hay —añadió el maestro.

—Como quieran, y siento mucho, verdaderamente, disponer tan sólo de veinticuatro horas, porque Rotzko y yo habríamos ido gustosos a visitar la famosa fortaleza, y les garantizo que no habríamos tardado en saber a qué atenernos.

—¡Visitar la fortaleza! —exclamó el juez Koltz.

—Sin dudarlo, y ni siquiera el diablo en persona nos impediría acceder al recinto.

Al oír a Franz de Telek expresarse con palabras tan claras, y tan burlonas, todos se sintieron embargados por un terror nuevo. Tratar con tan poca consideración a los espíritus del castillo, ¿no atraería una catástrofe sobre el pueblo? ¿No podían aquellos genios oír todo lo que se decía en la posada del Rey Matías? ¿No iba a dejarse oír aquella voz por segunda vez?

A propósito de este episodio, el juez Koltz explicó al joven conde cómo el guardabosques había sido amenazado nominalmente con un terrible castigo si se le ocurría intentar descubrir los secretos de la fortaleza.

Franz de Telek se contentó con encogerse de hombros y después se levantó asegurando que en aquella sala nunca se podía haber oído voz alguna, como ellos pretendían. Afirmó que todo aquello

sólo existía en la imaginación de unos clientes demasiado crédulos y un tanto aficionados al *schnaps*.

Dicho lo cual, unos cuantos se dirigieron a la puerta, temerosos de pasar más tiempo bajo el mismo techo que aquel joven escéptico que se atrevía a decir semejantes cosas.

Franz de Telek los detuvo con un gesto.

—Definitivamente, señores, veo que el pueblo de Werst está aterrorizado —afirmó.

—Y no sin razón, señor conde —respondió el juez Koltz.

—En tal caso, sólo hay una cosa que pueda terminar con las maquinaciones que, según dicen ustedes, se producen en el castillo de los Cárpatos. Pasado mañana estaré en Karlsburgo y, si ustedes quieren, avisaré a las autoridades de la ciudad. Enviarán a una escuadra de gendarmes o de agentes de policía, y les aseguro que esos valientes sabrán muy bien cómo acceder a la fortaleza, ya sea para echar de allí a los bromistas que se están aprovechando de su credulidad, ya para detener a los delincuentes que tal vez estén preparando alguna fechoría.

Era una propuesta de lo más aceptable, pero no gustó a los notables de Werst. A su juicio, ni los gendarmes, ni la policía, ni siquiera el mismísimo ejército podrían vencer a aquellos seres sobrehumanos que disponían de medios sobrenaturales para defenderse.

—Ahora que lo pienso, señores —comentó el joven conde—, todavía no me han dicho a quién pertenece o a quién pertenecía el castillo de los Cárpatos.

—A una antigua familia de estas tierras, la familia de los barones de Gortz —respondió el juez Koltz.

—¿La familia de Gortz? —exclamó Franz de Telek.

—La misma.

—¿La familia a la que pertenecía el barón Rodolfo?

—Sí, señor conde.

—¿Y saben qué fue de él?

—No. Hace muchos años que no se ha visto al barón de Gortz por el castillo.

Franz de Telek había palidecido, y repetía maquinalmente con voz alterada:

—¡Rodolfo de Gortz!

CAPÍTULO IX



La familia de los condes de Telek, una de las más antiguas e ilustres de Rumanía, gozaba ya de alta consideración antes de que el país obtuviera su independendencia hacia principios del siglo xvi. El apellido familiar quedó gloriosamente inscrito en la historia de estas provincias, pues se vio unido a todas las peripecias políticas que las conformaron.

Actualmente, la casa de Telek estaba más menguada que la famosa haya del castillo de los Cárpatos, a la que quedaban aún tres ramas; la casa de Telek estaba reducida a una sola, la rama de los Telek de Krajowa, cuyo último descendiente era el joven caballero que acababa de llegar al pueblo de Werst.

Durante su infancia nunca había abandonado el castillo familiar, donde residían el conde y la condesa de Telek. Los descendientes de esta familia gozaban de gran consideración y gastaban su fortuna con generosidad. Llevaban la vida fácil y cómoda de la nobleza del campo, y apenas salían de sus tierras de Krajowa una vez al año, cuando sus negocios los reclamaban en la ciudad del mismo nombre, aunque sólo estuviera a unas pocas millas.

Una existencia semejante influyó, forzosamente, en la educación de su hijo único; Franz habría de resentirse durante mucho tiempo del medio en que había transcurrido su juventud. Su único instructor fue un viejo sacerdote italiano que no pudo enseñarle más de lo que él mismo sabía, que no era gran cosa. El niño, convertido en muchacho, no había adquirido más que conocimientos muy someros en ciencias, artes y literatura contemporánea. Cazar con pasión, correr por bosques y llanuras día y noche, perseguir ciervos o jabalíes, atacar cuchillo en mano las fieras de las montañas: éstos fueron los pasatiempos habituales del joven conde, que por ser muy valiente y muy resuelto realizó

verdaderas proezas en estos rudos ejercicios.

La condesa de Telek falleció cuando su hijo apenas contaba quince años, y no había cumplido los veintiuno cuando el conde murió en un accidente de caza. El dolor del joven Franz fue inmenso. Lloró a su padre tanto como había llorado a su madre. En pocos años le habían arrebatado a los dos de su lado. Toda su ternura, todos los impulsos afectuosos que encerraba su corazón se habían concentrado hasta entonces en el amor filial, que puede bastar para las efusiones de la infancia y de la adolescencia.

Pero cuando le faltó ese amor, sin amigos, y con su preceptor también desaparecido, se encontró solo en el mundo. El joven conde vivió tres años más en el castillo de Krajowa, de donde en modo alguno quería salir. Vivía allí sin tratar de establecer ninguna relación con el exterior; apenas viajó a Bucarest en una o dos ocasiones, obligado por algún asunto. Eran siempre breves ausencias, porque estaba ansioso por volver a sus tierras.

Pero una existencia así no podía durar para siempre, y Franz terminó sintiendo la necesidad de ampliar su horizonte, muy limitado por las montañas rumanas, y de volar más allá.

Tenía alrededor de veintitrés años cuando tomó la decisión de emprender un viaje. Su fortuna satisfaría sin estrecheces sus nuevos gustos. Un día, dejó el castillo de Krajowa en manos de sus viejos criados y se marchó de las tierras valacas. Llevó consigo a Rotzko, un antiguo soldado rumano que llevaba ya diez años al servicio de la familia Telek y que era el compañero de todas sus partidas de caza. Era un hombre resuelto y valiente, por entero entregado a su amo.

La intención del joven conde era recorrer Europa pasando unos meses en las capitales y ciudades más importantes del continente. Pensaba, acertadamente, que su instrucción, que en el castillo de Krajowa se había quedado en esbozo, se completaría con las enseñanzas de un viaje cuyo plan había preparado meticulosamente.

Franz de Telek quiso visitar en primer lugar Italia, pues hablaba con bastante fluidez el idioma de este país, que el viejo sacerdote le había enseñado. El atractivo que ejerció sobre él esa tierra con sus riquezas históricas, y hacia la que se sentía profundamente atraído, fue tan grande que se quedó en ella cuatro años. Si se marchaba de

Venecia era para ir a Florencia; si se marchaba de Roma era para ir a Nápoles; siempre regresaba a aquellos centros artísticos, de los que era incapaz de marcharse. Francia, Alemania, España, Rusia, Inglaterra: iría más tarde a esos países, y los estudiaría incluso con mayor provecho —pensaba— cuando sus ideas hubieran madurado con la edad. En cambio, era necesaria toda la efervescencia juvenil para saborear el encanto de las grandes ciudades italianas.

Franz de Telek tenía veintisiete años cuando fue a Nápoles por última vez. Había pensado quedarse sólo unos días antes de ir a Sicilia. Tenía la intención de terminar su viaje visitando la antigua Trinacria; después regresaría al castillo de Krajowa para tomarse un año de descanso.

Pero una circunstancia inesperada iba no sólo a cambiar sus planes, sino a decidir su vida y cambiar su curso.

Durante los años vividos en Italia, el conde había avanzado de forma mediocre en el campo de las ciencias, por las cuales no sentía la menor inclinación; sin embargo, la noción de la belleza se le había revelado como a un ciego la luz. Tenía la mente muy abierta a los esplendores del arte y, cuando visitaba los museos de Nápoles, Venecia, Roma y Florencia, se entusiasmaba ante las obras maestras de la pintura. Paralelamente, gracias a los teatros conoció las obras líricas de la época, y se apasionó por la interpretación de los grandes artistas.

En su última estancia en Nápoles, en circunstancias especiales de las que vamos a dar cuenta, un sentimiento de naturaleza íntima, y de penetración intensa, se adueñó de su corazón.

Por aquel entonces, en el teatro San Carlo había una cantante célebre. La pureza de su voz, la perfección de su método y el dramatismo de sus interpretaciones tenían admirados a los diletantes. La Stilla, hasta entonces, nunca había buscado los bravos del extranjero, y no cantaba más música que la italiana, que se había situado en el primer rango del arte de la composición. El teatro Carignano de Turín, la Scala de Milán, la Fenice de Venecia, el teatro Alfieri de Florencia, el Apolo de Roma y el San Carlo de Nápoles se la disputaban, y sus triunfos eran tales que no lamentaba lo más mínimo no haberse presentado todavía en los demás escenarios de Europa.

La Stilla, que entonces tenía veinticinco años, era una mujer de

belleza incomparable con su larga cabellera de reflejos dorados, sus ojos negros y profundos, que llameaban, la pureza de sus rasgos, el tono cálido de su piel y su talle, que el cincel de un Praxíteles no habría hecho más perfecto.

Había en aquella mujer una artista sublime, otra Malibrán de la que Musset también pudo haber dicho:

¡Tus cantos a los cielos el dolor se llevaban!

Pero aquella voz que el más amado de los poetas celebró en sus inmortales estrofas:

... esa voz del corazón sólo al corazón alcanza,

era la voz de la Stilla en su inefable magnificencia.

Se decía que aquella gran artista, que con tanta perfección reproducía los acentos de la ternura y los sentimientos más poderosos del alma, nunca había sentido sus efectos. Ella nunca había amado, sus ojos nunca habían respondido a las miradas que la envolvían cuando estaba en el escenario. Parecía que quisiera vivir sólo en su arte, para su arte.

En cuanto Franz vio por primera vez a la Stilla, sintió el ímpetu irresistible del primer amor. Renunció a su proyecto de dejar Italia tras visitar Sicilia, y decidió quedarse en Nápoles hasta el final de la temporada. Como si lo hubiera atado a la cantante un lazo invisible, que no tuviera fuerzas para romper, asistía a todas sus representaciones, que el entusiasmo del público transformaba en verdaderos triunfos. Incapaz de dominar su pasión, intentó acceder a ella en muchas ocasiones, pero su puerta permaneció despiadadamente cerrada para él, como para tantos otros de sus fanáticos admiradores.

El joven conde, por consiguiente, no tardó en ser el más desdichado de los hombres. Sólo pensaba en la Stilla; no vivía más que para verla y oírla; no trataba de relacionarse con el mundo al que su fortuna y su apellido llamaban y, con semejante tensión del corazón y del alma, su salud no tardó en quedar seriamente comprometida. ¡Cuánto habría sufrido de haber tenido un rival! Pero él sabía que ningún otro hombre podía hacerle sombra, ni

siquiera cierto personaje, bastante extraño, cuya influencia en esta historia exige que demos a conocer sus rasgos y su carácter.

Era un hombre de entre cincuenta y cincuenta y cinco años; al menos así se suponía durante el último viaje de Franz de Telek a Nápoles. Aquel ser poco comunicativo parecía ajeno a las convenciones sociales aceptadas entre la clase alta. Nada se sabía de su familia, de su posición ni de su pasado. Un día se le veía en Roma y otro en Florencia, dependiendo siempre de que la Stilla se encontrara en Florencia o en Roma. En realidad, sólo se le conocía una pasión: oír a la renombrada *prima donna*, que por entonces ocupaba el primer puesto en el arte del canto.

Si desde el día en que Franz de Telek la vio en el teatro de Nápoles ya sólo vivía para la Stilla, el excéntrico diletante sólo vivía para oírla desde hacía ya seis años, y se diría que la voz de la cantante era tan necesaria para su vida como el aire que respiraba. Nunca había intentado verla fuera del escenario, nunca se había presentado en su casa, nunca le había escrito. Sin embargo, cada vez que la Stilla cantaba, poco importaba en qué teatro de Italia, se veía pasar por las taquillas a un hombre alto, envuelto en un largo abrigo oscuro, tocado con un sombrero de ala ancha que le escondía el rostro. Aquel hombre se apresuraba en ocupar su butaca al fondo de un palco enrejado que previamente había alquilado para él solo. Estaba ahí encerrado, inmóvil y silencioso, toda la representación. Después, en cuanto la Stilla terminaba su aria final, se marchaba furtivamente. Ningún otro cantante, fuera hombre o mujer, habría podido retenerle; ni siquiera los habría escuchado.

¿Quién era aquel espectador tan asiduo? La Stilla había tratado de averiguarlo, pero en vano. Como era una mujer muy impresionable, la presencia de aquel hombre extraño terminó asustándola, con un terror irracional pero, al fin y al cabo, muy real. No podía verle al fondo de su palco, cuya reja nunca bajaba, pero sabía que él estaba ahí, sentía clavada en ella su mirada imperiosa, una mirada que la turbaba hasta el punto de que ni siquiera oía los bravos con los que el público acogía su aparición en escena.

Ya hemos dicho que aquel personaje nunca se había presentado ante la Stilla. Pero, aunque no hubiera tratado de conocerla — insistiremos especialmente en este punto—, prestaba una atención

constante a cualquier cosa que pudiera recordársela. Así, por ejemplo, era dueño del más hermoso de los retratos que el gran maestro Michel Gregorio había pintado de la cantante, apasionada, vibrante, sublime, encarnada en uno de sus papeles más logrados; aquel retrato, pagado a precio de oro, bien valía el dinero que su admirador había entregado.

Este hombre original estaba siempre solo cuando ocupaba su palco en las representaciones de la Stilla y salía únicamente para ir al teatro, pero no se debe concluir por ello que viviera completamente aislado, no. Compartía su existencia con un compañero no menos heteróclito.

Aquel individuo se llamaba Orfanik. ¿Qué edad tenía, de dónde venía, dónde había nacido? Nadie habría podido responder a ninguna de esas tres preguntas. Oyéndole —pues hablaba de buen grado— se diría que era uno de esos sabios desconocidos cuyo genio no ha podido darse a conocer y que han terminado odiando el mundo. Se suponía, no sin razón, que debía de ser un pobre diablo, un inventor al que el rico diletante mantenía con su fortuna. Orfanik era de estatura media, delgado, enclenque, hético, y tenía uno de esos rostros pálidos que hacen decir a la gente: «Tiene cara de avariento». Como signo particular, llevaba un parche negro sobre el ojo derecho, que debió de perder con motivo de algún experimento de física o química, y sobre la nariz tenía un par de gruesos anteojos con un único cristal de miope para el ojo izquierdo, iluminado con una mirada verduzca. Durante sus paseos solitarios gesticulaba como si estuviera hablando con algún ser invisible que le escuchaba sin jamás responderle.

Aquellos dos personajes, el extraño melómano y el no menos extraño Orfanik, eran muy conocidos, al menos tanto como podían serlo en las ciudades italianas a las que regularmente los llamaba la temporada teatral. Tenían el privilegio de excitar la curiosidad pública y, aunque el admirador de la Stilla siempre se alejó de los reporteros y sus indiscretas entrevistas, su nombre y su nacionalidad habían acabado por ser famosos. Era de origen rumano; cuando Franz de Telek se informó sobre su nombre, le respondieron: «El barón Rodolfo de Gortz».

Así estaban las cosas cuando el joven conde llegó a Nápoles. El teatro San Carlo se llenaba todas las noches desde hacía dos meses,

y el éxito de la Stilla crecía de día en día. Nunca se la había visto tan admirable en los diversos papeles de su repertorio, nunca había arrancado ovaciones tan entusiastas.

En cada una de aquellas representaciones, mientras Franz ocupaba una butaca de platea, el barón de Gortz, oculto al fondo de su palco, se dejaba llevar por aquel canto exquisito y se impregnaba de aquella voz penetrante, sin la cual parecía incapaz de vivir.

Por entonces un rumor empezó a correr por Nápoles, un rumor que el público se negaba a creer, pero que terminó por alarmar al mundo de los diletantes.

Se decía que, una vez concluida la temporada, la Stilla abandonaría el teatro. ¿Cómo era posible, cómo? En la cumbre de su talento, en la plenitud de su belleza, en el culmen de su carrera artística, ¿cómo era posible que se planteara retirarse?

Por increíble que pareciera, el rumor era cierto y, sin imaginarlo siquiera, el barón de Gortz era, en parte, la causa de esta decisión.

Aquel espectador de aspecto misterioso, siempre presente aunque invisible tras la reja de su palco, había acabado creando en la Stilla una sensación nerviosa y persistente contra la que no se podía defender. En cuanto entraba en el escenario se sentía impresionada hasta tal extremo que su turbación, visible incluso para el público, había minado poco a poco su salud. Marcharse de Nápoles, huir a Roma, a Venecia o a cualquier otra ciudad de la península no bastaría para liberarse de la presencia del barón de Gortz, lo sabía. Ni siquiera lograría escapar de él marchándose a Alemania, Rusia o Francia. Él la seguiría a cualquier lugar adonde fuera, así que la única manera de librarse de aquel obsesivo incordio era abandonar el teatro.

Se daba, además, la circunstancia de que dos meses antes de que se extendiera el rumor de su retirada, Franz de Telek se había decidido a dar un paso cuyas consecuencias iban a acarrear, por desgracia, la catástrofe más irreparable. El conde, dueño de una gran fortuna y libre de compromisos, había logrado acceder al círculo de la Stilla, y le había propuesto que se convirtiera en la condesa de Telek.

La Stilla no ignoraba, desde hacía tiempo, los sentimientos que inspiraba al joven conde, al que consideraba un caballero al que toda mujer, incluso de la mayor alcurnia, confiaría gustosa su

felicidad. Este conocimiento, sumado al estado de ánimo en que se encontraba cuando Franz de Telek le ofreció su apellido, hizo que lo recibiera con una simpatía que no se molestó en disimular. Aceptó convertirse en la esposa del conde de Telek con plena confianza de sus sentimientos, y sin lamentar el abandono de su carrera artística.

La noticia, en definitiva, era cierta: la Stilla no volvería a aparecer en ningún teatro cuando la temporada del San Carlo tocara a su fin. Su boda, sobre la que se tenían algunas sospechas, pasó a ser una certeza.

Como cabe suponer, la noticia produjo un efecto prodigioso no sólo en los ambientes artísticos, sino también en las altas esferas de Italia. Tras haberse negado a creer en la realidad de aquel proyecto, hubo que rendirse a la evidencia. Las envidias y los celos se dirigieron entonces contra el joven, que arrancaba a la mejor cantante del momento de la idolatría de los diletantes, que los despojaba de su arte y de sus éxitos. Empezó a recibir amenazas personales, dirigidas a Franz de Telek, de las que no se preocupó lo más mínimo.

Si esto fue lo que ocurrió entre el público, cabe imaginar lo que debió de ser, para el barón Rodolfo de Gortz, el mero pensamiento de que la Stilla le iba a ser arrebatada, de que perdería con ella todo lo que le ataba a la vida. Corrió el rumor de que trató de suicidarse para acabar con todo. Sea como fuere, lo cierto es que a partir de aquel día dejaron de ver solo a Orfanik recorriendo las calles de Nápoles. Ahora iba siempre con el barón Rodolfo; le acompañó incluso en varias ocasiones en el palco del San Carlo que el barón ocupaba en cada representación; se trataba de un acontecimiento insólito pues, como muchos otros sabios, Orfanik era completamente refractario a los encantos de la música.

Sin embargo, los días pasaban y la emoción, que iba en aumento, alcanzaría su momento culminante la tarde en que la Stilla hiciera su última aparición teatral. Se iba a despedir del público en el magnífico papel de Angélica, de *Orlando*, la gran obra de maestro Arconati.

Aquella tarde, el San Carlo se quedó muy pequeño para albergar a todos los espectadores que se apelotonaban a sus puertas; la mayoría tuvo que quedarse fuera. Se temía alguna reacción contra el conde de Telek, quizá no mientras la Stilla estuviera en el

escenario, pero sí quizá cuando se bajara el telón tras el quinto acto de la ópera.

El barón de Gortz había ocupado su lugar en el palco y, también en esta ocasión, Orfanik se encontraba con él.

Apareció la Stilla, más emocionada que nunca. Consiguió serenarse y se abandonó a su inspiración. Cantó, y ¡con qué perfección, con qué incomparable talento!; no puede expresarse. El indescriptible entusiasmo que despertó entre los espectadores se elevó hasta el delirio.

Durante la representación, el joven conde estuvo entre bastidores, impaciente, irritado, febril, incapaz de moderarse, maldiciendo la duración de cada escena, molesto por el retraso que ocasionaban los aplausos y los bises. ¡Ah! Cuán impaciente estaba por arrancar de aquel teatro a la mujer que iba a convertirse en la condesa de Telek, por llevársela lejos, muy lejos, tan lejos que fuera suya, sólo suya.

Llegó por fin la dramática escena en que muere la heroína de *Orlando*. La admirable música de Arconati nunca fue tan penetrante, la Stilla jamás la había interpretado con inflexiones tan apasionadas. Toda su alma parecía escapar a través de sus labios... Parecía que aquella voz, desgarrada por instantes, iba a quebrarse, ¡aquella voz que nadie iba a volver a escuchar!

En ese momento se bajó la reja del palco del barón de Gortz. Apareció una extraña cabeza, con el cabello largo y entrecano y ojos llameantes; su rostro hierático tenía una palidez terrorífica. Desde los bastidores, Franz pudo verla a plena luz, por vez primera.

La Stilla estaba entregada a toda la fogosidad del *stretto* que se ejecuta en el canto final.

Acababa de repetir, con un sentimiento sublime:

*Innamorata, mio cuore tremante,
voglio morire...*

Repentinamente, se detuvo.

El rostro del barón de Gortz la aterrorizó... Un espanto inexplicable la dejó paralizada... Se llevó vivamente la mano a la boca, que se enrojeció con sangre... se tambaleó... y cayó.

El público se levantó agitado, alarmado, en el colmo de la

angustia.

Un grito escapó del palco del barón de Gortz...

Franz se precipitó al escenario, tomó a la Stilla entre sus brazos, la levantó, la miró, la llamó.

—¡Muerta...! ¡Está muerta! —exclamó.

La Stilla había muerto. Un vaso sanguíneo había estallado en su pecho. Con su último suspiro, se apagó su canto.

Llevaron al joven conde a su hotel, en tal estado que temieron por su razón. No pudo asistir a los funerales de la Stilla, que se celebraron con multitudinaria afluencia de la población napolitana.

En el cementerio del Campo Santo Nuovo, donde la cantante fue inhumada, sólo se lee este nombre sobre un mármol blanco:

STILLA

La tarde del funeral, un hombre acudió al Campo Santo Nuovo.

Allí, con la mirada perdida, la cabeza inclinada, los labios apretados como si ya los tuviera sellados por la muerte, contempló largamente el lugar donde la Stilla estaba enterrada. Parecía escuchar, como si la voz de la gran artista fuera a salir por última vez de aquella tumba.

Era Rodolfo de Gortz.

Aquella misma noche el barón de Gortz, acompañado por Orfanik, se fue de Nápoles. Desde su marcha, nadie supo decir qué había sido de él.

Al día siguiente, el joven conde recibió una carta.

Una carta que sólo contenía unas palabras de amenazante laconismo:

*¡Usted es quien la ha matado! ¡La desgracia caerá sobre usted,
conde de Telek!*

RODOLFO DE GORTZ

CAPÍTULO X



sí había ocurrido esta lamentable historia.

Durante un mes, la vida de Franz de Telek estuvo en peligro. No reconocía a nadie, ni siquiera a su soldado Rotzko. En los momentos más febriles sólo brotaba un nombre de sus labios, a punto de exhalar el último suspiro: el nombre de la Stilla.

El joven conde escapó a la muerte. Gracias a habilidad de los médicos y a los incesantes cuidados de Rotzko, con la ayuda de la naturaleza y la juventud, Franz de Telek se salvó. Su razón salió indemne de este horrible golpe de fortuna. Sin embargo, cuando volvía a acordarse, cuando rememoraba la trágica escena final de *Orlando*, el momento en que a la artista se le quebró el alma, exclamaba: «¡Stilla, mi Stilla!», mientras tendía las manos como para volver a aplaudir.

En cuanto su amo estuvo en estado de abandonar la cama, Rotzko le convenció para que se marcharan de aquella ciudad maldita, y él se dejó llevar hasta el castillo de Krajowa. Antes de marcharse de Nápoles, el joven conde quiso ir a rezar a la tumba de la difunta y darle un adiós supremo y eterno.

Rotzko le acompañó al Campo Santo Nuovo. Franz se arrojó sobre la tierra cruel, intentando cavar con las uñas para enterrarse él también; Rotzko consiguió arrastrarle lejos de la tumba, donde yacía toda su felicidad.

Unos días después, de vuelta a Krajowa, en tierras valacas, Franz de Telek volvió a la antigua propiedad de su familia. Vivió en su castillo durante cinco años, en un total aislamiento del que se negaba a salir. Ni el tiempo ni la distancia dulcificaron su dolor. Tendría que haber olvidado, pero no estaba dispuesto a hacerlo de ninguna manera. El recuerdo de la Stilla, vivo como el primer día, era inherente a su existencia. Hay heridas que sólo se cierran con la

muerte.

Sin embargo, en la época en que comienza esta historia, el joven conde llevaba unas semanas fuera de su castillo. ¡Cuántas veces había tenido que insistir Rotzko para que su amo se decidiera a romper con aquella soledad en la que se marchitaba! Que Franz no pudiera consolarse era una cosa, pero era indispensable que, al menos, tratara de distraer su dolor.

Establecieron un plan de viaje para visitar en primer lugar las provincias transilvanas. Más adelante, o al menos así lo esperaba Rotzko, el joven conde daría su consentimiento para volver a emprender aquel viaje por Europa que quedó interrumpido por los tristes acontecimientos de Nápoles.

Así pues, Franz de Telek partió, en esta ocasión en calidad de turista y únicamente para una excursión de corta duración. En compañía de Rotzko, subió por las llanuras valacas hasta el imponente macizo de los Cárpatos; pasaron por los desfiladeros del puerto de Vulkan y, después de subir al Retyezat y de pasear por el valle del Maros, fueron a descansar al pueblo de Werst, a la posada del Rey Matías.

Sabemos cuál era el estado de ánimo reinante en el pueblo cuando llegó Franz de Telek, y que le informaron sobre los incomprensibles acontecimientos de la fortaleza. Sabemos, también, que acababa de enterarse de que el castillo pertenecía al barón Rodolfo de Gortz.

El efecto que aquel nombre produjo en el joven conde fue demasiado notorio para que el juez Koltz y las demás personas principales del pueblo lo pasaran por alto. Rotzko habría mandado gustoso al diablo a aquel juez Koltz que lo había pronunciado de forma tan torpe, y lo mismo habría hecho con sus tontas historias. ¿Por qué la mala suerte había llevado a Franz de Telek precisamente a aquel pueblo de Werst, cerca del castillo de los Cárpatos?

El joven conde guardaba silencio. Su mirada, que erraba de un punto a otro, indicaba con absoluta claridad su gran turbación, que trataba de calmar sin conseguirlo.

El juez Koltz y sus amigos entendieron que existía un vínculo misterioso entre el conde de Telek y el barón de Gortz pero, aunque eran muy curiosos, mostraron una educada discreción y no

insistieron en saber más. Ya verían más adelante cuál sería el modo más conveniente de actuar.

Poco después, todos salieron del Rey Matías muy intrigados por tan extraordinaria cadena de aventuras, que no presagiaba nada bueno para el pueblo.

Además, ahora que el joven conde sabía a quién pertenecía el castillo de los Cárpatos, ¿cumpliría su promesa? Cuando llegara a Karlsburgo, ¿avisaría a las autoridades y pediría su intervención? Esto es lo que se preguntaban el *biró*, el maestro, el doctor Patak y los demás. En cualquier caso, si no lo hacía él, el juez Koltz estaba decidido a hacerlo. Avisarían a la policía, que iría a visitar el castillo y comprobaría si lo ocupaban espíritus o malhechores, porque el pueblo no podía seguir con semejante obsesión.

Bien es cierto que para la mayor parte de los habitantes no sería más que una tentativa inútil, una medida ineficaz. ¡Atacar a unos genios! ¡Los sables de los gendarmes se partirían como el cristal y los fusiles fallarían todos los disparos!

Franz de Telek, que se había quedado solo en la gran sala del Rey Matías, se dejó llevar por los recuerdos que acababa de evocar, de manera tan dolorosa, el nombre del barón de Gortz.

Después de una hora como anonadado en un sillón, se levantó, salió de la posada, se dirigió al extremo de la explanada y miró a lo lejos.

Bajo la cumbre del Plesa, en el centro de la meseta de Orgall, se elevaba el castillo de los Cárpatos. Allí es donde había vivido aquel extraño personaje, el espectador del San Carlo, el hombre que inspiraba un terror tan insuperable a la desgraciada Stilla. Pero ahora la fortaleza estaba abandonada y el barón de Gortz no había vuelto desde su huida de Nápoles. Se ignoraba incluso qué había sido de él, y cabía la posibilidad de que hubiera puesto fin a sus días tras la muerte de la gran artista.

Franz se perdía entre las hipótesis sin saber con cuál quedarse.

Por otra parte, la aventura del guardabosques Nic Deck no dejaba de preocuparle en cierta medida, y le habría gustado esclarecer el misterio aunque sólo fuera para tranquilizar a la población de Werst.

De modo que, dado que el joven conde no dudaba de que unos malhechores se habían refugiado en el castillo, decidió que

cumpliría su promesa de desenmascarar las maniobras de aquellos falsos aparecidos avisando a la policía de Karlsburgo.

Sin embargo, para actuar, quería detalles más pormenorizados, y para ello debía dirigirse personalmente al joven guardabosques. Hacia las tres de la tarde, antes de regresar al Rey Matías, se presentó en casa del *biró*.

El juez Koltz se sintió muy honrado de recibir a un caballero como el señor conde de Telek... descendiente de una noble familia de raza rumana... con quien el pueblo de Werst estaría en deuda por haber recobrado la calma... y también la prosperidad... porque los turistas volverían a visitar la comarca... y a abonar los derechos de peaje sin tener nada que temer de los genios maléficos del castillo de los Cárpatos... etcétera.

Franz de Telek agradeció al juez sus cumplidos y preguntó si habría algún inconveniente en que le llevaran a ver a Nic Deck.

—Ninguno, señor conde —respondió el *biró*—. El buen muchacho se encuentra muy bien dadas las circunstancias, y no tardará en volver al trabajo. —Volviéndose hacia su hija, que acababa de entrar en la sala, agregó—: ¿No es cierto, Miriota?

—¡Dios quiera que así sea, padre mío! —respondió Miriota con emoción en la voz.

A Franz le subyugó el gracioso saludo que le dirigió la joven. Viendo que seguía preocupada por su prometido, se informó sobre su estado.

—Según tengo entendido, Nic Deck no resultó gravemente herido —dijo Franz.

—No, señor conde, ¡bendito sea el cielo! —respondió Miriota.

—¿Tienen un buen médico en Werst?

—¡Hum! —exclamó el juez Koltz, con un tono que resultaba poco halagüeño para el antiguo enfermero de la cuarentena.

—Tenemos al doctor Patak —intervino Miriota.

—¿El mismo que acompañó Nic Deck al castillo de los Cárpatos?

—Sí, señor conde.

—Señorita Miriota, me gustaría, en interés de su prometido, verle para que me dé detalles más precisos de esa aventura —explicó entonces Franz.

—Se los dará con mucho gusto, aunque le fatigue un poco...

—¡Oh, no abusaré, señorita Miriota, ni haré nada que pueda

perjudicar a Nic Deck!

—Lo sé, señor conde.

—¿Cuándo está prevista su boda?

—Dentro de quince días —respondió el *biró*.

—En ese caso, tendré el placer de asistir, si el juez Koltz tiene a bien invitarme.

—¡Señor conde, qué honor...!

—Dentro de quince días, muy bien; estoy seguro de que Nic Deck se habrá repuesto en cuanto pueda permitirse salir a dar un paseo con su preciosa prometida.

—¡Que Dios le proteja, señor conde! —respondió la joven ruborizándose.

En aquel momento su encantador rostro manifestaba una ansiedad tan evidente que Franz quiso saber la causa:

—¡Que Dios le proteja! —explicó Miriota—, porque, al intentar acceder al castillo a pesar de la prohibición, Nic ha desafiado a los genios maléficos... ¿y quién sabe si ahora no se empeñarán en atormentarle el resto de su vida?

—Por eso, señorita Miriota, nosotros pondremos cada cosa en su sitio, se lo prometo —la tranquilizó Franz.

—¿No le pasará nada a mi pobre Nic?

—Nada; gracias a los agentes de la policía, dentro de unos días podremos recorrer el recinto de la fortaleza con la misma tranquilidad que la plaza de Werst.

El joven conde, que consideró inoportuno tratar aquellos asuntos sobrenaturales con personas tan supersticiosas, rogó a Miriota que le llevara a la habitación del guardabosques.

Así lo hizo la joven, y dejó a Franz a solas con su prometido.

Nic Deck había sido informado de la llegada de los dos viajeros a la posada del Rey Matías. Estaba sentado en un viejo sillón, ancho como una garita, y se levantó para recibir a su visitante.

Como ya casi se le había pasado la parálisis que sufrió momentáneamente, se encontraba en condiciones de responder a las preguntas del conde de Telek.

—Señor Deck —dijo Franz tras estrechar amistosamente la mano al joven guardabosques—, lo primero que querría saber es si cree usted en la presencia de seres sobrenaturales en el castillo de los Cárpatos.

—No me queda más remedio que creer, señor conde —dijo Nic Deck.

—¿Y que ellos son quienes le impidieron traspasar la muralla de la fortaleza?

—No me cabe la menor duda.

—Y, ¿por qué, si es tan amable?

—Porque, de no haber genios, lo que me ha sucedido sería inexplicable.

—¿Tendría usted que la amabilidad de explicarme lo sucedido sin omitir ningún detalle?

—Con mucho gusto, señor conde.

Nic Deck explicó lo sucedido con pelos y señales. No pudo sino confirmar los hechos que ya se habían puesto en conocimiento de Franz en su conversación con los huéspedes del Rey Matías; hechos a los que el joven conde, como bien sabemos, daba una explicación puramente natural.

Los acontecimientos de aquella noche de aventuras tendrían fácil explicación si los seres humanos que ocupaban la fortaleza, malhechores o no, poseyeran máquinas capaces de producir efectos fantasmagóricos. En cuanto a la singular pretensión del doctor Patak de haberse sentido encadenado al suelo por una fuerza invisible, se podía sostener que viviera una ilusión. Era razonable pensar que las piernas no le respondieran, por la sencilla razón de que estaba loco de espanto, y así se lo hizo saber Franz al joven guardabosques.

—¿Cómo, señor conde? ¿Justo cuando ese cobarde intenta huir las piernas no le responden? —se extrañó Nic Deck—. Estará usted de acuerdo en que eso no es posible.

—Muy bien, admitamos que los pies se le quedaron enganchados en alguna trampa escondida entre las hierbas, al fondo del foso —dijo Franz.

—Sí, pero cuando las trampas se cierran, hacen mucho daño y desgarran cruelmente la carne, y las piernas del doctor Patak no tienen señales de heridas —objetó el guardabosques.

—Lleva usted razón, Nic Deck y, sin embargo, créame, si es cierto que el doctor no pudo soltarse, será porque sus pies estaban retenidos.

—En tal caso, señor conde, me gustaría saber cómo pudo volver

a abrirse la trampa para devolver la libertad al doctor.

Franz no pudo explicarlo.

—De todos modos, señor conde, lo concerniente al doctor Patak no es cosa mía. Al fin y al cabo, yo sólo puedo afirmar lo que sé por mí mismo —agregó el guardabosques.

—Cierto... Dejemos al buen doctor y hablemos de lo que le ocurrió a usted, Nic Deck.

—Lo que me sucedió está muy claro. No hay duda de que recibí una buena sacudida, y de un modo nada natural.

—¿No tiene en el cuerpo señales de heridas? —preguntó Franz.

—Ninguna, señor conde, y sin embargo recibí un golpe muy violento.

—¿Fue precisamente en el momento en que puso la mano en los herrajes del puente levadizo?

—Sí, señor conde, apenas lo toqué me quedé como paralizado. La otra mano, con la que me sujetaba a la cadena, por suerte no se me soltó y me deslicé hasta el fondo del foso, de donde el doctor me levantó sin conocimiento.

Franz movía la cabeza como un hombre al que no podían convencer semejantes explicaciones.

—Veamos, señor conde —insistió Nic Deck—, lo que le he contado no es algo que haya soñado, y si durante ocho días he tenido que estar postrado en esta cama, sin valerme del brazo ni de la pierna, parece razonable pensar que no me lo he figurado.

—Ni yo lo pretendo; no hay duda de que fue usted víctima de una brutal conmoción.

—¡Brutal y diabólica!

—No, en este punto diferimos, Nic Deck —respondió el joven conde—. Usted cree que le golpeó un ser sobrenatural y yo no, porque no existen seres sobrenaturales, ni maléficos ni benéficos.

—¿Podría usted entonces explicarme qué me sucedió, señor conde?

—Todavía no, Nic Deck, pero tenga la seguridad de que todo acabará explicándose, y de la forma más sencilla.

—¡Quiera Dios que así sea! —contestó el guardabosques.

—Y, dígame, ¿ese castillo ha pertenecido siempre a la familia de Gortz? —quiso saber Franz.

—Sí, señor conde, y todavía le pertenece, aunque el último

descendiente de la familia, el barón Rodolfo, desapareció sin que hayamos vuelto a tener noticias suyas.

—¿No? ¿Y a cuándo se remonta su desaparición?

—A hace unos veinte años.

—¿Veinte años?

—Sí, señor conde. Un día, el barón Rodolfo se marchó del castillo y no volvimos a verle nunca. Su último criado falleció pocos meses después de su partida.

—¿Y nadie desde entonces ha puesto los pies en la fortaleza?

—Nadie.

—¿Y qué se dice en la comarca?

—Se dice que el barón Rodolfo debió de morir en el extranjero, y que su muerte ocurrió poco después de su desaparición.

—Se equivocan, Nic Deck; el barón todavía sigue vivo, o por lo menos vivía hace cinco años.

—¿Dice usted que vivía, señor conde?

—Sí... en Italia... en Nápoles.

—¿Lo vio usted?

—Lo vi.

—¿Y desde hace cinco años...?

—No había vuelto a oír hablar de él.

El joven guardabosques se quedó pensativo. Se le había ocurrido una idea, una idea que no estaba seguro de querer formular. Finalmente, alzando la cabeza y con el ceño fruncido, se decidió:

—¿No cabe sospechar, señor conde, que el barón Rodolfo de Gortz haya vuelto a la comarca con intención de encerrarse en la fortaleza?

—Es posible, Nic Deck.

—¿Qué interés tendría en esconderse... en no dejar que nadie llegara hasta él?

—Ninguno —respondió Franz de Telek.

Sin embargo, era una idea que empezaba a tomar forma en la cabeza del joven conde. ¿No podía ser que aquel personaje, cuya existencia había sido siempre tan enigmática, se hubiera refugiado en el castillo después de irse de Nápoles? En tal caso, gracias a las supersticiones fomentadas con habilidad, si pretendía vivir completamente aislado, ¿no le habría resultado fácil protegerse de toda búsqueda inoportuna, conociendo como conocía la mentalidad

de las gentes de la comarca? Franz, pese a todo, pensó que sería inútil poner tras esa pista a los habitantes de Werst. Habría tenido que informarles de unos hechos demasiado personales. Además, comprendió que no convencería a nadie cuando Nic Deck declaró:

—Si quien está en el castillo es el barón Rodolfo, entonces el barón Rodolfo es el Chort, porque sólo el Chort puede haberme tratado de ese modo.

Franz, que no quería volver sobre aquella cuestión, cambió de tema. Insistió en tranquilizar los temores del guardabosques sobre las consecuencias de su tentativa, pero no le animó a volver a acercarse a la fortaleza. No era asunto suyo, sino de las autoridades, y los agentes de la policía de Karlsburgo sabrían desentrañar el misterio del castillo de los Cárpatos.

De este modo, el joven conde se despidió de Nic Deck deseándole una pronta recuperación para no retrasar su boda con la preciosa Miriota, a la que tenía pensado asistir.

Absorto en sus pensamientos, volvió al Rey Matías, de donde ya no salió en todo el día.

A las seis, Jonás le sirvió la cena en la sala grande, donde, con admirable tacto, ni el juez Koltz ni nadie del pueblo acudió a turbar su soledad.

Hacia las ocho, Rotzko le dijo:

—¿No me necesita, señor?

—No, Rotzko.

—En tal caso, voy a fumar la pipa a la explanada.

—Ve, Rotzko, ve.

Franz, recostado a medias en un sillón, se dejó llevar nuevamente por los recuerdos del pasado.

Estaba en Nápoles en la última representación del teatro San Carlo; volvía a ver al barón de Gortz asomando la cabeza fuera del palco, con la mirada ardiente clavada en la artista, como si quisiera encantarla...

Después, su pensamiento vagó hasta aquella carta firmada por el extraño personaje en la que le acusaba a él, Franz de Telek, de haber matado a la Stilla.

Mientras se perdía en sus recuerdos, sintió cómo el sueño, poco a poco, le vencía. Estaba todavía en ese estado intermedio en que se percibe el menor ruido cuando se produjo un fenómeno

sorprendente.

Parecía que una voz, dulce y melódica, recorría la sala en la que, sin embargo, estaba solo, completamente solo.

Sin tiempo para preguntarse si estaba soñando o no, se levantó y aguzó el oído.

¡Sí!

Se diría que una boca se había acercado a su oreja, y que de unos labios invisibles escapaba la expresiva melodía de Stefano, inspirada por estas palabras:

*Nel giardino de' mille fiori,
andiamo, mio cuore...*

Conocía esta romanza de inefable suavidad, pues la Stilla la había cantado en el concierto que dio en el teatro San Carlo antes de su función de despedida.

Como mecido, sin darse cuenta, Franz se abandonó a la delicia de volver a oírla.

Cuando terminó la frase, la intensidad de la voz fue disminuyendo hasta apagarse con las tranquilas vibraciones del aire.

Franz, ahora despejado, se levantó de golpe.

Contuvo el aliento y trató de captar algún eco lejano de aquella voz que le llegaba directa al corazón.

Todo estaba silencioso, tanto dentro como fuera.

—¡Su voz! —murmuró—. ¡Sí...! Era su voz... Su voz, que tanto amé. —Después, volviendo a la realidad, añadió—: Estaba durmiendo... y he soñado —se dijo.

CAPÍTULO XI



Al día siguiente el joven conde se despertó al amanecer, todavía confuso por las visiones de la noche anterior.

Había previsto marcharse del pueblo de Werst por la mañana, rumbo a Kolosvar. Tras visitar las poblaciones industriales de Petroseny y de Livadzel, tenía intención de detenerse un día entero en Karlsburgo antes de pasar unos días en la capital de Transilvania. A partir de allí, el ferrocarril le llevaría por las provincias de Hungría central, que iba a ser la última etapa de su viaje.

Había salido de la posada y, paseando por la explanada con los anteojos puestos, examinaba con profunda emoción el contorno de la fortaleza, que el sol naciente perfilaba con mucha nitidez sobre la meseta de Orgall.

Reflexionaba sobre si, una vez en Karlsburgo, cumpliría la promesa que había hecho a los habitantes de Werst. ¿Contaría a la policía lo sucedido en el castillo de los Cárpatos?

Cuando el joven conde se comprometió a devolver la tranquilidad del pueblo, lo hizo con la íntima convicción de que en la fortaleza se había refugiado una banda de malhechores o, cuando menos, gente sospechosa que no tenía el menor interés en que la buscaran y que por ese motivo se las había ingeniado para impedir que nadie se acercara.

Pero por la noche Franz estuvo dando vueltas al asunto. En su pensamiento se había producido un vuelco, y ahora dudaba.

El último descendiente de la familia de Gortz, el barón Rodolfo, llevaba cinco años desaparecido y nadie había podido averiguar qué había sido de él. El rumor de su muerte debió de extenderse poco tiempo después de su partida de Nápoles. Pero ¿qué había de verdad en ese rumor, qué pruebas se tenían de su muerte? Tal vez el barón de Gortz estuviera vivo y, de estarlo, ¿no podía haber

vuelto al castillo de sus antepasados acompañado por Orfanik, el único allegado que se le conocía? ¿Y no podía ser aquel extraño físico el autor de los fenómenos que tenían a la comarca en vilo? Sobre todas estas cuestiones reflexionaba Franz.

Esta hipótesis —no podemos sino convenir en ello— parecía bastante plausible. Si el barón Rodolfo de Gortz y Orfanik habían buscado refugio en la fortaleza, también podían haber puesto medios para hacerla inaccesible, para llevar así la vida de aislamiento que convenía a sus costumbres y a su carácter.

Si así fuera, ¿qué debía hacer él? ¿Era apropiado intervenir en los asuntos privados del barón de Gortz?

Se estaba planteando los pros y contras de la cuestión cuando Rotzko apareció en la explanada; Franz le hizo partícipe de sus pensamientos.

—Mi señor, quizá sea el barón de Gortz quien pone en marcha todas esas tretas diabólicas —respondió Rotzko—. De ser así, mi opinión es que no debemos intervenir. Los cobardes de Werst saldrán de la situación como mejor les parezca; es asunto suyo, y no es cosa nuestra devolver la tranquilidad a este pueblo.

—De acuerdo —contestó Franz—. Bien pensado, creo que tienes razón, mi buen Rotzko.

—También lo creo yo —dijo sencillamente el soldado.

—El juez Koltz y los demás ya saben qué tienen que hacer para acabar con los supuestos espíritus de la fortaleza.

—Así es, señor, les basta con avisar a la policía de Karlsburgo.

—Nos pondremos en marcha después del desayuno, Rotzko.

—Todo estará dispuesto.

—Pero, antes de bajar hacia el valle del Sil, nos desviaremos por el Plesa.

—¿Y por qué, señor?

—Me gustaría ver de cerca ese singular castillo de los Cárpatos.

—¿Para qué?

—No es más que una fantasía, Rotzko, una fantasía que no nos hará perder ni media jornada.

Esta decisión, que Rotzko consideraba inútil, contrarió mucho al soldado. Habría querido alejar del conde todo lo que pudiera recordarle su pasado. En esta ocasión fue en vano, porque se topó con la inflexible resolución de su amo.

Y es que Franz, como si fuera víctima de alguna influencia imposible de resistir, se sentía atraído por la fortaleza. Sin darse cuenta, tal vez esa atracción estuviera relacionada con aquel sueño en el que había oído la voz de la Stilla murmurando la triste melodía de Stefano.

No obstante, ¿realmente lo había soñado? Se lo preguntaba recordando que en aquella misma sala del Rey Matías, según decían, una voz se había dejado sentir con anterioridad, aquella voz amenazadora que Nic Deck desoyó tan imprudentemente. La disposición mental en que se hallaba sumido el joven conde era tal que a nadie extrañará que planeara dirigirse al castillo de los Cárpatos y subir hasta el pie de sus viejos muros, sin por ello plantearse entrar en el recinto.

Como era de esperar, Franz de Telek no tenía la menor intención de poner a los habitantes de Werst al corriente de su proyecto. Aquellas gentes habrían sido capaces de unirse a Rotzko para disuadirle de acercarse a la fortaleza, así que pidió a su soldado que guardara silencio. Viéndole bajar desde el pueblo hacia el valle del Sil, nadie pensaría que no tuviera la intención de tomar la carretera de Karlsburgo. Desde la explanada se había fijado en que había otro camino, que seguía la base del Retyezat hasta el puerto de Vulkan. Eso significaba que podría subir por las crestas del Plesa sin volver a pasar por el pueblo y, en consecuencia, sin que le vieran el juez Koltz ni los demás vecinos de Werst.

Hacia las doce, tras abonar sin discutir la nota un poco inflada que Jonás le presentó con la mejor de sus sonrisas, se dispuso a marcharse.

El juez Koltz, la preciosa Miriota, el maestro Hermod, el doctor Patak, el pastor Frik y muchos otros habitantes habían acudido para despedirse.

Incluso el joven guardabosques había podido salir de su habitación, y era obvio que ya no tardaría mucho en estar totalmente repuesto, mérito que el antiguo enfermero se atribuía en exclusiva.

—Le felicito, Nic Deck —le dijo Franz—, al igual que a su prometida.

—Aceptamos su felicitación muy agradecidos —respondió la joven, radiante de felicidad.

—Que tenga buen viaje, señor conde —añadió el guardabosques.

—Sí, así lo espero —respondió Franz, cuya frente se había ensombrecido.

—Señor conde —dijo entonces el juez Koltz—, le rogamos que no olvide las gestiones que ha prometido hacer en Karlsburgo.

—No lo olvidaré, juez Koltz —repuso Franz—. Pero, si por cualquier motivo sufro un retraso en mi viaje, ya sabe cuál es el sencillo medio de desembarazarse de esos preocupantes vecinos, y pronto el castillo habrá dejado de inspirar temor a la valiente población de Werst.

—Eso es fácil decirlo... —murmuró el maestro.

—Y hacerlo —contestó Franz—. Si ustedes quieren, antes de cuarenta y ocho horas los gendarmes habrán averiguado quiénes son esos seres que se esconden en la fortaleza.

—Salvo en el caso, muy probable, de que se trate de espíritus —observó el pastor Frik.

—Incluso en ese caso —respondió Franz encogiéndose imperceptiblemente de hombros.

—Señor conde —dijo el doctor Patak—, si hubiera ido usted con Nic Deck y conmigo, puede que no hablara de ese modo.

—Me extrañaría, doctor —aclaró Franz—, y aunque yo me hubiera visto extrañamente retenido como usted por los pies en el foso de la fortaleza...

—Por los pies... sí, señor conde, aunque más bien fue por las botas, y a menos que pretenda usted que... debido al estado de ánimo... en que me encontraba yo... lo haya... soñado...

—No pretendo nada, señor, y no es mi intención tratar de explicarle lo que a usted le parece inexplicable. Pero tenga la certeza de que, si los gendarmes visitan el castillo de los Cárpatos, sus botas, acostumbradas como están a la disciplina, no se enraizarán como las suyas.

Tras hablar así al doctor, el joven conde recibió una vez más los respetos del posadero del Rey Matías, muy honrado de haber tenido el honor de que el honorable Franz de Telek... etcétera. Se despidió del juez Koltz, de Nic Deck, de su prometida y de los habitantes que se habían acercado a la plaza, hizo una señal a Rotzko y luego, juntos, bajaron a buen paso por la carretera del puerto.

Menos de una hora después habían alcanzado la orilla derecha

del río, por donde subieron siguiendo la base meridional del Retyezat.

Rotzko se había resignado a no hacer más comentarios a su amo; no habría servido de nada. Acostumbrado como estaba a obedecer al estilo militar, pensaba que, si el joven conde se lanzaba a alguna aventura arriesgada, él estaría a su lado para sacarle del peligro.

Transcurridas dos horas de marcha, se detuvieron para descansar un poco.

El Sil valaco, que en aquel lugar derivaba ligeramente hacia la derecha, se acercaba a la carretera formando un codo muy marcado. Al otro lado, sobre el montículo del Plesa, se redondeaba la meseta de Orgall a una distancia de media milla, es decir, cerca de una legua. Por este motivo era preferible dejar el curso del Sil, puesto que Franz quería cruzar el puerto para dirigirse al castillo.

Evidentemente, al evitar pasar de nuevo por Werst, el desvío duplicaba la distancia que separaba el castillo del pueblo, pero, aun así, todavía sería de día cuando llegaran a lo alto de la meseta de Orgall. El joven conde tendría tiempo de observar el exterior de la fortaleza. Si esperaba hasta el anochecer para volver a bajar por la carretera de Werst, podría seguirla tranquilamente, con la certeza de que nadie le vería. Tenía la intención de pasar la noche en Livadzel, un pueblecito situado en la confluencia de los dos Sil, y de seguir al día siguiente camino hacia Karlsburgo.

La parada duró media hora. Franz, absorto en sus recuerdos y muy inquieto al pensar que el barón de Gortz podía haber ocultado su existencia encerrado en el castillo, no pronunció ni una palabra.

Rotzko tuvo que hacer un gran esfuerzo para no decirle: «Es inútil seguir, señor... Olvidemos esa maldita fortaleza y vayámonos».

Los dos empezaron a seguir el talweg[30] del valle. Primero se vieron obligados a atravesar una zona arbolada por la que no pasaba ningún sendero. Algunas partes del suelo eran profundas arroyadas, porque en la época de lluvias el Sil a veces se desborda, y el agua se escapa por torrentes tumultuosos que transforman estas tierras en pantanos. Esto creó dificultades de marcha y, consecuentemente, cierto retraso. Necesitaron una hora para llegar a la carretera del puerto de Vulkan, que atravesaron hacia las cinco de la tarde.

La ladera derecha del Plesa no está poblada por los bosques que Nic Deck tuvo que cruzar abriéndose camino con el hacha; la dificultad a la que se enfrentaban Franz y Rotzko era de otra clase: el material de desprendimiento de las morrenas, entre el cual no se podía avanzar sin extremar las precauciones; desniveles bruscos, fallas profundas, bloques de piedra mal asentados y que se elevaban como los seracs[31] de las regiones alpinas; todo el desorden de un cúmulo de piedras enormes que las avalanchas habían arrastrado desde la cima del monte. Era, en definitiva, un auténtico y horroroso caos.

En semejantes condiciones, el ascenso por los taludes exigió una hora larga de penosos esfuerzos. Parecía, verdaderamente, que el castillo de los Cárpatos podría defenderse únicamente por la impracticabilidad de sus caminos. Pero, si Rotzko albergaba la esperanza de que se les presentaran obstáculos imposibles de franquear, no fue así.

Pasada la zona de los bloques y de los desniveles, consiguieron finalmente alcanzar la cresta que precedía a la meseta de Orgall. Desde allí, en medio de aquel monótono desierto donde el miedo ahuyentaba a los habitantes de la comarca desde hacía ya tantos años, el castillo se perfilaba con mayor nitidez.

Franz y Rotzko iban a llegar a la fortaleza por uno de sus costados, por la muralla orientada al norte. Nic Deck y el doctor Patak, en cambio, habían llegado a la muralla este, porque al ir bordeando la izquierda del Plesa dejaron a la derecha el torrente del Nyad y la carretera del puerto. Tomando como vértice la torre del homenaje, ambas direcciones dibujan un ángulo muy abierto. Desde el lado norte, además, habría sido imposible acceder al recinto, porque no sólo no había ninguna poterna ni ningún puente levadizo, sino que la muralla, ajustándose a las irregularidades del terreno, se elevaba a una altura considerable.

De todos modos, poco importaba que todos los accesos estuvieran vetados por aquel lado, porque el joven conde no se planteaba traspasar las murallas del castillo.

Eran las siete y media cuando Franz de Telek y Rotzko se detuvieron en el borde de la meseta de Orgall. Ante ellos aparecía aquel feroz cúmulo envuelto en sombras, cuyo color se confundía con la tonalidad añosa de las peñas del Plesa. A la izquierda, el

recinto hacía un codo brusco, flanqueado por el baluarte. Era en aquel terraplén, por encima del parapeto almenado, donde gesticulaba el haya, cuyas ramas contorsionadas daban testimonio de las violentas ráfagas del viento del suroeste a esa altura.

El pastor Frik, ciertamente, no se había equivocado. Si se atendía a la leyenda, a la vieja fortaleza de los barones de Gortz sólo le quedaban tres años de existencia.

Franz, silencioso, abarcaba con su mirada la construcción, dominada por la céntrica y recia torre del homenaje. Allí, bajo aquel amasijo confuso, debían de ocultarse amplias salas abovedadas, inmensas y llenas de resonancias, largos corredores laberínticos y reductos ocultos en las entrañas del suelo, como era habitual en las fortalezas de los antiguos magiares. No había lugar mejor que aquella antigua mansión para que el último descendiente de la familia de Gortz se encerrara en un olvido cuyo secreto nadie podría desentrañar. Cuanto más lo pensaba el joven conde, más claro le parecía que el barón Rodolfo de Gortz se había refugiado entre las murallas aisladas de su castillo de los Cárpatos.

Por otro lado, nada permitía suponer la presencia de huéspedes en la torre. De sus chimeneas no salía humo, de sus ventanas herméticamente cerradas no se escapaba ningún ruido. Nada, ni siquiera un graznido de ave, turbaba el misterio de la tenebrosa mansión.

Franz contempló unos instantes, con mirada ávida, ese recinto que antiguamente debió de llenarse con el tumulto de las fiestas y el estruendo de las armas. Pero él callaba, pues tenía el alma atormentada por ideas abrumadoras, y el corazón apesadumbrado por el recuerdo.

Rotzko, que quería dejar al joven conde solo con sus pensamientos, no se inmiscuyó. Por nada del mundo le habría interrumpido con una sola observación. Pero, cuando el sol empezó a ponerse tras la cordillera del Plesa y el valle de los dos Sil empezó a hundirse en las sombras, se decidió a intervenir.

—Señor, ha caído la tarde; pronto serán las ocho —dijo.

Franz pareció no oírle.

—Es hora de marcharse si queremos llegar a Livadzel antes de que cierren las posadas —insistió Rotzko.

—Rotzko... espera un momento... Sí... enseguida... voy contigo

—contestó Franz.

—Necesitaremos por lo menos una hora, señor, para volver a la carretera del puerto, y como para entonces ya será de noche nadie podrá vernos cuando la crucemos.

—Déjame sólo unos minutos más —repuso Franz—, y volveremos al pueblo.

El joven conde no se había movido del sitio en que se había detenido cuando llegaron a la meseta de Orgall.

—Señor, no olvide que cuando se haga de noche será difícil pasar entre esas peñas... Apenas lo hemos conseguido a plena luz del día; perdone que insista —dijo Rotzko.

—Sí... vámonos... Rotzko... Voy contigo.

Sin embargo, una fuerza irresistible parecía retener a Franz ante la fortaleza, originada tal vez por uno de esos presentimientos secretos que el corazón es incapaz de reconocer. ¿Estaba acaso encadenado al suelo, como el doctor Patak en el foso, al pie de la muralla...?

¡No! Tenía las piernas libres de trabas o de trampas; podía ir y venir por la meseta y, si hubiera querido, nada habría podido impedirle seguir el borde de la contraescarpa para dar la vuelta al recinto.

Tal vez fuera eso lo que quería.

Y precisamente eso es lo que pensó Rotzko, que se animó a decirle por última vez:

—¿Vamos, señor?

—Sí... sí... —respondió Franz.

Pero no se movía.

Ahora, la meseta de Orgall estaba a oscuras. La sombra alargada de la montaña, que bajaba hacia el sur, ocultaba el conjunto de las construcciones, cuyo contorno aparecía ahora como una silueta borrosa. Si no surgía ningún resplandor de las estrechas ventanas de la torre, no tardaría en volverse invisible.

—Señor, vamos, por favor —repitió Rotzko.

Franz estaba a punto de seguirle al fin cuando, sobre el terraplén del baluarte, donde se erguía el haya legendaria, apareció una forma borrosa. Franz se detuvo, mirando aquella forma cuyos perfiles poco a poco se iban dibujando. Era una mujer con la melena suelta y las manos tendidas, envuelta en un largo traje

blanco. ¿No era ese el traje que llevaba la Stilla en la escena final de *Orlando*, donde Franz de Telek la había visto por última vez? ¡Sí! ¡Era la Stilla, inmóvil, con los brazos extendidos hacia el joven conde y con esa mirada suya, tan penetrante, clavada en él!

—¡Ella...! ¡Ella...! —exclamó.

Salió corriendo hacia ella, y habría caído hasta la base de la muralla si Rotzko no le hubiera sujetado. La aparición desapareció bruscamente. La Stilla apenas se había mostrado durante un minuto. ¡Qué más daba! A Franz le habría bastado con un segundo para reconocerla, y estas palabras escaparon de su boca:

—Ella... ella... ¡está viva!

CAPÍTULO XII



¿Era posible? La Stilla, que Franz de Telek pensó que nunca volvería a ver, acababa de aparecérsese en el terraplén del baluarte. No había sido una ilusión; Rotzko también la había visto. Era realmente ella, la gran artista vestida con su traje de Angélica, tal y como se había presentado ante el público en la función de despedida del teatro San Carlo.

La espantosa verdad estalló ante los ojos del joven conde. ¡Aquella mujer adorada, que iba a convertirse en la condesa de Telek, llevaba cinco años encerrada en las montañas transilvanas! ¡La mujer que vio morir en el escenario había sobrevivido! Mientras a él se lo llevaban moribundo a su hotel, el barón Rodolfo debió de entrar en casa de la Stilla, raptarla y arrastrarla hasta el castillo de los Cárpatos; ¡lo que la población había seguido al día siguiente en el Campo Santo Nuovo de Nápoles no era más que un ataúd vacío!

Todo esto parecía increíble, inadmisibile, y repugnante para una mente sensata. Era prodigioso, inverosímil, y así debía haberlo considerado Franz, desde luego. Pero su pensamiento estaba dominado por un hecho: el barón de Gortz había raptado a la Stilla, puesto que ella estaba en la fortaleza. Y estaba viva, porque acababa de verla sobre la muralla. Había en ello una certeza absoluta.

El joven conde trataba, no obstante, de sobreponerse al desorden de sus ideas que, además, convergían en una sola: arrancar a la Stilla de las garras de Rodolfo de Gortz, que desde hacía cinco años la tenía secuestrada en el castillo de los Cárpatos.

—Rotzko, escúchame —dijo con la voz alterada—. Quiero, sobre todo, que me entiendas, porque tengo la sensación de que voy a perder el juicio.

—¡Señor, mi buen señor!

—Tengo que llegar a toda costa hasta ella... ¡Ella...! ¡Esta misma noche...!

—No, mañana.

—¡He dicho que esta noche! ¡Está ahí, y me ha visto, igual que yo a ella...! Me está esperando...

—En ese caso, iré con usted.

—¡No! ¡Iré solo!

—¿Solo?

—Sí.

—Pero ¿cómo va a entrar en la fortaleza, si Nic Deck no lo consiguió?

—Te digo que entraré.

—La poterna está cerrada.

—No lo estará para mí. Buscaré... Encontraré una brecha y entraré.

—¿De verdad no quiere que le acompañe, señor? ¿De verdad?

—¡No...! Vamos a separarnos, y es así como me prestarás mejor servicio.

—¿Debo esperarle aquí?

—No, Rotzko.

—Entonces, ¿adónde tengo que ir?

—A Werst... o mejor... no... no vayas a Werst... —respondió Franz—. Es inútil que esa gente sepa... Ve a Vulkan, y quédate allí esta noche. Si mañana por la mañana no me ves, márchate de Vulkan... No... mejor, espera unas horas... y después ve a Karlsburgo... Allí, avisa al jefe de la policía... Cuéntaselo todo... Y luego vuelve, con los agentes... En caso de necesidad, ¡que asalten la fortaleza...! ¡Rescatadla...! ¡Ah, por Dios, ella está viva... y en manos de Rodolfo de Gortz!

Mientras el joven conde pronunciaba estas frases entrecortadas, Rotzko notaba cómo crecía la excitación de su amo, que se manifestaba con los sentimientos desordenados de un hombre que deja de ser dueño de sí mismo.

—¡Ve, Rotzko! —exclamó Franz por última vez.

—¿Eso quiere?

—¡Sí, eso es lo que quiero!

Ante esta conminación formal, a Rotzko no le quedaba sino obedecer. Además, el joven conde se había alejado y las sombras le

ocultaban ya a la mirada del soldado.

Rotzko se quedó un instante inmóvil, incapaz de decidirse a marchar. Entonces se le ocurrió que el esfuerzo del joven conde sería inútil, que ni siquiera conseguiría traspasar la muralla y que seguramente se vería obligado a bajar al pueblo de Vulkan... quizá al día siguiente... quizá aquella misma noche. En tal caso, los dos irían a Karlsburgo, y lo que no habían conseguido ni Franz ni el guardabosques, lo conseguirían los agentes de la autoridad: vencerían a Rodolfo de Gortz, encontrarían a la desafortunada Stilla; registrarían la fortaleza de los Cárpatos y, si hiciera falta, no dejarían piedra sobre piedra aunque todos los diablos del infierno se unieran para defenderla.

Así que Rotzko bajó por las cuestas de la meseta de Orgall para alcanzar la carretera del puerto de Vulkan.

Entre tanto, siguiendo la contraescarpa, Franz ya había bordeado el baluarte que flanqueaba la fortaleza por la izquierda.

Mil pensamientos acudían a su cabeza. Ahora ya no le cabía ninguna duda de la presencia del barón de Gortz en la fortaleza, puesto que la Stilla estaba secuestrada... Sólo él, el barón, podía estar allí... ¡La Stilla vivía! Pero ¿cómo llegaría hasta ella?... ¿Cómo lograría sacarla del castillo?... No lo sabía, pero tenía que hacerlo... y lo haría. Fueran cuales fuesen los obstáculos que Nic Deck no había superado, él los superaría. No era la curiosidad lo que le impulsaba a introducirse en aquellas ruinas, sino la pasión; era su amor por esa mujer que reencontraba viva, ¡sí...! Viva después de haberla dado por muerta, ¡y se la quitaría a Rodolfo de Gortz!

Franz pensó que sólo podría acceder por la muralla sur, donde se abría la poterna con el puente levadizo. Así, al darse cuenta de que no merecía la pena escalar aquella alta muralla, en cuanto dio la vuelta al baluarte siguió recorriendo la cresta de la meseta de Orgall.

De día no habría tenido ninguna dificultad para seguir ese camino, pero en plena noche, sin que la luna hubiera salido todavía porque la bruma que se condensa entre las montañas cargaba el aire, era bastante más complicado. Al peligro de los tropezones y al de una caída al fondo del foso, se unía el de mover rocas que ocasionaran un desprendimiento.

Pese a todo, seguía avanzando, tan pegado como podía a los

zigzag de la contraescarpa, tanteando con manos y pies para estar seguro de que no se alejaba. Llevado por una fuerza sobrehumana, se sentía además guiado por un extraordinario instinto que no podía llevarle a equívoco.

Pasado el baluarte se alzaba la muralla sur, donde estaba el puente levadizo que permitía establecer contacto con el exterior cuando no estaba subido y cerrado contra la poterna.

Pero desde el baluarte los obstáculos parecieron multiplicarse. Seguir la contraescarpa era imposible entre las enormes rocas puntiagudas que se levantaban en la meseta, por lo que era obligado alejarse. Era como tratar de orientarse en unos campos como los de Carnac, pero con dólmenes y menhires dispuestos sin orden alguno y sin una sola referencia para situarse, ni un resplandor en la oscura noche, que todo lo velaba, hasta la cubierta de la torre del homenaje.

Franz, sin embargo, continuaba; en un sitio escalaba un enorme bloque que le cerraba el paso; en otro trepaba entre las peñas despellejándose las manos entre la maleza y los cardos, mientras unas parejas de quebrantahuesos le rasguñaban la cabeza al huir con sus espantosos gritos de carraca.

¡Ah! ¿Por qué no tocaba ahora la campana de la vieja capilla como había tocado para Nic Deck y el doctor? ¿Por qué esa luz intensa que los había envuelto ahora no se encendía sobre las almenas de la torre? Cualquiera de las dos cosas le habría permitido avanzar hacia un sonido, hacia una luz, como avanza el marinero hacia el silbido de una sirena de alarma o la luz de un faro.

No, sólo estaba la profunda noche, que reducía el alcance de su mirada a unos pocos pasos.

Aquello duró casi una hora. Franz notó que se estaba perdiendo por el declive del terreno a su izquierda, que se había vuelto más pronunciado. ¿Se habría pasado la poterna? ¿Habría ido más allá del puente levadizo?

Pataleando con un pie y retorciéndose las manos, se detuvo. ¿Qué dirección tomar? ¡Qué rabia le entró al pensar que se vería obligado a esperar hasta el amanecer...! Si esperaba, la gente de la fortaleza le vería y no podría sorprenderla... Rodolfo de Gortz estaría en guardia.

No, tenía que acceder al recinto aquella misma noche, ¡y no

conseguía orientarse entre las tinieblas!

Soltó un grito, un grito de desesperación:

—¡Stilla, Stilla mía!

¿Acaso se imaginaba que la prisionera podía oírle, que iba a responderle?

Veinte veces gritó su nombre, que devolvió el eco del Plesa.

De repente, la mirada de Franz detectó un resplandor que se deslizaba en las sombras, un fulgor muy vivo cuya fuente debía de estar a cierta altura.

«¡Ahí está la fortaleza, ahí!», pensó.

Aquel fulgor, por la posición que ocupaba, sólo podía venir de la torre del homenaje.

Franz, debido a su sobreexcitación mental, no dudó de que fuera la propia Stilla quien le mandaba esta ayuda. Más aún: ella le había reconocido cuando pudo verla sobre el terraplén del baluarte. Y, ahora, era ella quien le enviaba esta señal, quien le indicaba el camino a seguir para llegar a la poterna.

Se dirigió hacia la luz, cuyo brillo crecía a medida que él se acercaba. Como había avanzado demasiado hacia la izquierda por la meseta de Orgall, tuvo que recular unos veinte pasos a su derecha. Tanteando un poco, no tardó en volver a dar con el borde de la contraescarpa.

La luz brillaba frente a él, y su altura era la prueba de que, en efecto, procedía de una de las ventanas de la torre.

Así es como Franz se iba a encontrar frente a los últimos obstáculos, que tal vez fueran insuperables, porque la poterna estaría cerrada y el puente levadizo alzado, lo que le obligaría a deslizarse hasta el pie de la muralla.

Y después, ¿qué haría ante un lienzo de muralla que se elevaba quince metros sobre su cabeza?

Avanzó hacia el lugar en que se apoyaba el puente levadizo. Vio que la poterna estaba abierta... y el puente levadizo bajado.

Sin detenerse a pensar, cruzó los tablones traqueteantes y puso la mano en la puerta... que se abrió.

Se adentró de inmediato en la oscuridad.

Apenas había andado unos pasos cuando el puente levadizo se cerró estrepitosamente contra la poterna.

El conde Franz de Telek estaba prisionero en el castillo de los

Cárpatos.

CAPÍTULO XIII



Los habitantes de las tierras transilvanas y los viajeros que suben o bajan por el puerto de Vulkan no conocen del castillo de los Cárpatos más que su aspecto exterior. Todo lo que ofrece a la mirada, desde la respetuosa distancia que guardan hasta los más valientes del pueblo de Werst y alrededores, no es más que el enorme amasijo de piedras de una fortaleza en ruinas.

Pero por dentro, ¿estaba la fortaleza tan deteriorada como suponían? No. Las edificaciones de la vieja fortaleza feudal, protegidas por sus sólidos muros, estaban aún en condiciones de dar cabida a toda una guarnición.

Enormes salas abovedadas; bodegas profundas; un sinfín de pasillos; patios cuyo empedrado se perdía entre hierbas altas; reductos subterráneos a los que la luz del día nunca llegaba; escaleras disimuladas en el espesor de los muros; casamatas iluminadas por las estrechas troneras de los lienzos de muralla; entre las diversas construcciones del recinto se hallaba la torre del homenaje de tres plantas, con aposentos suficientemente habitables y coronada por una plataforma almenada; interminables corredores caprichosamente entrelazados que subían hasta lo alto de los baluartes y que descendían hasta las entrañas de la estructura; aljibes aquí y allí, donde se recogían las aguas pluviales y cuyo excedente caía al torrente del Nyad; y también largos túneles que, contrariamente a lo que se creía, no estaban tapiados, y que daban a la carretera del puerto de Vulkan: así era el conjunto de aquel castillo de los Cárpatos, cuyo plano geometral describía un sistema tan complicado como el de los laberintos de Porsenna, Límnos o Creta.

El joven conde se sentía como Teseo al conquistar a la hija de Minos, pues lo que le había atraído hasta los inmensos meandros de

la fortaleza era también un sentimiento intenso e irrefrenable. ¿Encontraría el hilo de Ariadna que guió al héroe griego?

Franz sólo tenía una idea en mente, que era entrar en el recinto, y lo había conseguido. Pero tal vez habría tenido que hacerse esta reflexión: el puente levadizo, que hasta aquel día había estado subido, parecía haber bajado expresamente para dejarle pasar. Quizá tendría que haberse inquietado porque la poterna se hubiera cerrado bruscamente tras de sí. Pero ni siquiera lo pensaba. ¡Por fin estaba en el castillo donde Rodolfo de Gortz retenía a la Stilla! Estaba dispuesto a sacrificar su vida para llegar hasta ella.

Se había adentrado en una galería ancha, alta pese a tener la bóveda rebajada, envuelta en la más completa oscuridad; sus baldosas, levantadas, no permitían caminar con paso seguro.

Se pegó a la pared de la izquierda y, apoyándose sobre un paramento cuya superficie salitrosa se iba reduciendo a polvo al contacto de su mano, la siguió. No oía otro ruido que el de sus propios pasos, que producían resonancias lejanas. Le empujaba una corriente tibia cargada de relentes vetustos, como si al otro lado de la galería se hubiera abierto alguna puerta.

Después de pasar junto al pilar de piedra que sostenía la última esquina de la izquierda, encontró la entrada de un pasillo bastante más estrecho y bajo; tocaba el techo sólo con estirar el brazo.

Avanzó un poco agachado, tanteando con pies y manos y tratando de reconocer si el pasillo seguía una dirección rectilínea.

A una distancia de unos doscientos pasos desde el pilar de la esquina vio que la dirección se desviaba hacia la izquierda y que después, cincuenta pasos más allá, tomaba la dirección opuesta. ¿Iba ese pasillo a la muralla de la fortaleza o conducía hasta el pie de la torre?

Intentó avanzar más deprisa, pero cada dos por tres le detenía un desnivel del suelo con el que tropezaba, o un ángulo brusco que modificaba su dirección. Al pasar notaba de vez en cuando algún hueco en la pared, que se abría hacia alguna ramificación lateral, pero todo estaba oscuro y era insondable, por lo que trataba en vano de orientarse en aquel laberinto, verdadero trabajo de topos.

En múltiples ocasiones tuvo que dar marcha atrás al reconocer que se estaba extraviando en callejones sin salida. Su mayor temor era encontrar una trampa mal cerrada en el suelo, que cediera

bajo su peso y le arrojara al fondo de alguna mazmorra de la que no pudiera salir. Por eso, en cuanto rozaba un panel con sonido hueco se apoyaba contra las paredes, pero sin dejar nunca de avanzar con un frenesí que no le permitía siquiera reflexionar.

Dado que no había subido ni bajado, debía de encontrarse aún al nivel de los patios interiores entre las diversas construcciones del recinto, y existía la posibilidad de que ese pasillo condujera hasta la torre central, hasta el principio mismo de la escalera.

Sin duda, tenía que haber una forma de comunicación más directa entre la poterna y los edificios de la fortaleza. Cuando la familia de Gortz vivía allí, no necesitaría atravesar forzosamente aquellos interminables pasillos. Había, en efecto, una puerta frente a la poterna, en el lado opuesto de la primera galería por la que se internó Franz, que se abría a la plaza de armas en cuyo centro se alzaba la torre del homenaje; pero estaba condenada, y ni siquiera llegó a darse cuenta de que se encontraba ahí.

El joven llevaba ya una hora dando vueltas, atento por si oía algún sonido lejano y sin atreverse a llamar a la Stilla, pues temía que el eco reprodujera su grito hasta los pisos de la torre. Pero no por ello flaqueaba su empeño y, mientras no le faltaran las fuerzas, mientras no se topara con un obstáculo insuperable que le obligara a detenerse, seguiría avanzando.

Sin embargo, sin advertirlo, estaba extenuado. No había comido nada desde que salió de West; tenía hambre y sed. Su paso había dejado de ser seguro, y las piernas le flojeaban. En aquel aire húmedo y cálido que le traspasaba la ropa, su respiración se había vuelto jadeante y el corazón le latía precipitadamente.

Debían de ser casi las nueve cuando, al dar un paso con el pie izquierdo, no encontró el suelo.

Se agachó. Palpando con la mano, notó que había un escalón, y luego otro.

Había encontrado una escalera, una escalera que descendía hacia los cimientos del castillo y que quizá llevara a un callejón sin salida.

Sin embargo, no titubeó al bajar, aunque tuvo la precaución de contar los escalones, que estaban contruidos en diagonal respecto del pasillo.

Bajó setenta y siete escalones hasta llegar a otra galería

horizontal, que se perdía en múltiples y oscuros desvíos.

Anduvo así media hora más. Acababa de detenerse, agotado por la fatiga, cuando vislumbró un punto luminoso doscientos o trescientos pasos más allá.

¿De dónde procedía aquel resplandor? ¿Sería simplemente un fenómeno natural, el hidrógeno de un fuego fatuo que se hubiera encendido a aquella profundidad? ¿O sería un farol llevado por alguna de las personas que vivían en la fortaleza?

—¿Será ella? —murmuró Franz.

Recordó que antes ya había visto una luz, como indicándole la entrada al castillo cuando estaba perdido entre las peñas de la meseta de Orgall. Si quien le mostró aquella luz desde alguna de las ventanas de la torre era la Stilla, ¿no sería otra vez ella quien intentaba guiarle a través de aquella sinuosa construcción subterránea?

Incapaz de dominarse, Franz se encorvó y se quedó mirando, muy quieto.

Más que un punto luminoso era una claridad difusa que, al final del pasillo, alumbraba una especie de hipogeo.

Casi a gatas, porque las piernas apenas le sostenían ya, Franz siguió aquella dirección y, después de traspasar una estrecha apertura, se encontró en el umbral de una cripta.

Era una cripta en buen estado de conservación, con una altura de unos cuatro metros y una superficie circular más o menos equivalente. La bóveda se apoyaba en los capiteles de ocho gruesos pilares, y sus nervaduras convergían en una clave colgante en cuyo centro se había encastrado una gran bombilla de cristal que irradiaba una luz amarillenta.

Frente a la puerta, entre dos pilares, había otra puerta que estaba cerrada y con unos grandes clavos de cabeza oxidada que señalaban el sitio en que, por el otro lado, estaban los cerrojos.

Franz se enderezó y caminó a duras penas hasta esa segunda puerta para intentar romper sus pesados montantes... pero el esfuerzo fue inútil.

Había allí dentro algunos muebles desvencijados: una cama, o más bien un camastro de roble viejo sobre el que alguien había dejado tirada un poco de ropa de cama; un poco más allá se veía un taburete de patas retorcidas, así como una mesa fijada a la pared

con unas escuadras metálicas. Sobre la mesa distinguió varios utensilios: una jarra grande llena de agua, un plato con un trozo de carne fría y una hogaza de pan, parecida al bizcocho que se come en los barcos. En un rincón chapoteaba una piletta alimentada por un chorro líquido; el agua sobrante se colaba por un desagüe situado en la base de uno de los pilares.

Esta disposición, ¿no indicaba acaso que alguien tenía previsto alojar en la cripta a un huésped... o más bien a un prisionero? ¿No era Franz ese prisionero, atraído con ardides?

En su angustia, no llegó a sospecharlo siquiera. Agotado por la necesidad y el cansancio, devoró los alimentos que había en la mesa y se refrescó con el contenido de la jarra, después se echó en el rústico camastro para darse un respiro de unos pocos minutos que le devolviera algo de fuerzas.

Cuando se quiso parar a pensar, sin embargo, le pareció que las ideas se le escapaban, como el agua que se intenta retener en la mano.

¿No sería mejor esperar a la llegada del día para reemprender la búsqueda? ¿Estaba su voluntad aletargada hasta el punto de no ser capaz de dominar sus actos?

«¡No, no esperaré! —pensó—. ¡Tengo que llegar a la torre esta misma noche!». De repente, la claridad artificial que desprendía la bombilla encastrada en la clave de la bóveda se apagó, y la cripta se hundió en la más completa oscuridad.

Franz se quiso levantar, pero no pudo. Su pensamiento quedó adormecido o, para expresarlo mejor, se detuvo bruscamente, como la aguja de un reloj cuya cuerda se rompe. Durmió con un sueño raro, o más bien con una postración abrumadora, una anulación absoluta del ser que nada tenía que ver con el sosiego.

Al despertar, Franz fue incapaz de decir cuánto tiempo había dormido. Se le había parado el reloj, pero la cripta estaba de nuevo bañada en luz artificial. Se alejó del camastro y dio unos pasos hacia la primera puerta: seguía abierta. La segunda, por su parte, seguía cerrada.

Intentó reflexionar, pero le costó mucho esfuerzo. Aunque su cuerpo se había repuesto del cansancio de la víspera, sentía que la cabeza le pesaba y que, al mismo tiempo, la tenía vacía.

«¿Cuánto tiempo habré dormido? —se preguntó—. ¿Será de

noche o de día?».

Nada había cambiado en la cripta, pero la luz se había vuelto a encender y alguien había puesto más comida y había vuelto a llenar la jarra con agua clara.

De modo que alguien había entrado mientras él estaba sumido en aquel abatimiento tórpido. ¿Sabrían que había alcanzado la profundidad de la fortaleza? Estaba en manos del barón Rodolfo de Gortz... ¿Estaría condenado a no volver a establecer contacto con sus semejantes?

Una cosa así no era admisible; huiría, pues aún podía hacerlo: encontraría la galería que llevaba a la poterna y saldría del castillo...

¿Salir?... Recordó entonces que la poterna se había cerrado a sus espaldas. ¡Daba igual! Intentaría llegar al muro exterior y procuraría pasar por alguna de las cañoneras... Costara lo que costara, tenía que escapar cuanto antes de la fortaleza.

Pero... ¿y la Stilla? ¿Renunciaría a llegar a ella? ¿Se marcharía sin arrebatársela a Rodolfo de Gortz? ¡No! Además, lo que no consiguiera por sí solo sería posible con la ayuda de los agentes que Rotzko iba a llevar de Karlsburgo a Werst... Asaltarían el viejo recinto y registrarían la fortaleza de cabo a rabo.

Ahora que había tomado esa decisión, sólo tenía que ponerse en marcha sin perder un instante. Se levantó y, cuando se dirigía al pasillo por el que había llegado, oyó una especie de deslizamiento detrás de la otra puerta. Era, sin duda, el ruido de unos pasos que se acercaban lentamente.

Puso la oreja contra el batiente de la puerta y escuchó reteniendo la respiración. Los pasos parecían acercarse a intervalos regulares, como si subieran de un escalón a otro. No cabía duda de que había allí otra escalera, que enlazaba la cripta con los patios interiores.

Preparado para lo que pudiera pasar, desenfundó el cuchillo que llevaba a la cintura y lo sujetó con fuerza. Si entraba uno de los criados del barón de Gortz se abalanzaría sobre él, le quitaría las llaves y le dejaría fuera de combate para que no le siguiera; después saldría por esa puerta y trataría de llegar a la torre. Si era el barón Rodolfo de Gortz —y reconocería sin dudarle al hombre que vio cuando la Stilla cayó en el escenario del San Carlo—, le golpearía

sin piedad.

Los pasos se habían detenido en el rellano, al otro lado de la puerta.

Franz, sin un solo movimiento, esperaba que la puerta se abriera.

Pero no se abrió. En cambio, hasta el joven llegó el sonido de una voz de infinita dulzura.

Era la voz de la Stilla, sí, pero un poco debilitada en sus inflexiones, en su encanto inefable, en sus modulaciones acariciadoras, admirable instrumento de ese arte maravilloso que parecía haber muerto con la artista.

La Stilla repetía la triste melodía que meció a Franz en sueños cuando estaba en la sala principal de la posada de Werst:

*Nel giardino de' mille fiori,
andiamo, mio cuore...*

Aquel canto le llegaba hasta lo más profundo del alma... Lo aspiraba, lo bebía como un licor divino mientras la Stilla parecía invitarle a seguirla repitiendo:

Andiamo, mio cuore... andiamo...

Pero ¡la puerta no se abría...! ¿No podía llegar hasta ella, cogerla en brazos y sacarla de la fortaleza?

—¡Stilla... mi Stilla...! —exclamó, y se arrojó contra la puerta, que resistió sus golpes.

El canto parecía desvanecerse... la voz se apagaba... los pasos se distanciaban...

De rodillas, trató de romper las láminas de la puerta y se desgarró las manos en los cerrojos mientras seguía llamando a la Stilla, cuya voz era ya apenas audible.

Entonces, como un rayo, una idea espantosa le pasó por la cabeza:

—¡Está loca! ¡Está loca, porque no me ha reconocido... porque no me ha contestado...! Encerrada cinco años aquí... en poder de ese hombre... ¡Mi pobre Stilla...! ¡Ha perdido la razón!

Se puso de pie con la mirada perdida, frenético, con la cabeza

ardiendo...

—¡Yo también siento que pierdo la razón! —repetía—. ¡Creo que también me voy a volver loco... loco como ella!

Iba y venía por la cripta dando grandes zancadas, como una fiera enjaulada.

—¡No, no! —repetía—. ¡No puedo perder la cabeza...! ¡Tengo que salir de la fortaleza, y saldré!

Corrió entonces hacia la primera puerta... y vio que acababa de cerrarse sin hacer ruido. Se había cerrado mientras oía la voz de la Stilla; no se había dado cuenta.

Si antes estaba preso en el recinto de la fortaleza, ahora lo estaba en la cripta.

CAPÍTULO XIV



ranz estaba aterrado. Como había temido, iba perdiendo poco a poco la facultad de pensar, de entender las cosas, la inteligencia necesaria para prever las consecuencias. El único sentimiento que persistía era el recuerdo de la Stilla, el recuerdo de ese canto que los ecos de la oscura cripta ya no le traían.

¿Había sido víctima de una ilusión? No, y mil veces no. Lo que acababa de oír era, desde luego, la voz de la Stilla, y desde luego era ella a quien había visto sobre el baluarte del castillo.

Entonces, le volvió la idea de que se había vuelto loca, y fue un golpe horrible, que le sacudió como si la hubiera perdido por segunda vez.

—¡Loca! —repetía—. ¡Sí, se ha vuelto loca... porque no ha reconocido mi voz... porque no ha podido contestarme...! ¡Loca... loca!

¡Todo parecía tan lógico! ¡Si pudiera sacarla de la fortaleza, llevársela al castillo de Krajowa y dedicarse por entero a ella, sus atenciones y su amor le devolverían la razón!

Todo eso pensaba Franz en su delirio. Pasaron varias horas antes de que volviera a ser dueño de sus actos.

Trató entonces de razonar fríamente, de reconocerse en el caos de sus pensamientos.

«Tengo que salir de aquí, pero ¿cómo? En cuanto abran la puerta, eso es... Si entran para traer más comida mientras duermo... esperaré... fingiré dormir...».

De repente le asaltó una sospecha: el agua de la jarra, ¿no podía contener alguna sustancia soporífica? Si había caído en ese sueño tan pesado, si durante un lapso de tiempo cuya duración se le escapaba había caído en una completa anulación, era porque había bebido aquella agua... ¡Ajá! En tal caso, no volvería a tocarla, y

tampoco se acercaría a los alimentos que habían dejado en la mesa... Pronto vendría alguna de las personas que estaban en la fortaleza...

¿Pronto? ¿Cómo saberlo? ¿Estaría el sol subiendo hacia el cenit o a punto de ponerse en el horizonte?... ¿Era de noche o de día?

Franz esperaba oír en algún momento pasos acercándose a cualquiera de las dos puertas... Pero a sus oídos no llegaba el menor ruido y, mientras tanto, daba vueltas pegado a los muros de la cripta con la cabeza ardiente, la mirada perdida, un zumbido en los oídos y la respiración entrecortada y oprimida por el aire que apenas se renovaba a través de la junta de las puertas.

De repente, en la esquina de uno de los pilares de la derecha, notó un sople de aire más fresco.

¿Había por ahí una apertura por la que llegara un poco de aire del exterior? Sí... había un pasadizo cuya existencia, a la sombra del pilar, no podía sospecharse. En un instante, el joven conde se deslizó entre las dos paredes y se dirigió hacia una vaga claridad que parecía venir de arriba. Allí se abría un patio pequeño, de una anchura de cinco a seis pasos, cuyas murallas se elevaban alrededor de treinta y cinco metros. Parecía el fondo de un pozo que hacía las veces de patio para esa celda subterránea, y por donde entraba un poco de aire y de claridad.

Franz supo así que aún era de día. En el orificio superior del pozo se dibujaba un ángulo de luz que a la altura del brocal era oblicuo, lo que significaba que el sol había recorrido al menos la mitad de su trayectoria diurna, porque el ángulo luminoso tendía a estrecharse.

Calculó que debían de ser las cinco de la tarde, concluyó que había dormido al menos cuarenta horas y ya no le cupo la menor duda de que le habían inducido aquel sueño con una bebida soporífera. Dado que el joven conde y Rotzko habían salido del pueblo de Werst dos días antes, el 11 de junio, el día que ahora tocaba a su fin tenía que ser el 13...

Por muy húmedo que fuera el aire en el fondo del patio, lo aspiró a pleno pulmón y se sintió un poco aliviado, pero sus esperanzas de evadirse por el largo tubo de piedra se desvanecieron enseguida. Era impensable tratar de escalar por aquellas paredes, pues no tenían ningún asidero.

Regresó a la cripta. Como no podía huir más que por una de las dos puertas, decidió examinarlas para ver en qué estado se encontraban.

La primera, por la que había llegado, era muy sólida y gruesa, y desde fuera debía de estar cerrada con cerrojos sujetos por una barra de hierro, por lo que tratar de forzarla sería inútil. La segunda, tras la que había oído la voz de la Stilla, no parecía hallarse en tan buenas condiciones. Estaba formada por láminas que, en algunos sitios, se habían podrido... Quizá no fuera demasiado difícil abrirse paso por ese lado.

«Sí... por ahí, es por ahí...», se dijo Franz, que había recuperado su sangre fría.

No había tiempo que perder, porque era probable que alguien entrara en la cripta en cuanto creyera que se había vuelto a dormir por la influencia de la bebida somnífera. El trabajo avanzó más deprisa de lo previsto porque, alrededor de la armadura metálica que sujetaba los cerrojos contra el marco, el moho había dañado la madera. Consiguió extraer la sección circular valiéndose del cuchillo y sin hacer casi ruido, deteniéndose en ocasiones para aguzar el oído y asegurarse de que fuera no se oía nada. Al cabo de tres horas había conseguido desprender los cerrojos, y la puerta se abrió chirriando sobre sus goznes.

Franz se asomó un poco al pequeño patio para respirar un aire menos sofocante. El ángulo luminoso había dejado de recortarse en el brocal del pozo, lo que demostraba que el sol ya se había puesto por detrás del Retyezat. El patio estaba inmerso en una profunda oscuridad. En el óvalo del brocal brillaban unas pocas estrellas; parecía observarlas a través del tubo de un largo telescopio. Unas nubecillas pasaban despacio, empujadas por el soplo intermitente de esas brisas que amainan con la noche. La tonalidad de la atmósfera indicaba también que la luna, que estaba medio llena, ya había superado el horizonte de las montañas del este.

Debían de ser, más o menos, las nueve de la noche. Franz entró en busca de un poco de comida y para refrescarse con el agua de la pileta, tras arrojar la que contenía la jarra. Después, ajustándose el cuchillo al cinturón, cruzó el umbral de la puerta, que cerró tras de sí.

¿Iba, quizá, a encontrarse a la desafortunada Stilla vagando por

aquellas galerías subterráneas...? Al pensar en ello su corazón empezó a latir aún más deprisa. Apenas había dado unos pasos cuando tropezó con un escalón. Como se había imaginado, de ahí salía una escalera, y contó los escalones mientras subía: sólo eran sesenta, a diferencia de los setenta y siete que bajó para llegar hasta la cripta. Concluyó que le faltaban unos tres metros para volver al nivel del suelo.

Como no se le ocurriría nada mejor que hacer aparte de seguir aquel oscuro corredor, cuyas paredes rozaba cuando extendía los brazos, continuó avanzando. Pasó media hora sin que ni una puerta ni una reja obstaculizaran su marcha, pero muchos giros le impidieron reconocer en qué dirección iba respecto de la muralla que miraba a la meseta de Orgall.

Se detuvo unos minutos para recobrar el aliento. El corredor le pareció interminable al volver a ponerse en movimiento, pero pronto lo frenó un obstáculo. Era un tabique de ladrillo. Tanteando a distintas alturas, su mano no encontró ni una sola abertura. Por allí no había salida. Se le escapó un grito. Aquel tabique arruinaba todas sus esperanzas.

Le cedieron las rodillas, le flaquearon las piernas y cayó al pie de la pared. Descubrió así que el tabique tenía una estrecha grieta a nivel del suelo, una grieta donde los ladrillos apenas estaban adheridos, y donde se deshacían entre los dedos.

—¡Por aquí... sí!... ¡Por aquí! —exclamó.

Estaba retirando los ladrillos de uno en uno cuando de repente oyó un ruido al otro lado.

Se detuvo.

El ruido seguía, y un rayo de luz pasaba a través de la grieta.

Echó un vistazo y se encontró delante de la antigua capilla del castillo. El tiempo y el abandono la habían reducido a un lamentable estado de deterioro: la bóveda estaba medio derruida, algunas nervaduras aún se apoyaban sobre los pilares deformes, dos o tres arcos ojivales amenazaban ruina, en los ventanales desvencijados se dibujaban unos endebles parteluces de estilo gótico flamígero, aquí y allá se veían lápidas polvorientas bajo las que dormía algún antepasado de la familia de Gortz; al fondo de la cabecera quedaba un fragmento del altar con un retablo con esculturas llenas de rasguños; sobre el ábside se sostenía un resto de

cubierta que había logrado resistir al viento y, para terminar, encima del portal había un campanario inestable del que colgaba una cuerda hasta el suelo: la cuerda de esa campana que sonaba de vez en cuando y espantaba a las gentes de Werst que se entretenían en la carretera del puerto.

Un hombre acababa de entrar en aquella capilla que llevaba tanto tiempo desierta, abierta a las inclemencias del clima de los Cárpatos. Llevaba en las manos un farol, cuya claridad iluminaba su rostro.

Franz reconoció de inmediato a aquel hombre.

Era Orfanik, el excéntrico que constituía la única compañía del barón en su estancia en las grandes ciudades italianas, aquel personaje original al que se veía andar por las calles gesticulando, hablando consigo mismo, aquel sabio incomprendido, aquel inventor que siempre perseguía alguna quimera y que, sin duda, ponía sus inventos al servicio de Rodolfo de Gortz.

Si hasta aquel momento Franz pudo albergar dudas sobre la presencia del barón en el castillo de los Cárpatos, incluso después de la aparición de la Stilla, ahora que Orfanik estaba ante sus ojos tenía la certeza de que se encontraba allí.

¿Qué le traía a esa capilla en ruinas a aquellas horas de la noche?

Franz intentó averiguarlo, y esto es lo que vio con bastante claridad: Orfanik, encorvado, acababa de coger del suelo varios cilindros de hierro; fijaba en ellos un hilo que iba desenrollando de una bobina colocada en un rincón de la capilla. Estaba tan absorto en su tarea que no habría visto al joven conde ni aunque lo hubiera tenido a su lado.

¡Ah! ¿Por qué la grieta que Franz había empezado a agrandar no era lo bastante grande para dejarle pasar? Habría entrado en la capilla, se habría abalanzado sobre Orfanik y le habría obligado a acompañarle hasta la torre.

Pero tal vez fuera una suerte que no pudiera ejecutar ese plan porque, de fracasar, el barón de Gortz le haría pagar con su vida por los secretos que acababa de descubrir.

Unos minutos después de la llegada de Orfanik entró otro hombre en la capilla.

Era el barón de Gortz.

La inolvidable fisionomía de este personaje no había cambiado. Parecía no haber envejecido con su cara pálida y larga que el farol iluminaba de abajo arriba, sus largos cabellos entrecanos peinados hacia atrás y su mirada llameante desde el fondo de sus negras órbitas.

Rodolfo de Gortz se acercó para examinar el trabajo que tenía a Orfanik tan ocupado.

Y esto es lo que dijeron, con voz queda.

CAPÍTULO XV



—¿Está terminada la conexión de la capilla, Orfanik?

—Acabo de terminarla.

—¿Está todo dispuesto en las casamatas y los baluartes?

—Todo.

—Entonces, ¿los baluartes y la capilla ya están directamente conectados a la torre?

—Lo están.

—Así que, una vez que el aparato active la corriente, tendremos tiempo de huir, ¿no es así?

—Lo tendremos.

—¿Ha comprobado que el túnel que desemboca en el puerto de Vulkan esté despejado?

—Lo está.

Se produjo entonces un silencio durante el cual Orfanik, tras recoger su farol, iluminó las partes más ocultas de la capilla.

—¡Ah, mi vieja fortaleza, costarás muy cara a quienes intenten forzarte!

Rodolfo de Gortz pronunció aquellas palabras con un tono que produjo escalofríos al joven conde.

—¿Ha oído lo que se decía en Werst? —le preguntó a Orfanik.

—Hace cincuenta minutos; el cable me ha traído las cosas que se decían en la posada del Rey Matías.

—¿Tienen previsto atacar esta misma noche?

—No, piensan hacerlo al amanecer.

—¿Desde cuándo está ese tal Rotzko en Werst?

—Ha llegado hace un par de horas con los agentes de la policía que se ha traído de Karlsburgo.

—¡Muy bien! Puesto que el castillo ya no puede defenderse, al menos aplastará bajo sus escombros a Franz de Telek y a todos

aquellos que acudan en su ayuda —dijo el barón de Gortz. Y después, al cabo de unos minutos, preguntó—: ¿Y ese cable, Orfanik? Nadie tiene que saber que establecía una comunicación entre el castillo y el pueblo de Werst.

—Nadie lo sabrá; lo destruiré.

Llegados a este punto, es hora de explicar los fenómenos acaecidos en este relato, y cuyo origen no tardará en darse a conocer.

En esta época —haremos especial hincapié en que esta historia se desarrolla en uno de los últimos años del siglo XIX— el uso de la electricidad, que con toda justicia se considera «el alma del universo», había alcanzado un nivel de gran perfección. El ilustre Edison y sus discípulos habían completado su obra.

Entre otros aparatos eléctricos, el teléfono funcionaba por entonces con una precisión tan maravillosa que los sonidos, recogidos por unas placas, llegaban libremente al oído sin ayuda de trompetillas. Lo que se decía, lo que se cantaba, incluso lo que se murmuraba, podía oírse fuera cual fuese la distancia y dos personas, incluso separadas por miles de leguas, podían hablar como si estuvieran sentadas una frente a otra [32].

Orfanik, el inseparable compañero del barón Rodolfo de Gortz, era desde hacía muchos años un inventor de primera fila en todo lo relacionado con las aplicaciones prácticas de la electricidad. Pero, como sabemos, sus admirables descubrimientos no habían sido acogidos como merecían. El mundo de los sabios no quiso ver en él más que a un loco, en lugar de a un hombre genial. De ahí procedía el odio implacable que el inventor, rechazado y desalentado, profesaba a sus semejantes.

Fue en esas condiciones como el barón de Gortz conoció a Orfanik, que se hallaba en la miseria. Le animó en sus trabajos y le abrió su bolsa; finalmente, lo convirtió en su compañero con la condición de que le reservara el fruto de sus inventos y de que él fuera la única persona que disfrutara de ellos.

Aquellos personajes, tan originales y maniacos cada uno a su manera, estaban destinados a entenderse, lo cual explica que nunca se hubieran separado desde que se conocieron, ni siquiera cuando el barón de Gortz seguía a la Stilla por todas las ciudades de Italia.

Pero mientras el melómano se embriagaba con el canto de la

incomparable artista, Orfanik sólo se preocupaba por completar los últimos descubrimientos de los electricistas, perfeccionar sus aplicaciones y obtener los efectos más extraordinarios.

Tras los incidentes que concluyeron con el fin dramático de la Stilla, el barón de Gortz desapareció sin que nadie supiera qué había sido de él. Y es que al marcharse de Nápoles había ido a refugiarse al castillo de los Cárpatos con Orfanik, muy satisfecho de encerrarse en su compañía.

Cuando tomó la resolución de ocultar su existencia entre los muros de la vieja fortaleza, el barón de Gortz tenía la intención de que ningún habitante de la comarca sospechara que había regresado, y que nadie cayera en la tentación de ir a visitarle. No es necesario precisar que disponía de suficientes medios materiales para vivir en el castillo. A través de un paso secreto que comunicaba con la carretera del puerto de Vulkan, en fechas previamente acordadas, un hombre de confianza, un antiguo criado al que nadie conocía, introducía todo lo que necesitaban el barón Rodolfo y su compañero.

En realidad, lo que quedaba de la fortaleza estaba menos deteriorado de lo que se creía, particularmente la torre del homenaje, y era mucho más habitable de lo que exigían las necesidades de sus huéspedes. Provisto de todo lo que necesitaba para sus experimentos, Orfanik pudo dedicarse a los prodigios que obraba a partir de la física y la química, y se le ocurrió que podría emplearlos para alejar a los curiosos.

El barón de Gortz acogió gustoso la propuesta, y Orfanik instaló una maquinaria especial destinada a asustar a los habitantes de la comarca produciendo fenómenos que sólo se podían atribuir a una intervención diabólica.

Para el barón de Gortz era fundamental, en primer lugar, conocer lo que se decía en el pueblo más cercano. ¿Había una forma de oír hablar a la gente sin que se diera cuenta? Así era, si se conseguía establecer una comunicación telefónica entre el castillo y la gran sala de la posada del Rey Matías, donde los notables de Werst tenían la costumbre de reunirse al atardecer. Así lo hizo Orfanik con tanta destreza como discreción, y de la manera más sencilla.

Extendió bajo las aguas del Nyad y hasta el pueblo de Werst un

cable de cobre revestido con funda aislante, uno de cuyos extremos subía al primer piso de la torre. Una vez concluido este trabajo, Orfanik, haciéndose pasar por un turista, pasó una noche en el Rey Matías con la finalidad de conectar el cable a la sala principal de la posada. No le fue difícil llevar el extremo de ese hilo hundido en el cauce del torrente hasta aquella ventana de la fachada posterior que nunca se abría. Después, ocultó un aparato telefónico en el espesor del follaje y conectó el cable. Aquel aparato estaba maravillosamente dispuesto tanto para emitir como para recoger sonidos, de tal modo que el barón de Gortz podía oír todo lo que se decía en el Rey Matías, y también hacer que se oyera todo lo que a él le convenía.

Nada turbó la tranquilidad de la fortaleza durante los primeros años. La mala reputación del castillo bastaba para tener a distancia a los habitantes de Werst, pues además consideraban que la fortaleza estaba abandonada desde la muerte de los últimos criados de la familia. Sin embargo, en la época en que comienza este relato, el catalejo del pastor Frik captó el humo que se escapaba de una de las chimeneas de la torre. A partir de ese momento, los comentarios no hicieron sino crecer hasta el punto que ya conocemos. Es entonces cuando la comunicación telefónica resultó de gran utilidad, puesto que permitió al barón de Gortz y a Orfanik estar al tanto de todo lo que sucedía en Werst. Gracias a ese cable conocieron la decisión de Nic Deck de ir a la fortaleza, y por este mismo medio se oyó de repente una voz amenazante en la sala del Rey Matías conminándole a desistir. Como el joven guardabosques persistió a pesar de la amenaza, el barón de Gortz decidió darle tal lección que se le quitaran para siempre las ganas de volver. La noche de la excursión, la maquinaria de Orfanik, que siempre estaba dispuesta para funcionar, produjo una serie de fenómenos puramente físicos pero que podían espantar a las gentes de los alrededores: el repicar de la campana de la capilla; la proyección de intensas llamaradas que, mezcladas con sal marina, conferían a todos los objetos una apariencia espectral; potentes sirenas en las que el aire comprimido se escapaba en horribles bramidos; siluetas fotográficas de monstruos proyectadas por potentes reflectores; placas dispuestas entre las hierbas del foso del recinto y conectadas a unas pilas cuya corriente atrapó al doctor por sus botas reforzadas

con hierro; y, para terminar, la descarga eléctrica lanzada desde las baterías del laboratorio, que sacudió al guardabosques en cuanto puso la mano en los herrajes del puente levadizo.

Tal y como pensaba el barón de Gortz, después de la aparición de aquellos prodigios inexplicables y la tentativa de Nic Deck, que tan mal había salido, el terror alcanzó su punto máximo y nadie, a ningún precio, habría querido acercarse, ni siquiera a dos millas, al castillo de los Cárpatos, evidentemente encantado y habitado por seres sobrenaturales.

Rodolfo de Gortz debió de creer que estaba a salvo de toda curiosidad inoportuna... hasta que Franz de Telek llegó al pueblo de Werst.

El cable oculto bajo las aguas del Nyad indicó de inmediato su presencia en el Rey Matías, mientras conversaba tanto con Jonás como con el juez Koltz y los demás. El odio del barón de Gortz al joven conde volvió a encenderse con el recuerdo de los acontecimientos ocurridos en Nápoles. Y no solamente Franz de Telek estaba en el pueblo, a escasas millas de la fortaleza, sino que se burlaba delante de todo el mundo de las absurdas supersticiones de los notables del pueblo y demolía la reputación fantástica que protegía el castillo de los Cárpatos; se comprometía incluso a avisar a las autoridades de Karlsburgo para que la policía acabara con todas aquellas leyendas.

Así las cosas, el barón de Gortz decidió atraer a Franz de Telek a la fortaleza; ya sabemos con qué métodos lo consiguió. La voz de la Stilla, enviada a la posada del Rey Matías a través del aparato telefónico, hizo que el joven conde se desviara de su ruta para acercarse al castillo; la aparición de la cantante en el terraplén del baluarte le suscitó el irresistible deseo de acceder al recinto; una luz vista en una de las ventanas de la torre le guió hacia la poterna, que se abrió para que él pudiera pasar. En aquella cripta, iluminada eléctricamente y desde la que había vuelto a oír aquella voz tan penetrante, entre los muros de aquella celda a la que le llevaban los alimentos mientras dormía en un sueño letárgico, en aquella cárcel oculta en las profundidades de la fortaleza y cuya puerta se había cerrado para él, Franz de Telek estaba en poder del barón de Gortz, y el barón de Gortz tenía el convencimiento de que nunca escaparía.

Tales eran los resultados obtenidos por la colaboración misteriosa entre Rodolfo de Gortz y su cómplice, Orfanik. Pero el barón no ignoraba, para su gran disgusto, que Rotzko había dado la alerta, pues al no haber seguido a su amo hasta el interior del castillo, había podido avisar a las autoridades de Karlsburgo. Una escuadra de agentes había llegado al pueblo de Werst, y el barón de Gortz iba a tener que enfrentarse a una batalla que le superaba. ¿Cómo iban a defenderse, Orfanik y él, de una nutrida escuadra que no retrocedería ante los medios empleados contra Nic Deck y el doctor Patak, porque la policía no cree en intervenciones diabólicas? Así pues, ambos habían decidido destruir la fortaleza hasta que no quedara piedra sobre piedra, y ahora sólo estaban esperando el momento de actuar. Habían dispuesto una corriente eléctrica para prender cargas de dinamita enterradas bajo la torre del homenaje, los baluartes y la vieja capilla. El aparato destinado a activar esa corriente dejaría al barón de Gortz y a su cómplice tiempo suficiente para huir por el túnel del puerto de Vulkan. Después de la explosión de la que serían víctimas el joven conde y muchos de los que escalaran hasta el recinto del castillo, los dos huirían tan lejos que nunca podrían encontrarse sus huellas.

Lo que acababa de oír de aquella conversación dio a Franz la explicación de los fenómenos del pasado. Ahora sabía que existía una comunicación telefónica entre el castillo de los Cárpatos y el pueblo de Werst. También sabía que la fortaleza iba a quedar destruida en una catástrofe que le costaría la vida, y que sería mortal para los agentes de la policía que iba a traer Rotzko. Sabía, también, que el barón de Gortz y Orfanik tendrían tiempo de huir... llevándose a la Stilla, inconsciente.

¡Ah! ¿Por qué Franz no podía forzar la entrada de la capilla y lanzarse sobre aquellos dos hombres? Los arrojaría al suelo y los golpearía; impediría que perjudicaran a nadie, impediría la espantosa ruina.

Pero lo que en aquel momento era imposible tal vez dejara de serlo cuando el barón se fuera... Cuando los dos se marcharan de la capilla, seguiría sus huellas y los perseguiría hasta la torre donde, con la ayuda de Dios, haría justicia.

El barón de Gortz y Orfanik estaban en el ábside de la capilla. Franz no los perdía de vista. ¿Por dónde iban a salir? ¿Sería por una

puerta que daba a uno de los patios del recinto, o por algún corredor interno que enlazara la capilla con la torre, pues parecía que todas las construcciones de la fortaleza se comunicaban entre sí? Lo mismo daba, siempre y cuando el joven conde no se encontrara con ningún obstáculo infranqueable.

Entonces, el barón de Gortz y Orfanik intercambiaron unas palabras más:

—¿Ya no hay nada que hacer aquí?

—Nada.

—En tal caso, separémonos.

—¿Sigues deseando quedarse solo en el castillo?

—Sí, Orfanik. Márchese usted ya por el túnel del puerto de Vulkan.

—¿Y usted?

—Yo me iré en el último momento.

—Entonces, le esperaré en Bistritz [33], como hemos convenido.

—En Bistritz, sí.

—Si ésa es su voluntad, barón, quédese a solas.

—Sí... porque quiero oírla... quiero oírla una vez más en esta última noche que voy a pasar en el castillo de los Cárpatos.

Poco después, el barón de Gortz y Orfanik salieron de la capilla.

Aunque en la conversación no se hubiera pronunciado el nombre de la Stilla, Franz entendió claramente que Rodolfo de Gortz se refería a ella.

CAPÍTULO XVI



El desastre era inminente. Franz sólo podía evitar que el barón de Gortz ejecutara su proyecto dejándole fuera de combate.

Eran las once de la noche. Sin temor a ser descubierto, Franz volvió a su trabajo. Los ladrillos del tabique se quitaban con bastante facilidad, pero su espesor era tal que transcurrió media hora antes de que el hueco fuera lo bastante amplio para permitirle pasar.

En cuanto puso el pie en la capilla abierta a la noche, se sintió reanimado por el aire exterior. A través de las ventanas y de los desgarrones de la nave aparecía el cielo con nubes ligeras empujadas por la brisa. Aquí y allí se veían algunas estrellas; el brillo de la luna, que subía desde el horizonte, las hacía palidecer.

Lo importante ahora era encontrar la puerta que debía de estar al fondo de la capilla, por la que salieron el barón de Gortz y Orfanik. Franz cruzó la nave en diagonal y fue directo al ábside.

Era una parte muy oscura; los rayos de luz no llegaban a todas partes, y tropezaba con restos de tumbas y cascotes caídos de la bóveda.

Al fondo, detrás del retablo del altar y cerca de una oscura rinconera, vio que una puerta carcomida le cedía el paso.

Daba a una galería, que debía de cruzar el recinto.

El barón de Gortz y Orfanik habían entrado por ahí a la capilla, y por ahí se acababan de marchar.

En cuanto Franz estuvo en la galería se encontró de nuevo inmerso en la más completa oscuridad. Aunque había dado muchas vueltas, como no había tenido que subir ni bajar ninguna escalera, tenía la certeza de que seguía en el nivel de los patios interiores.

Media hora después, la oscuridad parecía ser menos profunda: una semiclaridad se colaba por algunas oquedades laterales de la

galería.

Franz pudo así avanzar más deprisa, y desembocó en una ancha casamata construida sobre el terraplén del baluarte, pegada al ángulo izquierdo de la muralla.

En las paredes de la casamata había estrechas aspilleras por las que entraban rayos de luna, y al otro lado vio una puerta abierta.

Lo primero que hizo Franz fue colocarse delante de una de esas aspilleras, para aspirar unos segundos la fresca brisa nocturna.

Pero cuando se iba a retirar le pareció ver que dos o tres sombras se movían en el extremo inferior de la meseta de Orgall, ahora iluminada hasta el oscuro pinar.

Clavó la mirada en aquella zona.

Unos cuantos hombres iban y venían por la meseta, a poca distancia de los árboles. Se trataba, sin duda, de los agentes de Karlsburgo traídos por Rotzko. ¿Se habían decidido a actuar de noche con la esperanza de sorprender a los habitantes del castillo, o aguardaban al amanecer en aquel lugar?

Le costó un gran esfuerzo retener el grito que se le escapaba para llamar a Rotzko, que habría podido oírle y reconocer su voz. Pero el grito también podría llegar hasta la torre y permitir a Rodolfo de Gortz activar su aparato y salir por el túnel sin dar tiempo a que los agentes subieran al recinto.

Franz se dominó. Se alejó de la aspillera, cruzó la casamata, luego la puerta y continuó andando por la galería.

Quinientos pasos más allá se encontró con una escalera abierta en el espeso muro. ¿Estaba por fin en la torre que se elevaba en medio de la plaza de armas? Así parecía, en efecto.

Sin embargo, aquella escalera no debía de ser la escalera principal que subía a los pisos altos, porque se componía únicamente de unos cuantos escalones circulares, dispuestos como la rosca de un tornillo y dentro de una caja de escalera estrecha y oscura.

Franz subió sin hacer ruido, prestando atención; no oyó nada y, al cabo de unos veinte escalones, se detuvo en un rellano donde se abría una puerta que daba a la balconada que circundaba el primer piso de la torre.

Salió, procurando ocultarse a la sombra del parapeto, y miró hacia la meseta de Orgall.

Distinguió a varios hombres más en la linde del pinar, pero nada indicaba que tuvieran la intención de acercarse a la fortaleza.

Decidido a alcanzar al barón de Gortz antes de que huyera por el túnel del puerto, dio la vuelta a la balconada y llegó a otra puerta, desde donde la escalera de caracol de nuevo ascendía.

Puso el pie en el primer escalón, apoyó las manos en las paredes y empezó a subir.

Todo seguía en silencio.

Los aposentos del primer piso no estaban habitados.

Se dio prisa en llegar a los rellanos de los pisos superiores.

Al llegar al tercero, el pie ya no encontró ningún nuevo escalón. Allí terminaba la escalera, en los aposentos más altos de la torre, los que coronaba la terraza almenada donde antiguamente ondeaba el estandarte de los barones de Gortz.

En la pared situada a la izquierda del rellano había una puerta cerrada.

A través del ojo de la cerradura, que tenía la llave por fuera, se filtraba un rayo de intensa luz.

Aguzó el oído y no oyó nada al otro lado de la puerta.

Miró por la cerradura y sólo pudo distinguir la parte izquierda de una sala muy iluminada, la parte derecha estaba sumida en sombras.

Tras girar suavemente la llave, empujó la puerta, que se abrió.

Una amplia sala ocupaba toda la planta superior de la torre. Sobre sus muros circulares se apoyaba una bóveda con casetones, cuyos nervios, al unirse en el centro, se fundían en una pesada clave. Gruesos cortinajes y antiguos tapices con personajes dibujados cubrían los muros, algunos muebles viejos —baúles, aparadores, sillones o escabeles— decoraban artísticamente el espacio. De las ventanas colgaban cortinas tupidas que tapaban la claridad que reinaba en el interior. En el suelo había una alfombra de lana alta, que amortiguaba los pasos.

La forma en que estaban dispuestos los muebles era extraña, y Franz quedó sorprendido, sobre todo por el contraste que ofrecía según estuviera iluminada o a oscuras.

A la derecha de la puerta, el fondo se perdía en una profunda oscuridad.

A la izquierda, por el contrario, había un estrado cubierto de

telas negras; recibía una potente luz de algún aparato de concentración situado de manera que no pudiera ser visto.

A unos tres metros del estrado, separado por una pantalla de la altura de una barandilla, vio un antiguo sillón de respaldo alto, que la pantalla sumía en una especie de penumbra.

Junto al sillón había una mesita cubierta con un tapete y, sobre ella, una caja rectangular. Era una caja de treinta o treinta y cinco centímetros de largo por doce o quince de ancho. Tenía levantada la tapa —incrustada con pedrería— y dentro se veía un cilindro metálico.

Nada más entrar en la sala, Franz se dio cuenta de que el sillón estaba ocupado por una persona, completamente inmóvil, con la cabeza recostada contra el respaldo del sillón, los ojos cerrados, el brazo derecho estirado sobre la mesa y la mano apoyada en la parte delantera de la caja.

Era Rodolfo de Gortz.

¿Era abandonarse al sueño la razón de que quisiera pasar aquella última noche en el piso más alto de la vieja torre?

¡No! Por lo que Franz había oído decir a Orfanik, eso era imposible.

El barón de Gortz estaba solo en la sala y, por las órdenes recibidas, su compañero ya habría huido por el túnel, sin lugar a dudas.

¿Y la Stilla? ¿No había dicho también Rodolfo de Gortz que quería oírla por última vez en el castillo de los Cárpatos, antes de que la explosión lo destruyera? ¿Por qué si no habría vuelto a esta sala, a la que ella debía de acudir cada noche para embriagarle con su canto?

¿Dónde estaba la Stilla?

Franz no la veía, ni la oía...

Después de todo, ¡qué más daba, ahora que Rodolfo de Gortz estaba a su merced! Él sabría cómo obligarle a hablar. En su impaciencia, ¿no iba a abalanzarse sobre aquel hombre tan odiado, con un odio correspondido, que le había arrebatado a la Stilla...? La Stilla, que estaba viva y loca... loca por su culpa... ¿No iba a golpearle?

Franz se colocó detrás del sillón. Sólo tenía que dar un paso para alcanzar al barón de Gortz. Estaba levantando el puño, con los ojos

enrojecidos y la cabeza inflamada cuando, de repente, apareció la Stilla.

A Franz se le escurrió el cuchillo, que cayó en la alfombra.

La Stilla estaba de pie, sobre el estrado, a plena luz, con la melena suelta y los brazos tendidos, admirablemente hermosa en su traje blanco de la Angélica de *Orlando*, tal y como se había dejado ver sobre el baluarte de la fortaleza. Sus ojos, fijos en los del joven conde, le llegaban hasta el fondo del alma.

Era imposible que ella no le viera y, sin embargo, no hacía ningún gesto para llamarle... Ni siquiera entreabría los labios para hablarle... ¡Estaba loca!

Franz se disponía a subir al estrado para tomarla en sus brazos y llevársela lejos cuando la Stilla empezó a cantar. El barón de Gortz, sin abandonar el sillón, se había inclinado hacia ella. En el paroxismo del éxtasis, aspiraba aquella voz como un perfume, la sorbía como un licor divino. Igual que en otro tiempo, en las representaciones de los teatros en Italia, se veía ahora a la Stilla en aquella sala, en una soledad infinita, en lo alto de aquella torre que dominaba la campiña transilvana.

¡Sí, la Stilla cantaba...! Cantaba para el barón, sólo para él. Era como si exhalara un soplo por los labios, que parecían inmóviles. La razón la había abandonado, pero su alma artística seguía intacta.

Franz también se embriagaba con el encanto de aquella voz que llevaba sin oír cinco largos años. Estaba absorto en la ardiente contemplación de aquella mujer que pensó que nunca volvería a ver y que estaba ahí, viva, como si un milagro la hubiera resucitado para él.

¿No era el canto de la Stilla lo que más podía hacer vibrar las cuerdas del recuerdo en el corazón de Franz? ¡Sí! Había reconocido el final de la trágica escena de *Orlando*, ese final en el que el alma de la cantante se partía con esta última frase:

*Innamorata, mio cuore tremante,
voglio morire...*

Franz seguía aquella frase inefable nota tras nota... y se decía que nada la interrumpiría, como había ocurrido en el teatro San Carlo... ¡No...! Esta vez no moriría en los labios de la Stilla, como había

ocurrido en la función de despedida...

El joven conde retenía el aliento... toda su vida estaba suspendida de aquel canto... Unos cuantos acordes más y concluiría su incomparable pureza.

Pero la voz de la Stilla se estaba debilitando... Se diría que vacilaba al repetir aquellas palabras de dolor lacerante:

Voglio morire...

¿Iba a caer sobre aquel estrado, como antes sobre el escenario? No, no caía, pero su canto se detuvo en el mismo compás, en la misma nota que en el teatro San Carlo... Gritó... y era el mismo grito que Franz oyó aquella noche...

Y, sin embargo, ella seguía ahí, inmóvil, con su mirada adorada, aquella mirada que entregaba al joven conde toda la ternura de su alma...

Franz fue hacia ella; quería sacarla de aquella sala, de aquel castillo...

Pero se encontró frente a frente con el barón, que acababa de levantarse.

—¡Franz de Telek! —exclamó Rodolfo de Gortz—. Franz de Telek, que ha conseguido escapar...

Pero Franz ni siquiera le respondió y, precipitándose hacia el estrado, dijo:

—Stilla... mi querida Stilla, eres tú, y vuelvo a encontrarte aquí, ¡estás viva...!

—¡Viva! ¡La Stilla viva! —exclamó con tono irónico el barón de Gortz, con una carcajada que delataba una gran rabia contenida—. ¡Viva! —repitió—. En tal caso, ¡que Franz de Telek trate de quitármela!

El joven conde tendió los brazos hacia ella, que no dejaba de mirarlo con ardor... y entonces, Rodolfo de Gortz se agachó, recogió el cuchillo que se cayó antes y lo dirigió contra la Stilla, que seguía inmóvil.

Franz se lanzó contra el barón para desviar el golpe con que amenazaba a la desgraciada loca... pero era demasiado tarde... El cuchillo se clavó en el corazón de la cantante.

De repente, se oyó el ruido de un espejo al romperse y, entre mil

pedazos de cristal dispersos por la sala, la Stilla desapareció...

Franz se quedó inerte... No entendía lo que estaba pasando... ¿Acaso él también había enloquecido?

Y entonces, Rodolfo de Gortz exclamó:

—¡La Stilla vuelve a escapársele a Franz de Telek! Pero su voz... ¡Su voz me pertenece...! ¡Su voz es mía, y sólo mía...! ¡Y nunca será de nadie más!

Justo cuando Franz iba a arrojarle sobre el barón, le abandonaron las fuerzas y cayó, sin conocimiento, al pie del estrado.

Rodolfo de Gortz ni siquiera se fijó en el joven conde.

Cogió la caja que estaba sobre la mesa, salió corriendo fuera de la sala, bajó a la primera planta de la torre y, al llegar a la balconada, la rodeó. Cuando iba a llegar a la otra puerta se oyó una detonación.

Rotzko, que se había apostado al borde de la contraescarpa, acababa de disparar al barón de Gortz.

No le dio, pero su bala destrozó la caja que estrechaba entre los brazos.

El barón lanzó un terrible grito.

—¡Su voz... su voz! —repetía—. ¡Su alma... el alma de la Stilla...! ¡La han roto...! ¡Roto...! ¡Roto...!

Con el cabello erizado y las manos crispadas, le vieron correr por la balconada sin dejar de gritar:

—¡Su voz... su voz...! ¡Me la han roto! ¡Malditos sean!

Después desapareció por la puerta, justo cuando Rotzko y Nic Deck intentaban trepar por la muralla de la fortaleza sin esperar a la escuadra de agentes de policía.

Casi al mismo tiempo, una tremenda explosión sacudió todo el macizo del Plesa. Altas llamaradas se elevaron hasta las nubes, y una avalancha de piedras cayó sobre la carretera del puerto de Vulkan.

De los baluartes, la muralla, la torre del homenaje o la capilla del castillo de los Cárpatos no quedó sino una masa de ruinas humeantes esparcidas por la superficie de la meseta de Orgall.

CAPÍTULO XVII



o hemos olvidado, volviendo a la conversación entre el barón y Orfanik, que no estaba previsto que la explosión destruyera el castillo hasta después de la marcha de Rodolfo de Gortz. Sin embargo, cuando se produjo la explosión era imposible que el barón hubiera tenido tiempo de huir por el túnel hasta la carretera del puerto. Empujado por el dolor, en la locura de la desesperación, sin ser consciente de lo que hacía, ¿había causado Rodolfo de Gortz una catástrofe antes de tiempo, de la que él fue la primera víctima? Tras las incomprensibles palabras que pronunció cuando la bala de Rotzko destrozó la caja que llevaba, ¿fue su intención enterrarse bajo las ruinas de la fortaleza?

En todo caso, fue una feliz coincidencia que los agentes, sorprendidos por el disparo de Rotzko, estuvieran aún a cierta distancia cuando la explosión estremeció la cordillera. Apenas les alcanzaron los cascotes que cayeron a los pies de la meseta de Orgall. Los únicos que se hallaban en aquel momento debajo de la muralla eran Rotzko y el guardabosques, y fue un milagro que no terminaran aplastados bajo aquella lluvia de piedras.

El efecto de la explosión era indudable cuando Rotzko, Nic Deck y los agentes pudieron, sin excesivas dificultades, traspasar la muralla cruzando el foso, que se había medio llenado debido a la rotura de las murallas.

A unos cincuenta pasos de la muralla hallaron un cadáver entre los escombros, a los pies de la torre.

Era el de Rodolfo de Gortz. Algunos viejos de la comarca, entre ellos el juez Koltz, le reconocieron sin dudar.

Rotzko y Nic Deck, por su parte, no pensaban más que en encontrar al joven conde. Que Franz no hubiera reaparecido en el plazo acordado con su soldado sólo podía significar que no había

podido escapar del castillo.

Sin atreverse a pensar que hubiera sobrevivido, que se hubiera librado de ser víctima de la catástrofe, Rotzko lloraba a lágrima viva y Nic Deck no sabía cómo tranquilizarle.

Tras media hora de búsqueda, el joven conde apareció en el primer piso de la torre, bajo un arbotante del muro que impidió que muriera aplastado.

—Mi señor... mi buen señor...

—Señor conde...

Éstas fueron las primeras palabras pronunciadas por Rotzko y Nic Deck cuando se inclinaron sobre Franz.

Le creían muerto, pero sólo se había desmayado.

El joven conde abrió los ojos, pero por su mirada errática vieron que ni reconocía ni oía a Rotzko.

Nic Deck, que lo había cogido en sus brazos, volvió a hablarle; no obtuvo ninguna respuesta.

Sólo salían de su boca las últimas palabras del canto de la Stilla:

Innamorata... Voglio morire...

Franz de Telek había enloquecido.

CAPÍTULO XVIII



ado que el joven conde había perdido la razón, de no haber sido por las revelaciones que se produjeron en las circunstancias de las que pasamos a dar cuenta, nadie habría podido explicar los fenómenos acaecidos en el castillo de los Cárpatos.

Orfanik esperó cuatro días, como habían acordado, a que el barón de Gortz se reuniera con él en la ciudad de Bistritz. Al no verle aparecer se preguntó si no habría sido víctima de la explosión. Llevado tanto por la curiosidad como por la preocupación, salió de la ciudad y viajó por la carretera de Werst con la intención de merodear por los alrededores de la fortaleza.

Su iniciativa resultó ser una mala idea, porque los agentes de la policía no tardaron en detenerle gracias a la descripción facilitada por Rotzko, que le conocía desde hacía muchos años.

Cuando lo llevaron ante la presencia de los magistrados en la capital del condado, Orfanik respondió sin ofrecer la menor resistencia a todas las preguntas que le hicieron durante la investigación emprendida para esclarecer la catástrofe.

Hay que señalar, por otra parte, que el triste fin del barón Rodolfo de Gortz no pareció afectar especialmente a aquel sabio egoísta y maniaco al que sólo preocupaban sus inventos.

En primer lugar, a las preguntas apremiantes de Rotzko, Orfanik afirmó que la Stilla había fallecido y que, según sus propias palabras, llevaba cinco años muerta y enterrada en el cementerio del Campo Santo Nuovo de Nápoles.

Ésta no fue la única afirmación extraordinaria de esta singular aventura.

Si la Stilla estaba realmente muerta, ¿cómo había podido Franz oír su voz en la sala principal de la posada, y cómo pudo verla aparecer sobre el terraplén del baluarte? ¿Cómo había podido más

tarde embriagarse con su canto mientras estaba encerrado en la cripta? Y para terminar, ¿cómo había podido verla viva en la sala de la torre?

Estos fenómenos que parecían inexplicables tenían, sin embargo, una explicación.

Recordemos la desesperación del barón de Gortz cuando corrió el rumor de que la Stilla había decidido dejar el teatro para convertirse en la condesa de Telek. El admirable talento de la artista, que le proporcionaba todas sus satisfacciones de diletante, iba a perderse.

Entonces, Orfanik le ofreció recoger, mediante aparatos fonográficos, los principales fragmentos de su repertorio, que la cantante iba a interpretar en sus representaciones de despedida. Aquellos aparatos estaban ya maravillosamente perfeccionados en aquella época, y Orfanik los había hecho tan perfectos que la voz humana no se veía en absoluto alterada, ni en su encanto ni en su pureza.

El barón de Gortz aceptó la oferta del inventor. Secreta y sucesivamente, durante el último mes de la temporada, instalaron fonógrafos en el palco enrejado. Así es como grabaron en placas cavatinas, romanzas de óperas y conciertos, entre otros la melodía de Stefano y el aria final de *Orlando* que quedó interrumpida por la muerte de la Stilla.

Con tal equipamiento, el barón de Gortz se encerró en el castillo de los Cárpatos donde, cada noche, podía oír el canto que había captado con aquellos admirables aparatos. Y no solamente oía a la Stilla como si hubiera estado en su palco, sino que además, y esto puede parecer absolutamente incomprensible, la veía como si estuviese viva, ante sus ojos.

Era gracias a un sencillo truco óptico.

El barón de Gortz, como recordamos, había comprado un magnífico retrato de la cantante. Aquel retrato la representaba de pie, vestida con el traje blanco de la Angélica de *Orlando* y con la magnífica cabellera suelta. Mediante espejos inclinados que seguían un ángulo calculado por Orfanik, cuando una luz potente iluminaba el retrato situado ante un espejo, la Stilla aparecía, por reflexión, tan «real» como cuando estaba llena de vida y en todo el esplendor de su belleza. Gracias a este aparato, transportado durante la noche

hasta el terraplén del baluarte, Rodolfo de Gortz hizo aparecer a la joven cuando quiso atraer a Franz de Telek; gracias a él, el joven conde volvió a ver a la Stilla en la sala de la torre, mientras su fanático admirador se embriagaba con su voz y con su canto.

Éstos son, de manera muy resumida, los datos que proporcionó Orfanik con mayor detalle en el curso de su interrogatorio en el que, con un orgullo sin par, se declaró autor que aquellos inventos geniales, que él había llevado al grado sumo de la perfección.

Sin embargo, aunque Orfanik no había explicado materialmente estos fenómenos, o más bien estos «trucos», por emplear un término más habitual, lo que no podía explicarse era por qué el barón de Gortz, antes de la explosión, no tuvo tiempo de huir por el túnel del puerto de Vulkan. Pero, cuando Orfanik supo que una bala había destrozado el objeto que Rodolfo de Gortz llevaba en sus brazos, lo entendió. Aquel objeto era el aparato fonográfico que encerraba el último canto de la Stilla, era el que Rodolfo de Gortz había querido oír una vez más en la sala de la torre, antes de que se derruyera. Con el aparato destrozado, la vida del barón quedó igualmente destruida, por lo que, loco de desesperación, decidió sepultarse entre las ruinas de la fortaleza.

El barón Rodolfo de Gortz fue enterrado en el cementerio de Werst con los honores debidos a la antigua familia que se extinguió con él. En cuanto al joven conde de Telek, Rotzko se lo llevó al castillo de Krajowa, donde se dedicó por entero a cuidar de su amo. Orfanik le cedió gustoso los fonógrafos donde estaban recogidas las demás canciones de la Stilla. Cuando Franz oía la voz de la gran artista prestaba cierta atención, volvía su lucidez de siempre y parecía que su alma intentaba revivir en los recuerdos de aquel inolvidable pasado.

De hecho, unos meses más tarde, el joven conde había recobrado la razón; si conocemos los detalles de la última noche del castillo de los Cárpatos es gracias a él.

Sólo resta decir que la boda de la encantadora Miriota y de Nic Deck se celebró ocho días después de la catástrofe. Una vez que los recién casados recibieron la bendición del pope en el pueblo de Vulkan regresaron a Werst, donde el juez Koltz les había reservado la mejor habitación de su casa.

Pero tras estos fenómenos, explicados de una forma tan natural,

no cabe esperar que la joven dejara de creer en las fantásticas apariciones de la fortaleza. Por más que Nic Deck se lo explicara — al igual que Jonás, deseoso de devolver la clientela al Rey Matías—, ella no quedó convencida, como tampoco lo estaban el juez Koltz, el pastor Frik, el maestro Hermod y los demás habitantes de Werst. Está visto que habrán de pasar muchos años antes de que estas buenas gentes renuncien a sus supersticiosas creencias.

Sin embargo, el doctor Patak, que ha vuelto a sus fanfarronadas habituales, no deja de repetir a quien esté dispuesto a oírle:

—¡Bien, bien! ¿No lo había dicho yo...? ¡Genios en la fortaleza...! ¿Acaso existen los genios?

Pero nadie le hace caso y, cuando se pasa de la raya con sus bromas, le piden incluso que se calle.

Por lo demás, el maestro Hermod no ha dejado de basar sus lecciones en el estudio de las leyendas transilvanas. La joven generación del pueblo de Werst seguirá creyendo aún por mucho tiempo que las ruinas del castillo de los Cárpatos están encantadas por seres del otro mundo.



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelanto con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

NOTAS

[1] Joseph-Marie de Gérando (1772-1842), filósofo ilustrado, y
Élisée Reclus (1830-1905), geógrafo. [*Esta nota, como las
siguientes salvo indicación contraria, es de la traductora*]. < <

[2] Se refiere al monte Retezat. Cuando Verne escribió la novela, esta parte del mundo, situada hoy en Rumanía, pertenecía al Imperio austrohúngaro, por lo que el autor incluye topónimos y otros vocablos en magiar; hay también términos rumanos. En algunos casos, las transcripciones de Verne son aproximativas. < <

[3] *La Astrea*, del francés Honoré d'Urfé, es una novela pastoril del siglo XVII, muy celebrada en su tiempo, cuya acción transcurre a orillas del río Lignon, afluente del Loira. < <

[4] «El horrendo rebaño / él mismo más horrendo». Verne adapta un verso de Victor Hugo, quien a su vez parafraseaba a Virgilio aunque deformándolo, pues el original de Virgilio dice «hermoso» en lugar de «horrendo». < <

[5] Hoy Cluj-Napoca. < <

[6] La milla húngara equivale a unos 7500 metros. [*N. del A.*]. < <

[7] En rumano, Vulcan. < <

[8] En magiar, *biró* (en realidad, *bíró*) significa juez. < <

[9] Actual Sibiu. < <

[10] En rumano, Petrosani. < <

[11] En rumano, Mures. < <

[12] En rumano, Bihor. < <

[13] Alrededor de 150 kilómetros. [*N. del A.*]. < <

[14] En rumano, Petrila. < <

[15] El Retyezatz se eleva a una altura de 2496 metros, y el Paring a una altura de 2414 metros por encima del nivel del mar. [N. del A.]. < <

[16] En rumano, Parang. < <

[17] En rumano, Hateg. < <

[18] En rumano, Gherla. < <

[19] En rumano, Negoiu. < <

[20] En rumano, Livezeni. < <

[21] En rumano, Thurda. < <

[22] En rumano, Toroczko. < <

[23] Hoy Hunedoara. < <

[24] Hoy Baia de Aries. < <

[25] Hoy Câmpeni. < <

[26] Hoy Rosia Montana. < <

[27] Personajes de *El último mohicano* y de otras novelas de James Fenimore Cooper (1789-1851). < <

[8] Victor Hugo. < <

[29] En rumano, Craiova. < <

[30] Término de geomorfología que equivale a vaguada. < <

[31] En la pendiente de un glaciar, enormes bloques de hielo fragmentado. < <

[32] Podían incluso verse en espejos conectados por cables, gracias a la invención del teléfoto. *[N. del A.]*. < <

[33] En rumano, Bistrita. < <